

DE LA AUTORA *BEST SELLER*

LENA VALENTI



**AMOS Y MAZMORRAS XII**

**BESOS DE CALAVERA**

PARTE II



Primera edición: Diciembre 2018

Diseño de la colección: Editorial Vanir  
Corrección morfosintáctica y estilística:  
Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:  
Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Editorial Vanir, 2018

Del texto: Lena Valenti, 2018

[www.editorialvanir.com](http://www.editorialvanir.com)

De esta edición: Editorial Vanir, 2018

Editorial Vanir

[www.editorialvanir.com](http://www.editorialvanir.com)

[valenbailon@editorialvanir.com](mailto:valenbailon@editorialvanir.com)

Barcelona

ISBN: 978-84-949190-9-1

*Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.*

# AMOS Y MAZMORRAS XII

---

BESOS DE CALAVERA  
PARTE II

Erótica ,

# Índice

[Anteriormente](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[MENSAJE DE LENA](#)

## **Anteriormente**

### ***El Reino de la Noche*** ***Tercera Doma***

Si había algo bueno en todo aquello, era que después de lo que iba a hacer, iba a tener el apoyo incondicional de Blanch para ayudarle a superar aquel fiasco emocional.

Su amiga había adelantado el vuelo y había llegado al aeropuerto de Carson hacía media hora. De haberla avisado antes podría haberse organizado mejor, pero ya le había dicho que la esperase, que la pasaría a recoger en cuanto acabara la gestión que tenía entre manos.

Y aquella gestión era ardua y dolorosa. Necesitaría mucho chocolate, muchas series, mucho alcohol y mucha comida basura para salir del agujero en el que se iba a dejar caer.

Pero Blanch era la compañía perfecta para ello, porque ella había superado lo insuperable. Y tenía muchas ganas de verla y de que le diera un abrazo empático de verdad. Uno que no viniera del círculo de los Kumar.

Pero eso sería después. Ahora le tocaba enfrentarse a su propio monstruo.

No tenía nada que demostrarle a Dasan.

Nada. Simplemente, había decidido que no quería la dominancia de Dasan. Que no le gustaba. Era como si se le hubiera caído un mito.

Porque si era frío fuera de la mazmorra, por muchas bromas y mucha sonrisa cómplice que intentara tener con ella fuera, dentro de la mazmorra era como hielo. Hielo puro y seco.

No se refería a que fuera autoritario, porque un Dómine debía serlo. Un Dómine podía ser duro, exigente e incluso un poco malo... pero lo que no podía hacer con su sumisa era dejarla nadando en tonos grises y no transmitirle nada. Y mira que lo tenía fácil, porque Shia estaba enamorada de

él. Si hubiera sido atento y cariñoso además de castigador, podría decir que la experiencia había valido la pena. Porque a lo mejor, él no se hubiera enamorado de ella, pero al menos habría sido más considerado y Shia se habría llevado su recuerdo al que amarrarse en el futuro, cuando fuera mayor.

Pero ni eso. Porque descubrir al Dasan Dómine había hecho que se bajara del Dasan general. Había descubierto que nunca se iba a dar, que no se iba a involucrar, que no se iba a acercarse a ella ni a descubrir su alma.

Y él pretendía que ella le obedeciera en las domas. Si no se había ganado su respeto, ¿por qué iba a hacerlo? Era como si estuviera viviendo una patraña, una pantomima.

Y no quería seguir formando parte de todo eso, porque a ella le hacía mal.

Le iba a costar superar la decepción del Kumar con el que siempre había tenido fijación.

Pero para eso estaba ahí, para empezar a romper ese amor imposible. Decían que no había nada imposible, solo voluntades más fuertes y más débiles.

Ella había tenido una voluntad de hierro durante mucho tiempo, y se había arrancado el valor de las entrañas para ir en busca de Dasan y mostrarse ante él. Someterse a él.

Pero el Calavera no había estado a la altura.

Con esa decisión inquebrantable, Shia entró al sibil del lobo.

La mazmorra seguía siendo apabullante. Pero el Dómine que la reinaba ya no le inspiraba respeto ni miedo. Solo dolor.

Dasan la esperaba de pie, en el centro de la sala. Como siempre, vestido de negro, con esa ropa que le quedaba tan bien y que le hacía parecer tan malote. Mostraba sus tatuajes sin disimulo, y Shia se esforzó en no pensar que la dejaba sin aire.

Lo logró a medias.

Dasan la miró censurándola, de buenas a primeras, con sus ojos grises acerados.

A ella le dio igual. No era de él.

No la había reclamado de verdad en ningún momento. No le debía nada.

Sabía que la estaba juzgando por cómo iba vestida. Porque le había pedido que se pusiera su ropa de abogada. Pero ella había pasado de sus órdenes olímpicamente.

Iba con un pantalón de chándal gris oscuro de algodón con los bajos estrechos, unas bambas negras, una camiseta negra de manga larga con la palabra «desobediente» escrita en el pecho, para más inri, y una cazadora tejana por encima. No llevaba ni mochila ni muda para cambiarse ni nada. Y por último, se había recogido el pelo en un moño alto no demasiado tenso y llevaba sus gafas. Por lo demás, la cara limpia y ni una sonrisa en los labios.

—Buenos días, Shia.

—Hola.

Dasan supo que algo no iba bien al ver el tono atrevido y el desafío abierto y descarado en su actitud.

—Creo haberte enviado un email con las directrices a seguir para tu última doma.

—Sí, es cierto.

—Es cierto... ¿qué? —Dio un paso al frente, intentando marcar terreno.

—Es cierto —No pensaba volver a añadir la coletilla de Dómine. No para él—. Me lo has enviado.

—¿Y por qué no llevas puesto lo que te pedí, sumisa?

Shia lo iba a decir. Lo tenía en la punta de la lengua. Solo lo estaba mirando bien por última vez en esa mazmorra porque sabía que nunca más iba a repetir con Dasan esa experiencia. No lo iba a intentar más.

Dasan dio dos pasos más hasta cernirse sobre ella, pero Shia alzó la barbilla estoicamente y aguantó el chaparrón de su energía dominante. No le afectaba. Ya no.

—¿Me estás provocando a propósito? ¿Hay algo que quieras decirme antes de que te lleve a la cruz y te dé tu merecido por tu actitud temeraria? No quería empezar la tercera doma así —le aseguró.

—Sí hay algo.

—¿El qué?

Shia tensó el cuello y lo miró sin consideración.

—Culpable.

«No», fue en lo único que pensó Dasan al oír la palabra de seguridad pronunciada por Shia antes de la doma. «No. Ahora no».

Era un GAME OVER inmenso para él y su relación con Shia como sumisa.

Se había acabado el juego.

—¿Disculpa?

—Culpable —repitió con seguridad—. Culpable, Dasan. Se acabó. ¿Lo quieres oír otra vez?

—Esto no es un juicio, letrada.

—Claro que no. Este juicio ya tiene su veredicto. Y es culpable. Yo soy la culpable —reconoció cada vez más afectada al ver que de verdad estaba lanzando su fantasía y su ilusión por estar con él, por la borda. Pero lo merecía. Él se merecía que le dijera lo desencantada que estaba con todo. Ella se merecía mucho más, otra cosa.

A Dasan parecía que la mazmorra se rompía a su alrededor, partiéndose en añicos, para mostrarle el mundo real.

Un mundo en el que Shia lo estaba rechazando.

Donde ella dejaba la doma a medias.

Donde él despertaba mal y tarde.

—Soy culpable de hacerme ilusiones. Culpable de pensar que tú, por ser quien eras, ibas a tratarme mejor. Culpable por creer que me entenderías y que harías de esta experiencia una de las más mágicas de mi vida. Soy culpable —asumió dejando que sus ojos se llenaran de lágrimas— por tener unas expectativas que nunca se cumplirán. Culpable por muchas cosas. Tú no has tenido la culpa. No eres responsable de esto. Eres como eres. Y has querido ser este tipo de Dómine conmigo. Perfecto, no te señalo. Pero yo tengo la sensación de que eres como un regalo de esos de Aliexpress. La diferencia entre lo que pides y lo que llega, es abismal. La diferencia entre lo que he esperado de ti y lo que he recibido, es insondable.

—Espera, Shia...

—No me voy a esperar —dijo—. Esto es muy vergonzoso y muy humillante para mí. No te imaginas cuánto. Porque poniéndome así estoy demostrándote lo mucho que me importas, lo que siento... y tú no te mereces que yo sienta cosas por ti. Porque no te lo has ganado. No es tu culpa tener el aspecto que tienes y ser falsamente encantador. Pero a mí todo eso me ha afectado. He sido así de estúpida —se encogió de hombros y se rio de sí misma—. ¿Qué le voy a hacer?

—Escúchame...

—No —alzó la mano para acallararlo—. No has cumplido conmigo. No ha sido como yo esperaba —miró el sibil con tristeza—. Déjame al menos que revocar nuestro trato sea como yo quiero que sea. Por favor —le suplicó—. Ahora mismo no necesito oír nada de ti. ¿Puedes respetarme? ¿Puedes hacer eso?

Dasan nunca se había sentido tan poca cosa como en ese momento. ¿Había sido él? ¿Él le había hecho tanto daño? Se merecía lo peor, desde luego.

—Sí —contestó finalmente. Estaba tan arrepentido que deseaba que Shia lo tratase peor, pero era educada y buena hasta para eso.

—Bien —Shia se sacó las gafas y se limpió las lágrimas. Después se las volvió a poner y suspiró entrecortadamente—. No te guardo rencor —le aseguró—. Creo que me equivoqué en elegir a mi Dómine —le explicó—. Supongo que ha sido mi falta de experiencia y sobre todo, el deseo de que fueras tú. Pero ya ha acabado. Ya está. He dejado la cuenta de las tres domas pagadas abajo.

—No quiero que me pagues. Ya te lo dije —la cortó secamente. ¿Tenía derecho a estar ofendido? Él le había dicho que no le iba a cobrar nada. Mierda, que Shia hubiese hecho eso le hacía sentirse sucio.

—No voy a dejar que me invites a algo así. Sinceramente, prefiero que me invites a una cerveza, que seguro que me gusta más.

Aquello fue como un latigazo para el ego de Dasan. No uno destinado al placer, sino uno que provocaba dolor y que además, humillaba.

—He preferido venir hoy aquí, presentarme y dejar mi cuenta saldada. Al menos, así podía decirte esto a la cara, y no como una cobarde por email. En fin... creo que está todo dicho —murmuró incómoda, mirando al suelo—. No he superado las tres domas, así que no sé qué tipo de sumisa soy y no creo que lo sepa. Tú no me has ayudado mucho a averiguarlo. Pero espero algún día descubrirlo, en otro Reino, en otra mazmorra. En otro lugar —lo miró apenada y rabiosa por que las cosas fueran así.

Estaba indignada. Pero no quería hacerse notar más delante de él.

—Bueno, Dasan. Pues eso. Gracias, al menos, por haberlo intentado — quiso ser educada y no ahondar más en la herida. Él era un Dómine, y tenían mucho carácter y mucho ego. No le iba a ser fácil asumir que lo habían despedido. Seguramente, nunca le había pasado eso.

—Shia... —dijo con la voz ronca.

—Ahora no —le pidió volviendo a romperse. Se dio la vuelta corriendo y salió de la mazmorra a toda prisa, antes de que su mundo se desmoronara por completo.

Dasan se quedó plantado en medio de la mazmorra.

Cabizbajo. Abandonado.

Se lo habían avisado. No podía reaccionar tarde con Shia. Porque iba a pasar eso. Ella se iba a dar cuenta de todo, y lo iba a despedir.

Pero lo peor era haberla visto llorar. Jamás se había sentido tan miserable como en ese momento.

Porque todo lo que tenía que hacer era disculparse y entonar el *mea culpa* y aceptar las verdades como puños que Shia le había arrojado. Verse en sus palabras fue penoso. Aunque ella no supiera por qué había sido así. Aunque no conociera su sentir verdadero. Tenía tanta razón que le daba vergüenza.

Miró a su alrededor, como un lobo que estaba en una cueva que no era la suya.

No supo cuánto tiempo se quedó en silencio, solo, de pie, como si la aguja del reloj se hubiera detenido. Paralizado por el miedo y el bochorno

merecido, sin duda.

¿Cuánto estuvo así? ¿Diez minutos? ¿Veinte? ¿Media hora?

No lo supo, hasta que la voz de Koda lo sacó de la pesadilla depresiva en la que se había sumido.

Su hermano pequeño parecía mucho más alarmado que él.

Dasan alzó la cabeza y frunció el ceño.

—Sal fuera —ordenó Koda.

—¿Qué pasa?

—Es Shia.

Todo en él se activó, como si lo despertaran con una sacudida.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—Está en el Orleanini. Creo que deberías ir —le sugirió como una orden.

Dasan no necesitó más sugerencias. Salió disparado de la mazmorra, corriendo con una angustia fuera de lo común. ¿Qué le sucedía?

Cuando llegó al Orleanini, Shia no estaba sola.

Derek la tenía completamente abrazada, cubierta por sus brazos, y ella no dejaba de llorar y de hipar contra su pecho.

Se le hizo un vacío en el estómago, y tuvo ganas de arrancársela de las manos. Pero Shia estaba desvalida, lloraba de una manera que incluso le faltaba el aire.

Dasan llegó hasta ellos y clavó los ojos en Derek.

—¿Qué está pasando?

La expresión del Griego parecía de preocupación y alarma. Él no le contestó y esperó a que fuera la joven abogada quien le diera la información.

Koda llegó tras él, y se tomó su tiempo para no sacudirla y que le dijera inmediatamente quién le había hecho daño.

—¿Esto lo has hecho tú? —le preguntó el pequeño enfadado con Dasan.

Él lo miró asustado y negó con la cabeza.

—No... no lo sé —dijo finalmente. Pero lo dudaba. Nunca había visto a Shia tan nerviosa y tan desesperada.

Dasan tomó a Shia por los hombros, la apartó de Derek y la giró hacia él. Se agachó para que ambos estuvieran a la misma altura.

—Shia... ¿qué pasa?

Ella no quería mirarlo. Sorbió por la nariz y dos enormes lágrimas descendieron por sus mejillas.

A él se le rompió el corazón.

—Shia... háblame.

La joven hipó y respiró entrecortadamente. Finalmente miró el móvil y le dijo a Dasan.

—Es mi amiga Blanch. Venía hoy a pasar unos días conmigo en Nevada. Había adelantado el vuelo... y... me acaban de llamar del hospital de Carson.

—¿Qué le ha pasado?

—La han... Dios mío... la han apuñalado —rompió a llorar sin consuelo—. Está muy mal...

Dasan quiso atraerla para abrazarla e intentar tranquilizarla. ¿Por qué le habían hecho eso a su amiga?

Pero ella se apartó de él y recuperó de nuevo su espacio entre los brazos de Derek.

Dasan se sentía tan hueco, tan poca cosa, que no sabía qué hacer.

Y en lo único que podía pensar era en encontrar el modo de recuperar a Shia. De que volviese a confiar en él.

Daría el primer paso averiguando quién le había hecho eso a su amiga.

Las cosas no iban a quedar así.

## CAPÍTULO 2

La llamada había sido durísima.

Fulminante e inesperada.

Pero recibirla después de haberse despedido de la fantasía de Dasan y un futuro de purpurina negra y roja, fue todavía más demoledor.

Se derrumbó, y el único que tenía ahí al lado, era Derek, que sabía lo que iba a hacer y había quedado con ella para hablar en el Orleanini. Porque entendía que para ella renegar de algo que había deseado tanto iba a ser traumático.

Pero estaba en shock, y no podía dejar de temblar. Y al ver a Dasan se puso más nerviosa.

Ya no le importaba su conflicto con el Dómine, ahora solo quería justicia y encontrar las fuerzas suficientes para ir al hospital y ver la realidad de Blanch.

Quería saber qué había pasado. ¿Cómo había pasado? ¿En qué momento?

Su amiga Blanch era popular, una cara conocida, sin duda. Pero... ¿por qué le había sucedido eso?

—Shia —le dijo Dasan de repente—. ¿Sabes en qué hospital de Carson está?

Ella lo escuchó pero no le miró en ningún momento. Tenía los nervios reventados.

—Así no voy a poder conducir —se dijo ignorándolo. ¿Cogía un taxi? ¿Le pedía a Derek que la llevara? ¿Quién...?

—Shia —repitió Dasan insistiendo en el hospital.

—En el que estuvo Karen ingresada —contestó finalmente. Entonces alzó el rostro y miró a Derek y después a Koda. A todos menos a Dasan—. ¿Podéis acercarme? Estoy demasiado nerviosa para llevar mi coche.

Él se tensó, como si hubiera recibido una descarga. Joder, no quería nada de él. Pero aunque Shia no lo creyera en ese momento, no era el egoísta insensible que parecía, y había una norma que nunca violaba: un Kumar no abandonaba a sus amigos.

Derek lo observó, y Dasan no movió un solo músculo. Como si su amigo dominante comprendiera hasta dónde podía meterse o no entre ellos.

—Tengo una doma ahora mismo, y no se pueden suspender las sesiones con los sumisos —dijo Derek a modo de disculpa—. Me encantaría poder ir contigo, Shia. Pero no puedo.

—Lo entiendo —asumió Shia.

Koda intercedió en la conversación y se prestó para hacerlo.

—Te llevamos. Dasan y yo te acompañamos ¿verdad, hermano?

Él sabía que ella no lo quería ahí, pero ni loco se iba a quedar sin entender qué había pasado.

Shia lo miró de reojo. No confiaba en él, pero aceptó la proposición de Koda.

—¿Lo tienes todo? —le preguntó Koda preocupado—. ¿Necesitas coger algo?

Ella negó con la cabeza.

—He venido solo con mi cartera y mi móvil —dejó claro.

—Vamos, entonces —Koda le ofreció la mano. Shia la tomó sin dudarlo y juntos, con Dasan caminando tras ellos, igual de agitado que la joven, se fueron del Orleanini.

### ***Hospital de Carson City***

En el Hummer, Shia fue incapaz de hablar o de pronunciar una palabra coherente. Blanch era su mejor amiga, como la hermana que nunca tuvo, y saberla tan malherida le rompía el corazón. En momentos como ese, cruzaban por su cabeza todo tipo de recriminaciones hacia sí misma. Si no la hubiese invitado, ella estaría bien... si el vuelo no se hubiera adelantado... si ella no se hubiese retrasado ni la hubiese hecho esperar, tal vez Blanch estaría luciendo

esa sonrisa desarmada y su sentido del humor tan sarcástico que, a pesar de todo, nunca perdía. Y no luchando por su vida como desgraciadamente hacía en ese momento.

Cuando llegaron al hospital, se dirigieron a la sección de urgencias. Allí, pidieron información sobre ella para saber en qué box estaba. Pero delante de ellos e incluso en el exterior, había mucho paparazzi que habían hecho de aquello un circo. La noticia de la agresión a Blanch estaría en primeras planas de medios informativos en un suspiro.

A Shia todo aquello le causaba repulsa y le llevó a recordar la época en la que a ella también le salpicó, cuando tuvo que ser la abogada acusadora de su amiga famosa. Ambas tuvieron que tragar mucha mierda. Y total ¿para qué? Poco tiempo después, Goliat estaba fuera por buen comportamiento y ella volvía a estar postrada en la cama de un hospital, siendo víctima de una nueva agresión. Aunque no tenía todos los datos y los necesitaba para valorar globalmente lo ocurrido.

Necesitaba orden, perspectiva y permitir que la Shia abogada tomase el control. La echaba en falta como agua de mayo.

—¿Qué es todo esto? —espetó Dasan al ver la cantidad de reporteros que acribillaban a preguntas a los enfermeros y enfermeras que salían de las puertas de urgencias—. Shia —tomó el brazo de la joven para que le prestara atención.

Ella lo miró con desagrado, como si reclamase que la soltase.

Joder, pensó Dasan. Soy un puto apestado.

—¿Quién es tu amiga?

Koda hizo la misma pregunta.

—Es Blanch Jonasson —contestó ella a desgana—. La actriz e instagramer. La que denunció a Goliat por violación y malos tratos.

Dasan tardó unos segundos en procesar aquella información. El tema de Goliat estaba de rabiosa actualidad. Ahora entendía algunas cosas sobre las reacciones de Shia.

—Soy la abogada de la señorita Blanch —dijo Shia apoyada en el mostrador—. Y su amiga personal —le enseñó el carné de la escuela de abogados.

La mujer rubia y de unos cincuenta años se veía sobrepasada por la situación. Tenía muchos papeles alrededor del ordenador. Miró a todos lados y resopló. Y entonces la estudió con más atención y abrió los ojos cayendo en la cuenta de quién era.

—Ah, sí... la vi a usted en la tele, cuando el caso de...

—Sí, muy bien —la cortó Shia sin paciencia—. Quiero que me informen del estado de la señorita Blanch y que me den todos los datos posibles sobre lo sucedido.

—Pregúntele a esos dos agentes de ahí —señaló hacia la esquina, donde un hombre y una mujer de piel oscura eran bombardeados por los periodistas—. Le hicieron los primeros auxilios hasta que llegó la ambulancia. Ellos tendrán más datos que yo, señorita. Avisaré al cirujano que está interviniendo, para que en cuanto pueda, hable con usted.

—Gracias —contestó Shia dirigiéndose inmediatamente hacia ellos.

Los periodistas no les dejaban pasar. La recepción era un caos. Entonces sucedió algo.

Dasan dio un paso al frente y empezó a hacerse hueco entre todos y a mirar amenazadoramente a aquellos que siquiera le rozasen.

—Apártese, señora —le dijo a una periodista con un micro cuyo logo era de un programa amarillista. Se lo dijo de un modo que la mujer se retiró sin más. Y entonces se plantó ahí en medio de toda la jauría y emitió un grito alto y claro—. ¡Cállense de una puta vez! —dijo con la vena del cuello hinchada—. Se lo voy a decir claro. Como vea a un solo periodista más molestar a los dos agentes o no respetar el silencio y el reposo de la gente que hay al otro lado, iré uno a uno y les partiré las cámaras. ¡¿Me han oído?!

Todos se sumieron en el más absoluto silencio, pero cuando el murmullo empezó a crecer de nuevo y una cámara de vídeo con el foco encendido se giró hacia él para enfocarle, Dasan torció la cabeza lentamente para quedar frente al objetivo.

—¿Quién es usted? ¿Conoce a la víctima?

El rostro de Dasan parecía imperturbable. Hasta que se perturbó.

Agarró la cámara del señor, se la arrancó de las manos, y la tiró a la basura, no sin antes quitarle la tarjeta de memoria. Después se dirigió hacia el

resto y les advirtió:

—Así con todos. Hagan el favor de tener un poco de respeto y dejen a los profesionales trabajar. Largo —Les señaló la puerta de salida—. Esperen afuera. Aquí molestan.

Koda empezó a echarlos a todos. Su presencia bastaba para que empezaran a retroceder. Mientras él se hacía cargo del último periodista y los enfermeros aplaudían y agradecían a Dasan su gesto, los dos policías parecían sobrepasados. Eran jóvenes. Y posiblemente estuvieran en prácticas.

Pero no era momento para sentir compasión hacia ellos.

Shia aún miraba a Dasan sin palabras, anonadada, cuando él se acercó a ella, posó su mano en la parte baja de su espalda y la acompañó hasta los agentes de seguridad, cuyos uniformes estaban manchados de la sangre de Blanch.

—Gracias, señor —le dijo el agente que no parecía tener más de veinte años.

—De nada —contestó Dasan—. Ella es Shia Styles —la presentó—. Es la abogada de la señorita Blanch. Queremos que nos informen sobre todo lo que ha pasado.

Shia les enseñó su identificación con manos temblorosas. Cuando ellos se cercioraron de que era quien decía ser, procedieron a narrarle los hechos.

El chico fue el que empezó a hablar.

—Trabajamos en el módulo de llegadas del aeropuerto. Estábamos en las cabinas de recepción y documentación de pasajeros, cuando vino una mujer con la cara desencajada pidiendo ayuda a gritos. Decía que estaba en el baño cuando empezó a escuchar ruidos acompañados de débiles aullidos de dolor. Dice que todo pasó muy rápido. No salió del baño porque temía que le pasara cualquier cosa. Cuando al fin se decidió a salir, había una chica sangrando, tumbada en el suelo. Corrimos para comprobar la información facilitada — intentaba hablar con seriedad, pero todavía estaba en shock—. Llamamos a urgencias inmediatamente en cuanto vimos que las heridas de la víctima eran profundas.

—¿Qué le han hecho? —quiso saber Shia ansiosa.

—La han apuñalado.

—¿Quién se lo ha hecho?

—No lo sabemos, señorita. Pero estamos barriendo el aeropuerto en busca del arma que han utilizado, y revisando los vídeos para ver si podemos ver algo o identificar al posible agresor.

—O sea que, por ahora, no tienen nada, excepto a mi cliente luchando entre la vida y la muerte en quirófano —sentenció Shia frustrada.

—¿Identificaron a la mujer que les dio la información? —preguntó Dasan con gesto adusto.

—Sí, señor.

Dasan sabía que los dos jóvenes no tenían por qué facilitar esos datos, y más cuando el atestado estaba abierto. Pero confió en que los nervios les traicionaran y en que su intensidad les afectara de alguna manera.

—No le podemos facilitar esos datos —lo censuró la compañera—. Lo sentimos mucho.

—Yo accederé a los atestados de algún modo —le dijo Shia—. No te preocupes, Dasan.

—Sí, será lo mejor, señorita, no queremos tener problemas con nuestros jefes —le explicó la joven agente—. El juez que abra las diligencias sobre este caso podrá facilitarle lo que quiera, letrada.

—Gracias.

En ese momento se abrieron las puertas de urgencias, y de ellas salió un doctor, con pantalón y bata verde clara. Señal de que hacía poco que había salido de la sala de operaciones. Aún tenía la máscara quirúrgica colgando del cuello.

—¿Los familiares de Blanch Jonasson?

Shia se dio la vuelta con el corazón en un puño y se dirigió al doctor con los Kumar pisándole los talones.

—Soy su amiga íntima y su abogada, y la más allegada que tiene en Nevada ahora mismo. Shia venía a mi casa a pasar unos días —apenas le salía la voz, pero debía mantenerse serena.

El hombre de ojos oscuros y pelo canoso tenía las arrugas de la frente y el entrecejo muy marcadas. Señal de que era un cirujano metódico y observador

y que llevaba muchas horas concentrado en su arduo trabajo.

—Soy el doctor Colt —se presentó educadamente—. Me he encargado de la intervención a Blanch.

—Por favor, dígame cómo se encuentra.

Shia se temía lo peor. No quería ni pensar en la posibilidad de que las heridas hubiesen sido mortales, pero por la sangre de los uniformes de los policías, no era excesivamente optimista.

En ese momento, Dasan le cogió la mano. La tenía caliente y ella helada, y de algún modo, a pesar de todo lo que pensaba de él, actuó como un bálsamo contra sus nervios.

—Está estabilizada. Pero no fuera de peligro del todo —los retiró a una esquina del amplio pasillo para que nada ni nadie oyera la información que les iba a dar—. Ha entrado en quirófano con heridas de distintos grados y una hemorragia interna. Ha sufrido tres puñaladas.

Shia se cubrió la cara con la mano libre, devastada por la noticia. Dasan le sujetó la mano con fuerza, firme a su lado.

—Una de ellas en el tórax —continuó el cirujano en voz baja— con la suerte de que no ha alcanzado ningún órgano vital. La segunda puñalada ha impactado en el esternón. La hoja de la navaja no ha podido avanzar, así que esa herida solo ha necesitado puntos de sutura. Sin embargo, la tercera puñalada ha sido intercostal, en el lado izquierdo, y sin duda fue la más problemática, dado que ha alcanzado el bazo. La hemorragia ha emergido de ahí. Le hemos realizado una esplenectomía. Se lo hemos tenido que extirpar.

—¿Qué consecuencias tiene para ella perder el bazo? —quiso saber Shia.  
¿Tres puñaladas?, pensaba Shia horrorizada. ¿Tres? ¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué?

—Se puede vivir sin bazo —explicó en tono conciso—. El bazo se encarga de filtrar la sangre y ayudar a combatir las infecciones así que el cuerpo perderá una parte de su capacidad para combatir las. Las funciones del bazo las realizará el hígado. Pero, aunque parece grave, no lo es tanto. Podrá vivir con normalidad.

—Entonces... doctor... ¿se va a recuperar? —preguntó esperanzada.

—La señorita Blanch ya está estable, pero pasará esta noche en la unidad de cuidados intensivos para que podamos monitorizarla mejor. Por si tenemos

que hacerle más transfusiones porque ha perdido mucha sangre. Pero sí — asintió con total seguridad—. Se va a poner bien porque es fuerte. Ha sido una mujer con suerte. No todas las víctimas de este tipo de agresión sobreviven para contarlo.

Shia se guardaba la opinión. ¿Suerte? Esta era la segunda vez en su vida que experimentaba un ataque así contra su persona.

—¿Cuánto tiempo tendrá que estar ingresada?

—Probablemente de cinco a siete días. Veremos la evolución. Mañana, cuando despierte y la traslademos a la habitación podrán empezar a visitarla —sonrió para transmitirle tranquilidad.

Aunque Shia no estaría tranquila hasta que la llevara a su pequeño bungalow para cuidarla.

—Muchas gracias, doctor —Shia le dio la mano con amabilidad—. Gracias por lo que ha hecho.

—Es mi trabajo.

—¿Podemos visitarla en la UCI?

—A partir de la tarde. En recepción les dirán en qué habitación estará de cuidados intensivos.

—De acuerdo. Doctor... sobre la atención que le den o le puedan dar a la prensa...

—No se preocupe —la tranquilizó—. Estamos cerca de Las Vegas y por aquí han pasado muchas personalidades... No vamos a dar ninguna información. Pronóstico reservado.

—Necesito respeto absoluto hacia mi cliente. Que sea así hasta que ella esté consciente y decida qué hacer. Hace mucho que se alejó de los focos... si tiene que reaparecer, que sea por decisión propia —pidió Shia.

—Asi será, señorita Styles. Ahora —inclinó la cabeza—, si me disculpan.

—Gracias de nuevo.

El doctor le dirigió una sonrisa comprensiva y desapareció de nuevo entre las puertas de urgencias.

Koda y Dasan se miraron el uno al otro, respetando el silencio de Shia, que parecía concentrada en un mundo de suposiciones y probabilidades.

—Shia... —Dasan le apretó ligeramente los dedos de las manos para que volviera en sí.

—Sus cosas... —murmuró.

—¿Cómo?

—Su maleta. Su bolso. Sus cosas —miró a todos lados—. ¿Dónde están?

—Las recuperaremos —la tranquilizó Dasan.

—Pero...

—Shia —él la tomó de los hombros y la giró para que se concentrara en su rostro y en sus palabras—. Mírame.

Ella lo hizo. Tenía los ojos azules irritados y las pupilas dilatadas.

—Koda y yo estamos aquí para ayudarte. Blanch ha salido de peligro, está estable. Dinos qué necesitas.

—Necesito recuperar sus cosas... —contestó ella empezando a emocionarse.

—Nosotros dos nos encargamos de hablar con los agentes para que nos digan dónde están. ¿Qué más? —le acarició el rostro como a una niña pequeña. Le rompía el corazón verla así.

—Y quiero que despierte y me diga quién coño le ha hecho esto —gruñó indignada y emocionada al mismo tiempo—. Ella no se lo merece... ella no...

—Eh, oye... —se iba a romper delante de él y de repente solo le apeteció abrazarla y protegerla. A ella no le gustaba que nadie la viera así, por eso él sería su escudero. La atrajo hasta su cuerpo y la sepultó contra su pecho—. Chist... —le acarició la nuca y apoyó la barbilla sobre su moño rubio—. Está bien. Tranquila... desahógate.

Y allí, Shia arrancó a llorar sin abrazar a Dasan, pero apoyándose en él, como si alguien le hubiera dado una orden silenciosa para que se dejara ir. Como si ese fuese su lugar seguro.

Lloraba por Blanch, descargaba todo el miedo que había sentido al recibir la noticia.

Pero a ninguno de los dos, ni a Dasan ni a ella, se les escapaba que, en esas lágrimas había mucho más de lo que nunca le había dicho.

Dasan sintió la tremenda necesidad de ayudarla en todo momento y de hacerla sentir bien. Pero sobre todo, quería recuperar su confianza.

Y allí, en ese hospital, empezaría siendo su paño de lágrimas. Había echado a perder todo con ella y, a partir de ese momento, ella iba a ser lo más importante. Ahora le tocaba a Shia conocer al verdadero Dasan. Y viendo el percal, no estaba para tonterías.

Aunque en ese momento no tenía más intención que calmarla, porque solo de ese modo, él también calmaría a sus demonios.

Justo al lado del hospital había un pequeño restaurante.

Dasan no se separaría de ella en todo el día, lo quisiera Shia o no.

Así que, mientras Koda tenía que recuperar los objetos personales de Blanch, Dasan estaba sentado en frente de Shia, esperando a que comiera algo o probara bocado, porque no había comido nada en todo el día.

Karen y Lonan habían llamado interesándose por lo que estaba pasando, y no dudaron ni un segundo en ofrecerse a ayudarla en lo que fuera. Habían decidido ir con Koda para hablar con la comisaría central de Carson que tenía requisados los objetos de Blanch. Pensaron que, al ser conocidos ambos como héroes estatales por el tema de los Gunlock con los Bellamy, tendrían deferencia y podrían entregarles sus cosas sin ninguna orden ni permiso oficial. Para ello, la agente Robinson debía aparecer en escena y mover los hilos correspondientes para llegar a un acuerdo entre fiscalías. Y, si no, siempre tendrían a Montgomery para hacer una llamada.

Shia agradecía el apoyo incondicional. Pero estaba tan sobrepasada que, por un momento, solo quería estar en silencio e intentar ver las cosas en perspectiva. Necesitaba algo de sosiego.

Jugeteaba con el tenedor en la ensalada y permanecía callada, cabizbaja. Sabía que solo podía permitirse estar así ahora, porque cuando visitara a Blanch debía ser su punto de amarre, su tierra firme, y no habría espacio para el dolor, solo determinación para meter entre rejas al desgraciado que le había hecho eso a su amiga.

Dasan, al otro lado, no quería presionarla, pero alguien debía cuidar de ella en ese momento y preocuparse por sus necesidades básicas.

—¿Quieres que te dé yo de comer? Como no comas, es lo que haré. No me da ninguna vergüenza.

Shia continuó jugando con la lechuga y la manzana.

—Llevas sin probar bocado desde que saliste de la doma. Ya han pasado seis horas.

Shia se miró el reloj.

—Nadie se muere por estar seis horas sin comer —contestó arisca—. Además, el doctor dijo que en cuanto saliera de quirófano tendría su unidad preparada para que pudieran monitorizarla durante hoy. Y yo la quiero ver. Quiero ver a Blanch hoy mismo. No voy a esperar a que la suban a planta.

—Lo entiendo, Shia —contestó Dasan—, pero necesitas tener algo en el estómago. Hará que te sientas un poco mejor.

—¿Un poco mejor? Hoy me siento como una mierda —alzó el rostro y lo paralizó con sus ojos azules—. Me siento mal por muchas cosas —y ambos sabían por qué. Ella no se olvidaba y él tampoco— pero esto de Blanch supera con creces lo que soy capaz de tolerar —negó con la cabeza—. Ahora mismo estoy destrozada. Y comer no hará que me sienta mejor.

—De acuerdo —Dasan sabía muy bien qué tipo de mujer era Shia. Necesitaba ponerse manos a la obra y solucionar aquel desaguisado. Sobre todo ella, que era mujer de justicia, quería justicia para su amiga. Así que la puso manos a la obra. Iba a encenderle el botón de justiciera y a ponerla en modo automático—. Comer no hará que te sientas mejor. ¿Y hablar?

—¿Hablar? ¿De qué quieres hablar?

—Eres la abogada de Blanch —sabía dónde tenía que darle para que saliera de esa zona oscura y depresiva. No la quería ver ahí—. De Blanch Jonasson. Toda una celebridad... Una celebridad que tú protegiste anteriormente. No tenía ni idea.

—¿Y de qué tienes idea tú, Dasan? ¿Cuándo te has interesado por alguien que no seas tú mismo? —escupió de pronto, sin poder ni querer detener sus palabras.

Él achicó sus ojos disimuladamente. Bien, la quería ahí. Despierta. Activa.

Viva. Aunque él fuera su diana. Estaba dispuesto a hacer de su dolor un arma de guerra.

—Ha sido una sorpresa. No sabía que teníamos a una abogada tan popular. Eso es todo. Ahora entiendo por qué hablabas de Goliat así y no quisiste ni oírlo en la radio.

—¿Quieres interesarte? ¿Quieres preguntarme sobre esto ahora? ¿Tan mal gusto tienes? —preguntó desviando la vista de sus ojos plateados para fijarlos a través de la ventana. Llovía, el día en Nevada era grisáceo y triste, como su estado anímico. Frente a ella, el hospital no dejaba de recibir goteos de personas. Y en el exterior, apelotonados en las puertas de urgencias, los periodistas de la prensa del corazón continuaban haciendo su labor tan incómoda.

Dasan lo sabía. Sabía que ahora era bastante impopular para ella. Pero él tenía un plan. Y lo iba a llevar hasta el final, con todas sus consecuencias.

—No quiero hablar del pasado si tú no quieres. Quiero hablar del presente. Y no me digas que no te ronda por la cabeza lo mismo que a mí —tomó su café con hielo y dio un sorbo—. Hablo sobre lo que le ha pasado hoy a Blanch.

Shia se aclaró la garganta y se subió las gafas para colocárselas bien y poner todos sus sentidos en sus palabras.

—¿A qué te refieres? —no apartaba sus ojos del enjambre de paparazzis.

—Sabes perfectamente cómo va a ser de lento todo esto... Que abran las diligencias sobre el caso, que tú puedas recopilar las pruebas, que lleguen los sospechosos y los culpables, si llegan —aclaró poniéndolo en duda—... que se adjudique una fecha para un posible juicio...

—¿Me quieres animar así? —lo miró incrédula—. Tienes la misma habilidad para animarme que la que tienes como Dómine.

La declaración fue incisiva como un cuchillo. Dasan aceptó la estocada, no le iba a contestar, por mucho que le hubiera escocado.

Intentó sacudirse internamente y sacarse de encima el malestar, y decidió continuar con su plan. Él no era lo importante. Lo importante de verdad era ella.

—¿Qué es lo primero que has pensado cuando te han informado sobre lo sucedido con Blanch? —prosiguió con su esquema, un mapa de carreteras del

que no se pensaba desviar. Shia no contestaba, pero lo miraba con atención —. Soy yo, Shia. No pienso contarle a nadie lo que me digas —pero ella seguía callada. Completamente en silencio. No confiaba en él, ya no. Ese era el daño colateral de la fría doma que había llevado a cabo con ella, que afectaba a los vínculos emocionales hasta el punto de llegar a romperlos. El modo en que ella lo miraba lo hacía sentirse pequeñito—. Está bien... no me lo digas. Pero quiero que sepas algo. Quiero ofrecerte mi ayuda y la de mis hermanos.

—No vayas por ahí—dijo inmediatamente.

—Deja que termine —le pidió—. Sé que tus métodos pueden diferir mucho en los míos y que mi significado de justicia puede ser radicalmente opuesto al tuyo. Pero te vamos a ayudar si tú quieres. A veces, cuando los que tienen que pagar por lo que han hecho no pagan, no hay por qué seguir las reglas —le dejó caer tomándole la mano.

Shia bajó la vista a la mano de Dasan y lo hizo con desprecio. Eso iba en contra de sus códigos y su ética moral, y le pareció demasiado que él le propusiera nada parecido. Así que retiró la mano, como si su contacto le desagradara.

A él el gesto le sentó muy mal, pero lo encajó como pudo.

—Deja que te diga algo, Dasan. Tú y yo no nos parecemos en nada ¿sabes? Que tus hermanos y tú os podáis tomar la Ley a la torera y que sobrepaséis todos los límites de la moral, no implica que todos seamos iguales ni que todos queramos lo mismo. Los Kumar estáis en Carson movidos por la venganza y el odio, no lo olvides, y esa actitud siempre consigue cobrarse todo tipo de cargos. Os he ayudado a conseguir contratos legales y a poner todos vuestros papeles en regla, porque os aprecio y porque no he cometido ningún delito con ello. Pero vuestro móvil dista mucho de ser algo noble y bueno. Desenmascarar a gente corrupta, pasándose todo tipo de códigos penales por el forro, no os convierte en héroes, os convierte en menos villanos. Así que no. No quiero tus métodos. La verdad es que... no quiero nada de ti, Dasan —lo miró con tristeza y también con compasión—. Te lo he dicho esta mañana en la mazmorra. Te lo digo también ahora. Gracias por intentar acompañarme en este momento y por haberme abrazado cuando lo he necesitado... pero eso no cambia nada entre nosotros. Ahora

mismo no siento que seamos amigos —se encogió de hombros—. Y no quiero serlo. Quiero que me respetes y que te alejes. Que lo hagas ya. No necesito que estés aquí conmigo, y menos ahora —dejó la ensalada a un lado, demostrándole que no iba a comer y se inclinó hacia adelante—. Quiero centrarme en Blanch y quiero estar sola. Quiero que te vayas —declaró sin titubear.

Claro. Transparente. Shia acababa de dar su parecer sobre todo lo que era él para ella. Mejor dicho, en lo que se había convertido por hacer las cosas mal.

Se lo tenía merecido, pero aceptarlo no lograba hacerle sentir mejor, al contrario, sentía un fuerte dolor en el pecho. Eran lacerantes punzadas de pesar y de arrepentimiento.

El tiempo le había enseñado que uno no podía hablar con un muro, porque las palabras rebotaban. Aquel era el estado de Shia en ese momento.

Por eso, con todo el dolor de su corazón y sin poder recriminarle nada, movió la cabeza afirmativamente, rebajando su ego y su orgullo a nada, y se levantó lentamente de la mesa.

—Entiendo. Lamento haberte molestado. Y siento mucho lo de tu amiga. De verdad —sus palabras eran sinceras, al igual que la vergüenza en sus ojos—. Koda estará al llegar y...

—No me importa quien venga —contestó. Estaba enfadada con él y con la vida. No podía hablarle de otro modo, aunque intentaba ser educada—. ¿Te puedes ir, por favor?

—Sí. Lo siento mucho por todo —contestó Dasan con sinceridad.

—Sí, ya. Y yo —musitó Shia volviendo a mirar por la ventana.

Él se dio media vuelta y se alejó de ahí con paso lento.

No estaba acostumbrado a esos rechazos tan abiertos. Pero a lo que menos acostumbrado estaba era a sentirse mal, y a quedarse abrumado por la intensidad de su rabia y su propia congoja.

No quería perder a Shia. Quería recuperarla.

Y, precisamente, porque quería que volviera a mirarlo como antes, decidió dejarle ese espacio.

Porque ya no se trataba de lo que él requiriese, esto solo iba de ella.

De sus necesidades. Y punto.

E iba a aprender a respetarlas hasta que ella le abriese la puerta de nuevo.

## CAPÍTULO 3

Erótica ,

### *Al anochecer* *Villa Josephine*

Pudo visitar a Blanch.

Entrar en la unidad de cuidados intensivos, en una habitación preparada solo para ella y comprobar que, a pesar de estar postrada y muy malherida, su morena amiga continuaba teniendo ese aire de musa, y eso la hizo sentirse un poco bien.

Blanch vivía de su imagen. Y no hacía mucho para cuidarse, porque había gente que tenía una genética maravillosa. Y ella era de esas personas tocadas por una varita.

Dormida, y entubada, seguía siendo ella. Su cutis perfecto, su rostro dulce como el de un bebé, su pelo largo, negro y frondoso sobre la almohada blanca. Sus ojos negros eran enormes y siempre sonreían a pesar de lo que le pudiera pasar. Tenía los labios mullidos y rosados, casi del mismo color que sus mejillas. Era la reina de las cejas perfectas, y más después de publicitar por su canal todo tipo de cosméticos destinados a esa zona de los ojos.

Blanch se ganaba bien la vida sin hacer daño a nadie. Daba todo tipo de consejos de belleza, dietas, le pagaban las marcas para publicitar ropa y todo tipo de productos... y por eso, también se había convertido en la diana de muchos «odiadores». Pero lo que más le había marcado y siempre a peor, fue su relación con Goliat, porque la dejó tullida para siempre.

Las malas lenguas decían que ella se benefició de su popularidad y obviaban por qué ese hombre había sido juzgado y había pasado un tiempo en

la cárcel... Era el doble rasero de una sociedad machista construida gracias a la ayuda de muchas mujeres que vertían en chicas como Blanch, toda su rabia, su envidia y también su dolor por no tener la vida que les gustaría.

Ellas no sabían que Blanch estaba licenciada en filología e historia, que ayudaba voluntariamente dos veces a la semana a un centro social de personas mayores, a hacerse cargo del comedor y después del cuidado de algunos de ellos. No sabían que era una chica con un sentido del humor muy ácido y perverso, que uno nunca se aburría con ella y que tenía un corazón enorme.

Los que la criticaban solo querían ver de ella lo que los medios decían. Pero Blanch jamás dio una entrevista para ninguna televisión y nunca dijo una sola palabra sobre su relación con Goliat, ni siquiera cuando puso la demanda. Siempre fue cauta y cuidadosa y pretendió huir de cualquier conflicto. Pero este le persiguió, y de ese sí que no pudo escapar, porque le dejó cicatrices.

Shia la admiraba mucho. Y la quería a rabiar.

Por eso se alegró tanto cuando escuchó que su pulsómetro funcionaba con normalidad, y que no sentía dolor, al menos mientras estuviera sedada. La felicidad la embargó porque estaba convencida de que lo iba a superar de nuevo, porque Blanch era una superviviente.

Como fuera, a Blanch no la habían logrado matar. Había vencido a su agresor. Porque alguien que propinaba tres puñaladas tenía una clara intención de acabar con su vida. Blanch había ganado. Que se jodieran los demás.

Con esa satisfacción parcial, Shia podía pensar mejor, y relajarse momentáneamente. Había regresado al bungalow, se había duchado y ahora, más fresca y más entera, podía pensar con más claridad, sin toda esa desesperación y ese dolor que la nublaba.

El hartón de llorar que se había dado en la ducha fue considerable. Lloró por muchas cosas. Algunas de ellas las iba a guardar en su cajón desastre para no pensar en ellas demasiadas veces.

Porque así se sentía menos pesada.

El olor que salía de la cocina la dejó noqueada. La imagen de ese hombre, cocinando de espaldas a ella, era de postal.

Ese pelo negro espeso y despeinado, aquella amabilidad perenne en el rostro, su mirada del color de la noche, y aquellas pecas difuminadas por su rostro, tan claras que se mimetizaban con el color de su piel... Él hacía que se sintiera bien. En calma. A gusto.

Derek la había venido a ver por la noche, en cuanto pudo salir del Reino. Era un Amo con mucho trabajo, al parecer, supuso Shia.

El Griego estaba muy preocupado por ella. Sabía que estaría mal emocionalmente por todo lo sucedido en la mazmorra y por lo de Blanch. Por eso se presentó allí con una bolsa de comida que quería cocinarle, según él.

—En mi familia tenemos la creencia de que la comida sana el alma cuando se cocina con cariño.

Shia se cruzó de brazos y se sentó sobre el taburete de la encimera donde Derek cortaba las verduras para sofreírlas.

—¿Estás cocinando con cariño? —preguntó Shia siguiéndole el juego.

—Con todo mi corazón —le guiñó un ojo coqueto y divertido.

Ella no le hizo mucho caso, pero cogió un panecillo caliente y empezó a mordisquearlo, poco a poco, para acabar comiéndolo con gusto.

—Están recién hechos —murmuró feliz.

—Los he comprado en el Orleanini en cuanto he salido de ahí.

—Todo lo que tienen en ese lugar está muy rico... La verdad es que se me está abriendo el apetito, chef. Todo huele muy bien.

—Lo celebro —dijo animado—. No puede ser que no hayas comido nada en todo el día.

Shia estudió a Derek. Era tan educado, tan correcto y, al mismo tiempo, tenía tanto misterio alrededor... Pero, sobre todo, era muy bueno y muy respetuoso con ella.

—Toma —le acercó un plato con pollo y verduritas al wok—. Empieza a abrir boca. Y cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó.

—Ya sé que Blanch se va a poner bien, y que mañana la suben a la

habitación. Y están todas las televisiones hablando de ello... supongo que quieres descansar un poco del tema. Así que quiero que me hables de lo otro. Hoy también has tomado una decisión importante. ¿Cómo ha ido?

Shia probó el primer bocado de verduritas y cerró los ojos muerta de placer. ¡Estaban deliciosas! Empezó a comer con más ansia, sin darse cuenta.

—Fue como tenía que ir. Pronuncié la palabra de seguridad, le dije lo que me había parecido todo, que no quería un Dómine como él y le pedí que me diera espacio.

Derek continuaba removiendo el wok con una cuchara de madera. Estaba concentrado en las palabras de Shia. Entendía que no había sido nada fácil para ella.

—¿Cómo se lo tomó él?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Tampoco le dejé que me diera ninguna explicación.

Derek giró la cabeza en su dirección, sin dejar de remover.

—¿No le dejaste hablar?

—No. No quería hablar con él... —le explicó—. Me fui después de soltárselo todo.

—¿Y en qué cambia eso tu relación con él?

—Ahora mismo no quiero tener contacto con Dasan.

—¿Y con el mundo de la Dominación?

—Menos —contestó cortante—. No me he sentido bien estando en la mazmorra. No me he sentido bien tratada. Y no quiero ser injusta con Dasan, pero... tal vez sea un Dómine excelente y ese tipo de trato impersonal pueda darse en su cubil. Pero a mí no me gustó.

—Creo que Dasan no supo qué hacer contigo —murmuró—. Y que no lo hizo bien. Pero... —la miró de reojo, escondiendo una sonrisa.

—¿Pero qué?

—Tampoco fuiste justa con él.

Shia se envaró.

—Fui justa. Le dije lo que quería.

—¿Sabe Dasan que estás enamorada de él?

Ella palideció y tragó una zanahoria con la que por poco se atraganta.

—Si entras a la mazmorra de un Amo por quien sientes cosas, tus expectativas pueden ser otras bien distintas a las que te vas a encontrar ahí. Un Amo hace su trabajo y se vincula con la sumisa tanto como él quiera. No puedes obligarle a sentir cosas por ti. Él controla y se entrega tanto como cree conveniente.

—Dasan me confundió. Me hizo creer cosas que no eran. Me hizo creer que de verdad le importaba. Tan preocupado por mí y por mis experiencias bedesemeras... y después es el peor de todos. Tengo juguetes en casa, gracias —añadió muy seca—. Y me sé complacer bien solita. No necesito una mazmorra para jugar con ellos. Quería un Dómine para que él, el hombre, se atreviera a someterme. Pero no fue así.

Derek se reía en silencio. Los hombros le temblaban y agachó la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—Cuando te enfadas tus ojos te brillan y se oscurecen. Eres un poco como *Supergirl* con sus rayos X.

—Es que estoy muy enfadada —le aclaró poniéndose seria.

Eso le hizo todavía más gracia a Derek.

Shia le tiró la cabeza de una zanahoria que había cortada sobre la encimera.

—¿Quieres parar?

Él dejó ir otra risita.

—De todas maneras, yo sigo manteniendo mi propuesta. Si te gusta la dominación y la sumisión, abro las puertas de mi mazmorra para ti. Cuando tú quieras, Shia —le dejó claro con expresión bondadosa y desinteresada—. Aunque dudo que Dasan te deje tranquila. A él le importas mucho, aunque no lo haya sabido llevar.

—Le importo porque soy la abogada de la familia y llevo todos sus papeles en regla.

—Si tú lo dices... —dijo sin estar muy convencido.

Shia arrugó la frente. Derek le hablaba como si supiera mucho más de lo que decía.

—De todas maneras me alegra que no haya completado las tres domas contigo.

—¿Por qué?

—Porque me jugué el coche a que no lo lograba.

¡¿Qué qué?!, gritó Shia internamente.

—¿En serio? —dijo decepcionada.

—Sí. Como imaginas, sigue aparcado afuera —reveló como si tal cosa—. Es decir, que no ganó.

—¿Y qué pasaba si perdía?

—Nada que vaya a ser trascendente, si lo sabes —se encogió de hombros.

—No —negó con el dedo, disconforme—. Insisto, es asqueroso saber que formo parte de una apuesta —espetó incrédula—. Dasan ha perdido. Lo justo es saber qué perdía él al fracasar con las domas.

—A ti —contestó con sencillez—. Te perdía a ti. Y no tener ninguna posibilidad contigo nos abre las puertas a los demás. Él accedió a hacerse a un lado. Si perdía, dejaría el camino libre para que yo lo intentara contigo.

Shia se bajó del taburete y caminó alrededor del islote de la cocina. ¿Eso que acababa de oír era verdad? Su indignación crecía por momentos.

—¿Pero qué os habéis creído que soy? ¿Mercancía que puede pasar de uno o otro como si nada?

—Estuvo mal. Pero fue por mi culpa. Yo le presioné. Mi honor como Dómine se puso en entredicho cuando te sacó de mi mazmorra. Quise hacerle creer que, si fracasaba, yo iría a por ti y él, si era un caballero, tenía que dejar que tuviera la oportunidad que él me había robado —continuó cocinando como si tal cosa.

—No me vale. No me vale decir que fue por tu culpa —puso los brazos en jarras—. Él accedió. Sois los dos igual de torpes y machistas.

—Entiendo que pienses eso. Pero me parecía justo que lo supieras. Y me parece justo que sepas que, aunque me pareces un caramelo, Shia, no voy a entrometerme entre tú y Dasan.

—Derek —exhaló—, puedes entrometerte tanto como quieras, que no voy a hacerte caso ni a ti ni a ningún dominante más. Hasta que pase un tiempo —aseguró—. Mi paciencia ha tenido suficiente.

Eso provocó que Derek dejara ir una carcajada.

—Es normal.

—¿El qué?

—Es normal que tengas a Dasan tan trastornado.

—¿De qué hablas? —lo miró como si estuviese loco.

*Ding dong.*

El timbre del bungalow sonó con fuerza.

Shia, que se había puesto ropa cómoda para no salir del bungalow hasta el día siguiente, corrió a abrir la puerta con un jersey de manga larga holgado y un pantalón muy corto de algodón de color gris, que apenas se veía. Parecía que no llevaba nada debajo.

Se le pasaron varios nombres por la mente: Karen, Lonan, Koda, incluso Jessica, que no había dejado de escribirle en toda la tarde.

Pero no. No era ninguno de ellos.

Era el traficante de personas en carne y hueso.

Y verlo le afectó tanto como le había afectado lo que Derek le había contado.

Porque siempre le pasaría lo mismo. No superaría jamás lo mucho que le afectaba a sus endorfinas.

Su pelo, que ahora siempre llevaba peinado hacia atrás, sus costados rasurados, sus facciones tan viriles y tan bien marcadas... Sus ojos... Era pura brujería, el maldito calavera.

Pero tampoco olvidaría lo mucho que le dolía que no solo no se atreviera a cruzar la línea con ella, sino que, además, se creyera con la potestad de decidir si permitía o no a los demás que se acercaran a ella.

Le habría pegado un puñetazo de tener fuerzas para ello. En vez de eso, apoyó una mano en el marco de la puerta, para que tuviera claro que no le iba a dejar entrar y lo observó de arriba abajo con todo el desencanto del que fue capaz.

Dasan sabía que no debía acercarse a ella.

Pero no podía pensar en otra cosa que no fuera en Shia.

Era inexplicable. Él debía estar ahí. Quería estar a su lado. Quería ayudarla y empezar a demostrarle que la quería. Quería que le diera una nueva oportunidad como amigo, como Dómine... y también como lo que ella le dejara ser, porque ahora ella decidía.

Él nunca había tenido ese poder. Ella sí.

Cuando abrió la puerta, su olor golpeó sus fosas nasales. Eso, y el aroma que salía de la cocina.

—¿Qué haces aquí? —espetó muy borde.

A Dasan le vino un *déjà vu*. Alzó la bolsa de comida y sonrió, disculpándose por molestarla.

—No sabía si habías comido. Supuse que te gustaría esto.

—Dasan... —entrecerró su mirada—. ¿Tú me escuchas cuando hablo?

—Sobre eso —alzó un dedo poniendo cara cómica—... decirte que sí, por supuesto. Pero creí oír tus tripas —le dirigió una sonrisa maravillosa y auténtica.

—Se me ha revuelto el estómago al verte, sí —señaló.

—Cómo se nota que eres una abogada implacable y que sabes cómo cortar a la gente. Shia... mira —no sabía cómo encontrar las palabras que lo acercaran un poco a ella. Shia tenía la puerta abierta ante él, pero nunca nada estuvo tan cerrado a su acceso—. Solo he pasado por aquí para asegurarme de que cenabas algo y ver qué tal estabas. Estoy preocupado por ti.

—¿Ah sí? ¿Estás preocupado? —lo miró sin creérselo.

—Sí —dijo—. No hace falta que me invites a entrar. Solo toma esto —le iba a entregar las bolsas.

Ella movió la cabeza de un lado al otro, negativamente.

—No te comprendo, Dasan. ¿De dónde has sacado tanta cara? ¿Qué eres tú, eh? ¿El peor calavera de todos? —Dasan no se imaginaba que ella sabía lo de la apuesta.

—Sé que estás enfadada conmigo, Shia, pero me gustaría que me dieras...

El carraspeo masculino que salió del interior del precioso bungalow puso en alerta a Dasan.

—¿Ha venido Koda?

—¿Koda? No.

—¿Lonan?

—¿Lonan? —hizo un mohín—. Tampoco.

—¡Shia, la cena ya está! —gritó Derek desde dentro—. ¡Sea quien sea o le invitas a entrar o se enfría!

El gesto de Dasan se quedó petrificado. Frío por completo.

Shia lo observó con expectación. Sus ojos grises revelaron su sorpresa, e inmediatamente se convirtieron en hielo.

—Es Derek.

—Sí —dijo ella satisfecha al ver que, al menos, algo le molestaba—. Como ves, como le has dado luz verde para que lo intente conmigo, pues no ha perdido el tiempo —las palabras salían a tropel de su boca—. Lamento que hayas perdido el coche por mi culpa —se encogió de hombros—, pero por otro lado, no hay mal que por bien no venga. Gracias, por la parte que me toca.

Derek asomó la cabeza y cuando vio que era Dasan, agarró el trapo de cocina y salió a la puerta con ellos mientras se limpiaba las manos.

—Dasan... ¿te quedas a cenar con nosotros?

—No —dijo muy seco. Alargó el brazo y les entregó las bolsas de comida—. Que os aproveche.

Apretaba los dientes con fuerza y ya no miraba a Shia, parecía avergonzado.

En su vida, Dasan había pasado por situaciones incómodas. Muchas. Pero siempre las había sabido sobrellevar con su sentido del humor, una salida cómica o un comentario para quitar hierro a la tensión. Aquello, tener cara, como le había dicho Shia o ser un gamberro como le decía su madre, siempre le funcionó.

Pero en ese momento, ver a Shia tan relajada después de lo mal que lo había pasado durante todo el día con él y con lo de Blanch, y comiendo, porque todavía masticaba cuando le abrió la puerta, hizo que su cabeza se apagara de golpe. Se le fundieron los fusibles, y la única luz de emergencia activa en su ser, era la que emitía su corazón desde el pecho.

Un corazón que durante unos segundos se detuvo cuando comprendió que Derek se había tomado al pie de la letra lo de las tres domas. Aquello lo dejó hecho polvo.

Derek podía estar con ella en su casa, cuidarla, hacerla reír... le podía incluso hacer la comida... Y a él no le dejaba pasar, no porque fuera maleducada. No le dejaba pasar porque no quería verlo ni estar a su lado. Así de duro y franco.

—No. Él no está invitado —insistió Shia—. No puedes entrar —se encogió de hombros.

Dasan se dio cuenta entonces de lo divertida, amable y lo dulce que era Shia con él desde que se conocieron, y de lo indiferente y cruel que era en ese momento. Y para su desgracia, le gustaba de las dos maneras. No había una Shia que le gustase más o menos. Las dos le ponían cachondo y le llenaban de calidez el alma.

—¿Eres cocinero ahora? —le preguntó Dasan a Derek con desdén.

Derek se echó a reír provocador. Agarró las bolsas que Dasan le daba y las olió complacido.

—Siempre me ha gustado la cocina —sus ojos negros titilaron provocadores—. ¿Tú sabes cocinar, Dasan?

—No —contestó Shia desmereciéndolo—. Él es más de ir a comer fuera o pedir comida a domicilio. Le gusta lo fácil, lo sencillo y que nada le haga pensar demasiado. Cocinar un buen plato debe ser un rompecabezas para él. A no ser que se apueste algo. Entonces —alzó un dedo marcando la puya—, seguro que es todo un Máster Chef.

—Chicos, haya paz —intentó mediar Derek.

Dasan la miró un poco afectado por la escena, y también porque se sentía culpable de todo aquello.

—Te pido perdón —se disculpó con ella con una sinceridad avasallante—. Por todo, Shia —se encogió de hombros, asumiendo que la había cagado y que la había perdido. Así de simple. ¿Por qué razón esa chica debía darle otra oportunidad? Él no se la merecía. Ella no lo creía del todo, pero al menos no le interrumpió—. Lamento haber hecho unas domas tan poco satisfactorias para ti. Y lamento haber aceptado el desafío de Derek. Nunca debí hacerlo. Pero, si te sirve de consuelo, no pensé en eso ni una sola vez mientras estuve en la mazmorra contigo.

—Eso es porque puede que su coche no te gustara demasiado, eh, machote —señaló mordaz, dándole una palmada en el brazo. Lo tenía durísimo.

—O puede que tú me gustaras mil veces más —sentenció Dasan con rictus severo.

Derek abrió los ojos con sorpresa.

A ella la dejó sin palabras, pero solo duró unos segundos.

—Pues no te esforzaste nada, Dasan. A lo mejor es que como Dómine no vales demasiado y no sabes más.

Incluso al Griego le dolió el golpe. Su cara era un poema.

En cambio, la de Dasan, era de total anuencia. Como si aceptara cualquier desprecio de ella.

Entonces, las comisuras de los labios de Dasan se alzaron hacia arriba. Pero no dibujaban ninguna sonrisa. Era su manera de demostrar que no había otra que irse de ahí. Ya se lamería las heridas a solas.

—Sí. Estoy seguro que es eso —convino—. Que soy muy malo como Dómine. Estaba tan acostumbrado a follar en grupo y llevo tantos años haciéndolo así, dominando así, que una mujer sola me deja un poco bloqueado —reconoció—. Tendré que practicar más —se frotó el cuello hablando para sí mismo. Estaba azorado—. Bueno, creo que sobro. Os dejo, tortolitos. No te molestaré más, Shia —le aseguró. Alzó la mano para despedirse como un ridículo *boyscout* y se alejó de ahí.

Shia tenía la mirada fija en su silueta, que desapareció al final del caminito que daba a su bungalow.

Ella era la primera después de muchos años, le había dicho Dasan. Como si fuera virgen, vaya patraña. No se lo creía.

Aunque debía admitir que nunca lo había visto con un perfil tan bajo y humilde. Porque le conocía, y Dasan no era de esos... de lo contrario, pensaría que le había hecho daño.

—Entremos —ordenó Shia finalmente a Derek.

El Griego lamentó la escena vivida con Dasan, pero comprendía que era un problema de Shia y de él. No se iba a meter entre ellos.

—Espero no encontrármelo en el gimnasio mañana —rezó Derek—. Me va a machacar.

—Bah... no le des importancia. Ya se le pasará. Sois amigos ¿no?

—Precisamente, porque somos amigos, sé que me la va a devolver. Se creará que lo he traicionado. La infidelidad y la traición son las dos cosas que más odia. Dasan tiene muy malas pulgas para la pelea ¿lo sabías? —preguntó sirviéndole la comida en unos platos de cerámica negra que había en los armarios.

—Sí —contestó sin más. No se le iba a olvidar jamás lo que les hizo a los dos tipos que la siguieron la noche del Aserradero.

—¿Sabes? Después de todo, tienes suerte de que no vayas a hacer más domas con él —dijo Derek sentándose a su lado.

—¿Por qué? —preguntó con interés.

—Porque si fueras mi sumisa y oigo de tu boca todas esas humillaciones hacia mí, te juro que no te puedes sentar en dos días.

Ella tomó la copa de vino blanco que Derek le ofrecía y bebió pensando en ello.

Posiblemente no estaba bien lo que había hecho, y no era muy loable humillar a nadie ni reírse de sus facultades y su competencia a la hora de mostrar un posible talento.

Pero continuaba enfadada, y necesitaba hacer daño, como a ella le habían hecho.

Eso no la hacía mejor, ni mucho menos.

Pero ayudaba a paliar un poco la ira que la carcomía.

O eso esperaba ella.

## CAPÍTULO 4

### *Al día siguiente*

El primer pensamiento de Shia cuando se despertó fue para Blanch.

El segundo para Dasan. Porque no se quitaba de la cabeza el modo en que se fue la noche anterior de su casa. No había podido dormir recordando sus palabras.

Era una patética. «Os dejo, tortolitos». «No te molestaré más, Shia»... joder, esas dos frases junto a la de «puede que tú me gustaras mil veces más», se repetían en bucle en su mente.

Encima de poco considerado era mentiroso. Porque no se trataba a la persona que a uno le gustaba como si no se la quisiera tocar ni besar ni acariciar. ¿Un Dómine no podía besar a su sumisa? ¡A ella no le había dado ni un mísero beso en los labios! ¡Ni uno!

Qué caros se pagaban los besos de calavera.

Pero después del primer café, en lo único que pudo pensar fue en ponerse en marcha con todo el tema de Blanch.

Quería saber qué comisaría emitía las diligencias preliminares, a qué juez y cuánta información tenían recopilada en las últimas veinticuatro horas. ¿Qué sabían? ¿Estaban en marcha o, al no tener sospechosos, lo habían dejado por imposible como en muchos otros casos de intento de homicidio?

Dio varios telefonazos, hasta que la remitieron a la oficina del Sheriff en la calle Musser, dado que ahí configuraban todos los datos a su centralita. Shia debía ir a la comisaría y pedir el resumen de las diligencias que tenían abiertas sobre el caso. Necesitaba tener toda la información posible a mano.

Se miró al espejo, y decidió que era momento de vestirse de abogada de nuevo. Los tacones la hacían más alta y su aspecto siempre intimidaba con

unos centímetros de más. De otra manera y con otra ropa más cómoda se quedaba en alguien más bajito que alto.

Se puso unos pantalones tejanos claros ajustados. Sus tacones altos y negros. Una blusa blanca y una americana roja entallada. Se recogió el pelo con una trenza floja ladeada, se maquilló y tomó su maletín negro de trabajo donde guardaba su ordenador y tenía su libreta de apuntes.

Y esa iba a ser su rutina hasta que Blanch saliera del hospital. La iría a ver por las mañanas. Y después daría vueltas con el coche en busca de la recopilación de datos, porque no quería que le faltase nada ni se perdiera ningún detalle por el camino. Y menos, que la policía se relajase. Era Blanch Jonasson. Una mujer famosa. El caso estaba en boca de todos y nadie querría quedar mal.

Cuando llegó al hospital aquella mañana y entró en su habitación individual, la enfermera acababa de darle los calmantes para el dolor y Blanch bebía agua, con el respaldo de la camilla incorporado.

En cuanto la vio entrar, su rostro se iluminó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Shia tuvo la misma reacción. Dejó el maletín dentro del armario vacío de la habitación, y con voz temblorosa preguntó:

—Blanch, ¿se te puede abrazar o te voy a hacer daño?

Blanch negó con la cabeza. Tenía las mejillas húmedas pero se la veía feliz y fuerte, porque ambas sabían que ella había vuelto a ganar.

—Un abrazo tuyo nunca duele, Shia —dijo con esa voz rasposa que siempre la hacía sonreír.

La abogada se inclinó y la abrazó suavemente. La sentía viva y era una maravilla. Solo en ese momento lloró con ella y, cuando por fin se apartaron, Shia se sentó sobre la camilla, a su lado y no le soltó la mano en ningún momento.

—Me das mucho asco —espetó de golpe—. Mírate, incluso así pareces una estrella. Cuando yo me despierto de la cama soy Chucky.

—Es un don, amiga —Blanch forzó una sonrisa y se secó las lágrimas con la sábana. Su mano aún tenía la aguja del suero puesto.

—¿Cómo te encuentras?

—Sin bazo. Pero no es tan malo como parece. He estado pensando que van a pagarme una millonada por promocionar cremas cicatrizantes a partir

de ahora.

Shia dejó ir una risita y la odió un poco por ello. Era tan valiente... no perdía el humor nunca.

—Ya... —agachó la mirada y acarició el dorso de su mano con el pulgar.

—Eh, abogada —Blanch le llamó la atención—. No quiero que pienses que lo que me ha pasado es culpa tuya. Te conozco y sé cuánto te tienes que estar fustigando. Adelanté el vuelo, eso fue todo. Era normal que tuviera que esperarme. No eres responsable de nada. Hay gente mala. Punto.

Shia se humedeció los labios. Blanch no la iba a convencer tan fácilmente. Las cosas no funcionaban así. Ella lo sabía.

—¿Ha venido la policía a interrogarte?

—No. El doctor les ha dicho que esperen hasta mañana para que me encuentre un poco mejor.

—Bien.

—¿Han traído mis cosas? ¿Las has podido reclamar?

—Voy hoy mismo a la oficina del Sheriff de Carson. Las tienen ahí retenidas como pruebas...

—Lo necesito todo, Shia.

El tono que usó fue determinante para que ella alzara las orejas como un perro guardián.

—¿Quieres hablar de lo sucedido?

—Sí. ¿Estamos solas? —preguntó Blanch de repente, intentando coger mejor postura. El gesto de dolor fue ostensible y Shia la ayudó recolocándole mejor la almohada detrás de los riñones.

—¿Mejor?

—Sí.

—Asegúrate que no hay nadie afuera escuchando, por favor.

Shia se levantó, cerró la puerta de la habitación y volvió a sentarse a su lado.

—Ya. Ahora sí. Blanch... necesito que me cuentes lo que...

—Escúchame —la cortó ella de repente—. Tú y yo sabemos cómo funciona esto ¿verdad? Sabes a lo que me refiero —su mirada fue muy

elocuente.

—Sí —dijo ella.

—No fue un accidente. No fue una casualidad. Y no tengo manía persecutoria —aclaró con vehemencia— pero no soy tan desgraciada. Puede pasarme una vez por haberme cegado del hombre equivocado, pero no una segunda vez porque sí. Me agredieron, Shia y sabían lo que querían —su voz se quebró y la congoja la ahogó.

—No tienes que contármelo ahora... —le susurró ella para tranquilizarla.

—Sí. Sí tengo que contártelo —dijo la morena—. Y quiero que me ayudes.

—Siempre te he ayudado.

—No... No —negó en rotundo—. Así no. No como necesito ahora mismo.

Shia no sabía de lo que hablaba. Pero la respetó.

—Está bien, vamos a ir paso a paso. Cuéntame primero lo que pasó —le pidió Shia.

—Recogí la maleta de la cinta, salí al exterior. Me tomé un café y un cruasán en la cafetería, para hacer tiempo. Y después me dirigí al baño a retocarme un poco. Entró una mujer y se cerró en el servicio a hacer sus necesidades. Y al cabo de unos segundos, mientras estaba buscando mi barra de labios, inmediatamente, entró otra chica con un chal enrollado en la cara, como si estuviera constipada, y un gorro que le cubría el cabello.

—¿Era una mujer? —preguntó sorprendida.

—Sí. Me fijé en ella porque me parecía que iba muy mal conjuntada. Y entonces fue todo muy rápido —aseguró—. Pero tengo clarísimo —incidió— que vino a por mí. Ignoró mi maleta, mi bolso, mi maquillaje —explicaba todo con mucha serenidad, controlando sus emociones en todo momento—... mi cartera. No vino a robarme. Vino a por mí —repitió—. Se colocó a mi espalda, me sujetó por la boca impidiendo que gritara, me clavó el puñal hasta tres veces y me dijo algo al oído mientras me dejaba caer al suelo.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo —sujetó los dedos de Shia con fuerza—: «Fuera espinas».

—¿Fuera espinas? —repitió sin comprender.

—Sí. Fuera espinas —volvió a decir—. ¿Lo entiendes?

Blanch esperó a que Shia cayera en lo que ella trataba de decirle. La abogada se quedó pensativa... Y entonces, reaccionó. Reaccionó justo como Blanch esperaba. Con miedo y también con develamiento.

—Es una de las frases de la canción de Goliat.

Blanch asintió, cerró los ojos y se apoyó completamente en la cama, como si se hubiera sacado un peso de encima.

—Su canción es una maldita declaración de intenciones. Una amenaza, y no puedo entender que nadie vea lo que es. Quiere venganza. Esto no ha acabado. Cuando caí al suelo, muerta de dolor, escuché a otra decirle a mi agresora desde la puerta «date prisa. Vámonos». Había una segunda persona vigilando que nadie entrase. Estaba premeditado. Entonces, yo me arrastré por el suelo como pude para pedir ayuda, desangrándome como un pobre cerdo... y ahí empecé a verlo todo borroso. Escuché que se abría la puerta de uno de los servicios y que una mujer empezaba a gritar y a pedir ayuda, para después salir corriendo.

—Sí, eso cuadra con lo que dijeron los agentes. Pero entonces... —Shia había palidecido. Se levantó de la camilla y caminó de una punta a la otra de la habitación—. ¿Qué crees, Blanch?

—Goliat quiere acabar lo que dejó a medias. Me violó y me dio una paliza de muerte. Intentó acabar conmigo. Y no lo logró. Y ahora está rabioso, porque pasó un tiempo en la cárcel porque yo le denuncié. Yo sé lo que es ese hombre. Y tú también, Shia. Es un monstruo con cara de ángel. Y engaña a todo el mundo.

—Pero esto es muy grave...

—Dime que no lo has pensado.

—Sí lo he pensado, Blanch —confirmó en voz baja—. Pero si crees de verdad que es así, ¿qué hizo, entonces? ¿Enviar a unos matones?

—¿A unos matones? —la miró incrédula—. No le hacen falta matones. Tiene a muchas mujeres dispuestas a hacer locuras por él. Mujeres que no están demasiado bien de la cabeza. Sus fans, Shia —Blanch lo tenía muy claro— son mis *haters*. Son mis odiadores. ¿Recuerdas las barbaridades que

me escribían cuando el caso salió a la palestra? Tuve que desaparecer un tiempo de las redes, porque temía por mi seguridad. Incluso ahora, todavía tengo a personas que me molestan y me amenazan. Amenazas de muerte. ¿Y crees que alguien ha hecho algo? Por muchas denuncias que ponga... solo las amonestan. Nada más —dijo indignada.

—Pero Blanch... —Shia no podía creérselo. Pero sabía que su amiga no se equivocaba. Y eso le daba todavía más miedo ya que, si habían intentado asesinarla porque coleaba todavía lo de Goliat, entonces, si descubrían que estaba viva, podrían volver a atacarla en cualquier momento.

Eso tenía que parar. Era una locura. Un acoso en toda regla—. No tenemos pruebas de nada. La policía tiene que...

—Shia —la cortó de repente—. No quiero volver a ser la víctima otra vez —confesó mostrando una determinación que reflejaba su rabia y su impotencia—. No tengo tiempo para la policía.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuánto tuve que soportar? ¿Lo recuerdas? —señaló decepcionada—. Cuánto machismo toleraré... ¿Cuánto tardaron en recopilar las pruebas? ¿Y luego para qué? El único vídeo que podía dejarlo entre rejas de por vida y que no dejaba dudas de lo que me hizo, se extravió misteriosamente. Goliat está protegido porque da dinero y sus padres son importantes. A él siempre lo defenderán. Lo sabes. ¿Cuántas veces te ofrecieron, Shia, pactos de silencio? Incluso el primer juez instructor del caso te recomendó que aceptaras los tratos de la defensa. ¿Y qué hizo el segundo juez? ¿Qué hizo el hombre que nos juzgó? Lo condenó por abuso. No por violación. Y de la paliza que me dio, no se supo nada más. No tuvo castigo. Y no quiero que vuelvan a señalarme de nuevo como si yo fuera la culpable en vez de la víctima, ¿me comprendes? Ya pasé por eso. No pienso tolerarlo de nuevo. Esto tiene que acabar.

—Pero... todo tiene su tiempo, Blanch. Hay unos procedimientos que son inviolables —repuso Shia turbada por las palabras de su amiga—. El caso está en manos de la fiscalía de Carson. Ellos son lo que —Blanch negaba con la cabeza y Shia se puso de los nervios—. ¿No qué?

—Estoy bajo los efectos de los calmantes y agradezco no sentir dolor. Así que tengo que aprovechar ahora para decirte lo que quiero. ¿Me escuchas?

—Sí, claro.

—Bien. Porque no quiero que te quede ni una duda. No voy a seguir las normas. No quiero esperar a que todo se resuelva y hayan pruebas concluyentes que clamen justicia. Porque ¿sabes qué? No lo van a lograr. Esas pruebas no van a aparecer. La gente como Goliat tiene a sus «mandados». Él no se va a ensuciar las manos. Tiene a personas que le hacen el trabajo sucio. ¿Y a quién tenemos tú y yo? —preguntó desolada—. No hay ningún superhéroe que trabaje en nuestro nombre. Somos nosotras las que nos exponemos porque nadie va a ponerse delante nuestro para detener ninguna bala. Porque solo somos dos chicas contra una justicia patriarcal y un tipo con millones en sus cuentas y que ayuda a facturar a los demás cientos de millones más con sus apariciones. Hay mucha gente interesada en que no lo vuelvan a encerrar. Pero sé que ha sido él... Y tú también. Y no sé cuántas vidas más me quedan.

—Tú eres un gato, Blanch.

—Pues ya he gastado dos —asumió—. Y estoy harta de sentirme perseguida y juzgada.

—¿Qué propones? —movió el cuello de un lado al otro. Estaba tan tensa que se iba a romper. Se cruzó de brazos para esperar una respuesta.

—Aún no lo sé. Necesito mis cosas. Y mi móvil. Tengo contactos... Personas que me facilitarían enlaces directos con la *Deep Web*...

—¿Con la *Deep Web*? —dijo incrédula—. De por sí lo que propones incurre en muchos delitos. No puedo estar de acuerdo con eso.

—Lo sé. Por eso te pido que, si no me vas a ayudar, te hagas a un lado.

—Las cosas no se hacen así, Blanch. Soy abogada. Tomarte la justicia por tu mano es obstruir de algún modo a la Ley que yo defiendo y en la que yo creo.

—Entiendo que aún tengas fe. Pero yo, después de esto —se señaló estirada en la cama— ya he dejado de creer.

—¿Y qué papel juego yo aquí entonces? —dijo sin comprender.

—Eres mi amiga —explicó pacientemente—. Y por ahora, en vista de que no va a haber juicio pronto, porque sé lo lento que va todo, necesito a mi amiga, no a mi abogada. Ayúdame a ponerme bien —le rogó.

Shia tragó saliva y resopló. No le estaba pidiendo que la representara. Ni que la defendiera. Le estaba diciendo que no quería a una abogada, solo a un justiciero.

—¿Qué hago con los periodistas? ¿Saldrás a hacer alguna declaración? ¿Hablo yo en tu nombre?

—No hablaré hasta que salga del hospital.

—Te quedan cuatro días más o menos, hasta que te den el alta. El lunes lo tendrás.

—Entonces esperaremos hasta el lunes —contestó muy serena—. No quiero que hagas nada. No quiero que presiones a nadie. Vamos a hacer ver que esto ha sido un desgraciado accidente, por ahora... No quiero que salga ninguna información de mí de este hospital. Les demandaremos si eso sucede. Saldrán noticias del aeropuerto, se dirán muchas cosas y se inventarán otras, pero tú y yo nos mantendremos en silencio. Solo quiero recuperar mis cosas, por favor. Y ver qué mierdas cuentan sobre lo que ha pasado. No quiero que nada me coja por sorpresa cuando salga de aquí.

Para Shia actuar así era como no hacer nada, y se sintió impotente de no poder ayudarla de ningún otro modo. Pero por ahora no tenían más alternativas que esperar. Esperar a que Blanch se recuperase y tener paciencia para que la policía hiciera bien su trabajo.

Se sentó en la camilla, de nuevo, y pusieron la televisión para contemplar, juntas, la desinformación y la morbosidad con que los medios trataban su caso.

En teoría, los policías debían hacer custodia de las pertenencias de Blanch en el hospital, para poder dárselas.

Pero al haber sido todo tan violento, y al tratarse Blanch de una persona conocida, el proceso fue algo complicado y más aún al haber sido coordinado todo por dos novatos.

Shia se iba a encargar de eso inmediatamente.

Por la tarde, después de esperar a que Blanch comiese como un pajarito, Shia se dirigió a la oficina del Sheriff de Carson. Allí, el Sheriff Colant, un

hombre de metro sesenta y unos noventa kilos de peso, con el pelo rojo igual que su bigote, atendió a la abogada en su oficina, sorprendido por lo que le reclamaba.

—Pero señorita Styles, ayer por la tarde vino la agente Robinson acompañada de los hermanos Kumar. Ellos mismos se llevaron las pertenencias de la señorita Blanch.

Primero se quedó paralizada. Después le vino la indignación.

—¿Les dieron las pertenencias de mi cliente a ellos?

—Sí —contestó con toda tranquilidad—. La agente Robinson venía con una orden del distrito de Columbia para hacerse cargo personalmente del caso de Blanch Jonasson.

Shia se frotó las sienes. Era una locura. Surrealista.

—Karen Robinson tenía una orden de las oficinas centrales del FBI. ¿Con qué propósito?

—Ayudarán en el caso.

—¿Y qué hará la policía de Carson?

—Investigaremos igualmente. Pero con órdenes directas de Columbia no podemos competir. Ellos siempre tendrán preferencia aunque este no sea su distrito.

—¿Y el FBI se puede meter donde le dé la gana?

—El FBI puede meterse donde quiera, se encarga de muchos tipos de delitos. Además, los Kumar son muy respetados hoy en día aquí en Carson City por los estamentos policiales, y más después de la intervención en el local de El Amo. Han ayudado a la ciudad, al igual que la agente Robinson. Y tengo entendido que usted les conoce y que son amigos de la señorita Blanch.

—Entiendo... —no conocían a Blanch, pero se las habían apañado para conseguir que el Sheriff les abriera la puertas. No quería tener problemas con sus amigos Gunlock, pero tampoco le gustaba que actuaran por libre. Tendría unas palabras con ellos—. ¿Le han pedido información sobre algo más?

—Sobre las diligencias. Querían saber qué teníamos hasta la fecha. Le dimos todo lo que teníamos en la carpeta del caso de Blanch. Que no era

mucho más. Esta tarde tal vez podamos sacar algo en claro cuando hablemos con Jonasson.

—He estado con mi cliente esta mañana. No está todavía preparada para hablar —mintió.

El Sheriff Colant tuvo en cuenta ese detalle. Pero no desistió.

—Lo intentaremos de todas maneras. Debemos seguir recopilando datos.

—Como usted vea. Muchas gracias, señor Colant —le dio la mano y se la apretó con seguridad.

—Un placer, señorita Styles.

Shia salió de ahí con el gesto adusto y con ganas de enfrentarse a los Kumar y a Karen. Ella no había pedido ninguna ayuda y no podía comprender cómo se habían atrevido a tomarse la libertad de apropiarse del caso de Blanch.

No tenían derecho. Y, si querían ayudar, antes deberían haberle consultado.

Se subió al Porsche, y salió de la zona de aparcamiento derrapando y a toda pastilla. Puso el manos libres del coche y llamó a Lonan.

—¿Sí?

—¿Dónde estáis? —exigió saber.

—¿Quiénes?

—¿Cómo que quiénes? No pongas esa voz de inocente, Lonan Kumar. Vosotros. Vengo de la oficina del Sheriff.

—Ah, eso. Bueno, no ha sido nada. Karen ha agilizado algunos trámites para que pudieras disponer de las pertenencias de Blanch lo antes posible. Eso ha sido todo.

—¿Y ha venido con una orden de Columbia? ¿En serio? —gruñó. No se lo creía.

—Mi chica es muy influyente —comentó con mucho orgullo.

—Me vais a meter en un lío y no quiero que nada de lo que suceda con Blanch esté salpicado por malas gestiones en las direcciones de la investigación.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que, en realidad, esa orden no existe como tal?

—¿Qué?

—Ha sido una pequeña trampa para recuperar la maleta, el móvil y el bolso de Blanch.

—¿Sabéis que estáis cometiendo un delito de obstrucción a la Ley muy grave?

—Shia, tranquilízate. No es para tanto.

—Ya, lo que tú digas... ¿Dónde está todo?

—Lo tiene Dasan.

Ella sujetó el volante con fuerza y cerró los ojos lamentando oír eso. Había conseguido no pensar en él demasiado durante todo el día. Y ahora resultaba que tenía que encontrárselo a la fuerza. No le hacía ninguna gracia.

—¿Dónde está él ahora?

—En la Villa que tenemos alquilada en el cerro.

—¿Está Koda también?

—No. Koda está en el Reino. Acércate a la Villa y Dasan te lo dará sin problemas.

—Muy bien. Lonan, me gustaría que os mantuvierais alejados de este caso, en serio. Ya sé que me queréis ayudar, pero no es así como se hacen las cosas. Al menos, no suelo hacerlo así.

—Shia, no sé si lo sabes pero, no haríamos nada nunca para ponerte en peligro ni para incomodarte. Eres de los nuestros. Nosotros cuidamos de la familia, ya lo sabes. Confía en lo que hacemos.

—Es que ese es el problema —dijo con evidencia—. Me pone nerviosa pensar que vais a hacer cualquier cosa.

—Deja que te echemos un cable, Shia. Sabes perfectamente que te has saltado varios protocolos pesados para recuperar las cosas de tu amiga. Deja de enfadarte y disfruta de haberte salido con la tuya. Además, Dasan tiene un plan para ayudaros. Y nosotros estamos de parte de él. Porque pensamos exactamente igual que mi hermano.

Ella se obligó a tomar el aire por la nariz y a contemplar el paisaje

montañoso que asomaba al final de la larga carretera principal de Carson.

—Alejaos de esto.

—Háblalo con Dasan.

—Ya hablaremos. Voy a la Villa ahora.

—Dale un beso a mi hermanito de mi parte.

El tono de Lonan era jocoso y eso la enervó todavía más. Colgó el teléfono con los ojos azules fijos en el cielo del atardecer y la mente visualizando cómo le gustaría que fuera ese encuentro con Dasan después de lo que estaba pasando entre ellos dos.

Seguramente, no tendría nada que ver con cómo iba a ser en realidad.

## CAPÍTULO 5

Dasan estaba realizando cambios en su vida.

El principal era comprarse una propiedad, la primera en la que solo constara él como propietario, e independizarse de sus hermanos.

Lonan ya vivía con Karen.

Koda casi nunca paraba por las casas en las que solían vivir juntos.

Y él... él quería empezar a hacer su camino. Le había llegado el momento.

En pocos días, algo en él se había accionado. El piloto automático de encendido ya no se iba a apagar, y necesitaba empezar a controlar su vida solo, sin la seguridad y la confianza que le transmitían sus dos hermanos guardaespaldas.

Estaba solo. Vivía solo. Aprendería a amar solo y había recopilado el valor suficiente para hacerlo.

Atreverse a vivir, a ser libre, era tan difícil como atreverse a amar y a ser apasionado. Hasta la fecha nunca creyó que algo como lo que le pasaba con Shia le iba a suceder alguna vez. Pero sí.

Estaba equivocado. Le había explotado en la cara.

Shia lo había destrozado.

A todos los niveles.

Le había dicho, sin preámbulos, que era un mal Dómine.

Y un mal amigo.

Y que no lo quería cerca.

Aquellas tres verdades habían sido las verdaderas tres torturas. Tres penitencias que había encajado como puñetazos, lo habían dejado marcado y habían roto a pedacitos la imagen supervalorada que él se tenía de sí mismo.

Ni era el mejor amigo.

Ni el mejor Amo.

Ni el más irresistible. No todos querían estar con él, y para muestra, Shia. La había ahuyentado.

Solo había sido un cobarde que se escondía siempre tras el muro de su ego y de sus miedos para no ser alcanzado nunca por las flechas voladoras y certeras del amor. De ese amor que te hacía tonto y débil, y grande y poderoso al mismo tiempo.

La había tenido delante desde hacía años.

A ella. Y él, en su fuero interno, siempre lo había sabido. Pero era mucho mejor alejarla y marcar distancias con ella que conocerla y enamorarse como un chaval. Porque cuanto más sabía de Shia más curioso se sentía.

Ahora ya sabía que no erraba al respecto. Estar enamorado era una mierda. Sentir algo tan volcánico hacia una chica lo hacían endeble y lo sensibilizaban.

No sabía cuándo se le iba a pasar, o si alguna vez se le pasaría de verdad, pero ese era el nuevo Dasan. Un tío al que le dolían los desplantes y las palabras dañinas de la mujer que lo dejaba sin aliento. Un hombre que hacía dos días que no dormía pensando en ella y en lo gilipollas que había sido con ella. Y que no pegaba ojo imaginando a la hermosa abogada dejándose conocer y dejándose querer por Derek o por otro mejor y más decidido que él.

Pensar en todo lo que estaba mal solo hacía que se sintiera más miserable, por eso mantenía su cabeza ocupada y estaba recogiendo sus cosas para mudarse en un par de días a una casita que iba a adquirir en Tahoe, frente al lago. A unos kilómetros de donde vivían ahora Karen y Lonan. Su cuñada le había dicho que había unas casas increíbles y que, con motivo de todo el tema de los casinos y los conflictos xenófobos, estaban vendiendo rápido y mal.

Esa casa la había visto por internet y le había transmitido tan buena energía que no dudó en ir a verla a primera hora de la mañana, al día siguiente. Porque Dasan podía ser de esas personas que se tiraban muchos años sin querer replantearse todas esas cosas importantes de la vida. Pero cuando esas semillas arraigaban, era del que lo hacía todo al momento. Y era como si ya no deseara perder el tiempo.

Quería algo. ¿Podía tenerlo? Entonces, lo conseguía.

Por impulsos. Porque todo lo quería ya. Y nunca se arrepentía.

Al día siguiente la pagaría y le darían las llaves. Y también quería un vehículo para él solo y dejar de compartir el Hummer. Tendría que visitar algún concesionario.

Pero tuvo que dejar sus planes de futuro en pausa, porque alguien acababa de llamar a la puerta.

Bajó las escaleras, dado que estaba en la planta de arriba, y abrió la puerta de la casa.

Sujetó el manillar con fuerza y se mantuvo firme, aunque sufriera esa desagradable sensación de vacío en el estómago con solo verla.

Era Shia. Estaba guapísima.

Tenía los brazos cruzados, y vestía una ropa informal y muy de licenciada sabionda. La americana roja le favorecía tanto que Dasan se la imaginó con otras ropas de ese color y se le hizo la boca agua. Pero lucía una cara de mosqueo tan evidente que tuvo que aguantarse las ganas de reír al verla.

Shia ya había descubierto quién tenía las cosas de Blanch. Y él ya se las podía dar, porque ya tenía la información que necesitaba de sus pertenencias.

—Sin acritud —espetó Shia—. Pero ¿qué mierda te crees que eres?

—Buenas noches, Shia.

¿La verdad? La verdad era que ese hombre, a pesar de saber que había jugado con ella porque era maquiavélico a su manera y se había reído de sus necesidades, continuaba afectándole al sistema nervioso, y también al circulatorio, porque el corazón le iba muy rápido.

Pero ella no podía ser indiferente cuando había salido a abrir con un pantalón de chándal negro ancho y una camiseta del mismo color de tirantes. Iba descalzo y tenía unos pies grandes y muy bonitos. Sus tatuajes, su aroma personal en equilibrio perfecto entre lo masculino y lo silvestre, lo grande y fuerte que era... y esa sonrisa amable en la cara... la dejaban fuera de juego.

Menos mal que nunca se dejaría deslumbrar por una cara bonita, por muy hermoso que fuera. Estaba ahí por una razón. Y además, echaba humo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —insistió de nuevo.

—¿Vienes a recoger las cosas de Blanch?

—Sí. Por última vez. ¿Qué crees que estás haciendo, Dasan? No puedes meter las narices así en mis cosas.

Él le quitó hierro al asunto.

—Shia, no es nada malo echar una mano a una amiga. Solo sugerí que debíamos ayudarte a acelerar los trámites —se echó a un lado para que entrara a la casa—. Pasa.

—No, gracias. Te espero aquí.

Dasan blanqueó los ojos.

—¿Qué crees que voy a hacerte? Pasa, no seas tonta —la invitó.

—No. Tengo prisa y no me quiero entretener —dijo incómoda.

Él exhaló como si aquella reacción de Shia le molestase, pero al final dijo:

—Está bien. Espera un momento —se metió dentro de la casa y regresó al cabo de unos minutos con una maleta gigante de carcasa dura y un bolso colgado del hombro. Salió con todo y bajó las escaleritas de entrada de la preciosa casa en los cerros que mostraba unas vistas maravillosas de la ciudad de Carson—. Te acompaño al coche y te ayudo a cargar esto. ¿Qué lleva en la maleta? ¿Ropa para todo el año?

Shia sonrió pero rápidamente recordó que estaba enfadada, y el gesto se le borró de sus labios.

—Es instagramer —se encogió de hombros—. La moda es importante para ella.

—Ya veo —siguieron el caminito pavimentado hasta la calle. Ahí el coqueto Porsche blanco de Shia esperaba por su dueña—. No sé si esta maleta va a caber en el maletero.

—Sí cabe —Shia se adelantó, abrió el maletero y esperó a que Dasan alzara la maleta y la metiera dentro. Después, tomó el bolso sujetándolo por el asa que colgaba del hombro de Dasan y lo dejó en el asiento de piel del copiloto.

Cuando cerró la puerta, rodeó el coche de nuevo y se quedó enfrente de él.

—¿Y bien? —volvió a preguntarle.

—¿Bien qué? —sabía perfectamente de lo que le estaba hablando. Solo quería provocarla un poco.

—Dasan, no quiero jugar... ¿Está todo? Creo que te conozco. Creo que os conozco a los Kumar y sé que creéis que estáis por encima de la Ley, de lo que es correcto y lo que no.

Él se descruzó de brazos y asintió sin más.

—No. No creemos eso. Y sí, está todo.

—¿Pero te has atrevido de verdad a hurgar entre sus cosas?! —exclamó como un volcán—. ¡No puedes hacer eso!

Dasan en cambio, mantenía la calma de un oso hormiguero.

—Lo he hecho, Shia. Sí. Y no me arrepiento en absoluto. Te dije que podía ayudarte.

—¡No quiero tu ayuda! —exclamó—. ¡No quiero que os metáis en esto! ¡No es vuestro terreno y no os incumbe!

—Sí nos incumbe —dijo él sin perder los nervios.

—¿Y eso por qué?!

—Porque te salpica a ti.

Ella se calló de golpe. Parecía hasta preocupado de verdad. ¿Por qué? Malditos Kumar... que sentían la necesidad de hacerse cargo de todas las mujeres de su círculo.

—Y porque no me gusta. No me gusta nada lo que ha pasado —aseguró—. No le han quitado nada. Ni siquiera el dinero que llevaba en la cartera.

—Dasan...

—Sabes por dónde voy. Y sabes que tengo razón —la interrumpió él—. No le han quitado ni el móvil ni las tarjetas ni el iPad ni el portátil... Nada. No le han robado. La persona que la atacó, quería matarla, no le interesaba nada más. No era un ladrón —sentenció—. Era un sicario. Es falso lo que dicen por la tele. No fue víctima de un intento de robo.

Shia se cubrió la cara con las manos. No se podía creer que estuviera hablando de eso con él. Dasan había llegado a la misma conclusión que ella. Pero no podía permitir que él se metiera en sus cosas y en su terreno de esa

manera. No tenía su permiso, y a ella no le gustaba que le pasaran por encima.

—Te denunciaré si sigues violando la intimidad de mi cliente. Quiero que tú y tus hermanos paréis. No sé qué tenéis en mente, pero no podéis seguir. No os lo voy a permitir. Y quiero que Karen deje de hacer lo que sea que hace. Y tú... no quiero que hagas nada más. Solo quédate quietecito —se dio la vuelta para meterse en el coche, pero Dasan la sujetó por la muñeca y la detuvo.

—No me estás entendiendo —sus ojos se habían oscurecido y su rictus adusto y severo le demostró que no estaba para bromas ni para desplantes—. No te estoy pidiendo permiso para nada, Shia. Si tú y tu amiga estáis en peligro, no respondo ante nadie. Solo ante mí. Voy a hacer lo que me dé la gana, tu seguridad y la de Blanch no son negociables.

—¿Te estás oyendo? ¿Qué eres, un Vengador? —se jactó de él y retiró el brazo de un tirón—. Tus actitudes de Maddle Man no me gustan.

—Te estoy ofreciendo mi ayuda.

—¿La quiera o no? Pffff... me la impones. No es así como se hacen las cosas.

Dasan se encogió de hombros y apoyó la mano sobre el techo del coche, cerca del hombro de Shia.

—Así es como las hago yo. Y me vale.

—Pues mal. Para variar. Todo lo haces bastante mal.

Dasan se estaba convirtiendo en un experto en encajar pullas de la joven.

—Shia, no estoy bromeando.

—¿Y me ves reír? Nada me molesta más que una actitud megalómana. Blanch está en el hospital, y se está recuperando. Haremos las cosas como se tienen que hacer. Seguiré todos los procedimientos que tenga que seguir. Así es como he ganado siempre. Porque no soy de las que deja a los culpables en la calle.

—Tu Justicia sí lo hace. Goliat, por ejemplo —le recordó amargamente.

—Ahí no llego. No puedo hacer más —carraspeó y se alejó de él.

—Pero yo sí. Eso es lo que quiero decirte, Shia. Solo tienes que confiar en mí.

Shia se dio la vuelta y lo miró con tristeza.

—¿Confiar en ti? —tenía el gesto colérico. No solo había sido un mal Dómine. Además, la había apostado y vendido a Derek si él no lograba las tres domas. ¿Cómo iba a creer en él?—. Eres la última persona en la que podría confiar ahora mismo —lo observó decepcionada—. No eres mi amigo.

—Eso no es verdad —dijo herido.

—Mírate —lo señaló de arriba abajo y sonrió como si se hubiera despertado de un sueño—. Solo eres un tipo gracioso con un cuerpo y una cara bonita. Poco más. No quiero tu ayuda. No la he pedido.

—No es algo que puedas aceptar o no —espetó inflexible.

Ella negó con la cabeza. Aquella conversación era surrealista.

—¿Sabes? Ahora mismo no veo muchas diferencias entre los tíos que meto entre rejas y tú. Los dos os creéis que estáis por encima de las normas y hacéis lo que os sale de las pelotas.

Dasan agachó la cabeza y se miró los pies desnudos. Lo que ella le decía le afectaba, pero no iba a echarse atrás.

—Ódiame e insúltame lo que quieras, Shia —debía asumir sus desprecios. Le dolían, pero no podía hacer más hasta que ella no le dejara acercarse de nuevo. Él reconocía las situaciones peligrosas, y sabía leer a leguas las actitudes de tipos vengativos. Había reproducido la entrevista de Goliat muchas veces en YouTube. Y era un tipo que debía ser controlado—. Pero solo prométeme una cosa.

—No voy a hacerte ninguna promesa —aseguró abriendo la puerta del coche.

Dasan se fué hacia ella y se inclinó para asomarse por la ventana. Sujetó el volante para que ella no pudiera maniobrar.

—Solo avísame si sientes cualquier cosa extraña a tu alrededor. ¿Te dijo algo Blanch? ¿Algo que pudiera servir como prueba para...?

Sí. Ella le había dicho lo que necesitaba saber. Y Dasan tenía razón. Habían intentado ajustar cuentas con Blanch. Pero de ahí a que intentasen ir a

por ella ahora... era demasiado retorcido y alarmista. Y la vida no era una continua película de intrigas y ficción.

—Lo que me haya dicho o no, queda entre mi cliente y yo. Esa información no te incumbe.

—Si ves algo raro, tienes que llamarme —le dijo algo nervioso.

—Suelta el volante.

—Shia, esto es serio... si no me haces caso, hablaré con Derek para que esté pendiente de todo.

Shia se enfrió de golpe, y al mismo tiempo, un fuego inhóspito arrasó sus entrañas.

Daba por hecho que estaba con Derek. Así era Dasan. Se creía que ella podía cambiar de preferencias e ir de un tío a otro como si nada. Tal vez él era así, pero ella no.

—Escúchame bien. Yo no *tengo* —recalcó entre dientes— que hacer nada. Tú *tienes* —pronunció fuertemente— que parar y dejar mis cosas en paz. Gracias.

Subió la ventanilla, encendió el motor, y aceleró todo lo que pudo para largarse de ahí lo antes posible. Dasan tuvo que apartarse rápido para que no le pasara por encima de un pie.

¿Quién era él para meterse en medio de una investigación?

¿Quién era él para decir que estaba preocupado por ella?

¿Quién era él para intentar adoptar el papel de héroe?

Solo la hacía enfadar. Era lo que mejor sabía hacer.

Dasan se quedó mirando cómo el coche, envuelto en una nube de polvo, se iba haciendo más pequeñito al bajar la cuesta.

Lo sentía mucho por ella. Pero ya había empezado a mover sus hilos.

Habían intentado matar a Blanch.

Y su intuición no le fallaba. Los ojos negros de Goliat y el *single* que había sacado, no hablaba precisamente de perdón. Hablaba de venganza.

Y fue Shia quien logró que lo encarcelaran durante dos años.

Ella no era solo la abogada de la víctima. Ojalá estuviera equivocado, pero tenía la desagradable sensación de que la rubia se iba a convertir en el

siguiente objetivo.

### *Al día siguiente*

Aquella mañana, los Kumar tenían una reunión con Shia para vender la casa de Cihuatl. Ya había un comprador, y debían reunirse para que todo estuviera en regla.

Esperaban al comprador desde hacía media hora. Sin embargo, sentados en las escalerillas de madera del porche delantero de la cabañita, ya no tenían fe en que el futuro propietario viniese.

Shia intentaba localizarlo, pero tenía el móvil apagado o fuera de cobertura.

Ella había vuelto a pasar otra noche de mierda. Sin dormir. Con pesadillas que involucraban a Blanch y a Dasan.

La tensión con él era más que palpable. Había sido cariñosa con Lonan y Koda, aunque les había regañado por lo de las cosas de Blanch. Aunque nada que ver con la dura bronca del día anterior con Dasan. Cuando esa mañana se vieron, a él le había dirigido un seco «hola». Y Dasan le había contestado igual. Como dos desconocidos. No. Peor. Como dos personas que no se tragaban.

Se sentía cansada y agotada mentalmente. Todo aquello le estaba pasando factura. Debía mantenerse fuerte por ella misma y también por Blanch. Todo lo que iba a venir iba a ser duro y complicado.

Resopló y volvió a mirar el móvil.

—No sé si va a venir... ¿La llamo otra vez?

Koda negó con la cabeza y Lonan hizo lo mismo.

—No va a venir —dijo Koda muy seguro.

—Si el oráculo lo dice, entonces habrá que hacerle caso —Dasan miró el reloj y se levantó muy serio.

—¿Tienes prisa, hermanito? —preguntó Lonan levantándose y sacudiéndose el trasero con las manos.

—Sí. Me esperan en Tahoe —contestó recolocándose la chaqueta bomber de poliéster negra Superdry con bolsillos verticales y cintura elástica. Sus tejanos negros le quedaban perfectos, como un guante y marcaban la espléndida silueta de su piernas de luchador. Llevaba unas zapatillas Timberland deportivas de color marrón y un relleno especial contra el frío.

Shia lo miró desde los escalones. Cuando se puso las gafas de sol, casi le da un parraque. Era odioso. Debía aceptar que como espécimen, a ella siempre le llamaría la atención. No podía luchar contra eso. Era como una llamada de la selva. Si Dasan aparecía, ella salía de entre los matorrales y se dedicaba a mirarlo.

—¿Me acercas primero al concesionario? —le preguntó Dasan a Koda—. Desde ahí saldré directamente a Tahoe.

Lonan había venido con la Ducati de Karen. Koda y él llegaron puntuales en el Hummer.

A Shia le picaba la punta de la lengua de las ganas que tenía de preguntarle adónde iba o qué iba a hacer en un concesionario. La situación que reinaba entre los dos no invitaba a hablar o a interesarse por el otro.

—Joder, pues sí que te ha dado fuerte —aprobó Lonan aplaudiendo la voluntad de Dasan.

—Sí —reconoció.

Koda, que estaba pensativo como si lamentara no haber podido vender la casa, se levantó y ayudó a Shia a levantarse como haría un caballero.

—¿Podrás ponerte en contacto de nuevo con el comprador?

—Sí. Eso espero. La chica era bastante formal. Es extraño que no haya avisado de que no venía. En cuanto sepa algo os aviso.

—Bien —Koda miró a su hermano Dasan con sus ojos amarillos risueños—. ¿Vamos a por tu bebé?

—Eso estoy deseando —contestó Dasan con una sonrisa.

—¿Te lo ha contado? —Koda volvió a dirigirse a Shia.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Se va del nido. Mis hermanos me dejan solo uno a uno. Primero Lonan se enamora de Karen. Ahora Dasan quiere una casa para él solo para vivir en

Tahoe —miró al cielo fingiendo desamparo—. No sé qué va a ser de mi vida, viviendo solo en esa casa de lujo y con el Hummer para mí solo —bromeó irónicamente—. A veces desearía que no se hubiese roto la maldición —dijo con sorna.

—Ah... no lo sabía. De todos modos, no te veo muy afectado, Koda —contestó Shia reaccionando rápidamente.

—Es porque no lo está —Lonan despeinó un poco la cresta de su hermano pequeño y se dirigió hacia la moto—. Chicos, recordad que esta noche hay evento en el Reino. Me da igual si venís solos o acompañados, pero somos los anfitriones. Debemos dar la bienvenida.

Shia no sabía muy bien cómo encajar tanta información.

Para empezar, Dasan se iba a vivir solo y se iba a comprar una casa en Nevada. Sabía que los hermanos tenían varias propiedades por todo el mundo y que solían vivir en comuna. Pero ahora todo había cambiado. Ellos siempre contaban con ella para ayudarlos a adquirir propiedades y redactar y revisar contratos. Dasan no lo había hecho. Y a Shia le sabía mal que él hubiese necesitado su asesoramiento y que, por todo aquel mal rollo que tenían, el hombre no se hubiese atrevido a pedirselo.

—Shia —Lonan la miró—. A ti también te esperamos —la miró con certeza, aunque sus ojos verdes veían más de lo que decían—. ¿Vendrás?

—Sí —confirmó ella.

—Entonces ¿vendréis tú y él juntos? —le preguntó Lonan mirando a Dasan con toda la intención del mundo. Quería saber en qué situación se encontraban.

—No. Yo... vendré con Derek. Él me ha invitado —le explicó Shia carraspeando un poco nerviosa. Se sacó las gafas para limpiar un motita insignificante y miró al mediano de reojo.

Dasan agachó la cabeza e intentó que ninguna emoción se reflejara en su rostro. Con la punta de la zapatilla jugó con una brizna de pino del suelo y después alzó el rostro y miró al frente resignado.

—Ah... pues... vaya —murmuró Lonan sorprendido, empatizando de lleno con Dasan.

—Ah, pues vaya cagada —continuó Koda riéndose un poco de la situación.

—Tengo prisa, Koda —dijo Dasan con tono algo cansado—. ¿Nos vamos?

—Sí, venga. Yo tengo que mirar algo de atrezzo para esta noche.

Shia les siguió con la mirada mientras ambos se metían en el Hummer. Cuando el inmenso todoterreno desapareció, la abogada dirigió la atención a Lonan, que no dejaba de observarla.

—¿Cómo está Blanch? —Le preguntó sin más.

—Bien. He ido esta mañana a primera hora a verla y le he llevado algo de ropa y sus juguetitos para las redes sociales. Le iban a enchufar otra dosis de calmantes cuando me fui. Por cierto, hay dos policías en su puerta —lo miró de reojo—. ¿Sabes tú quién les ha dado la orden para que estén ahí?

—Puede que Karen hablase con el Sheriff ayer...

—¿Puede? —alzó una ceja rubia y lo juzgó sin más.

—Puede, sí. Tal vez le sugiriese que sería aconsejable que dos miembros de la oficina del Sheriff se prestaran a hacer guardias en la habitación de Blanch, dado que era un personaje popular. La ciudad debía dar imagen de responsabilidad y que no saltaran más escándalos a su alrededor.

—Tampoco había paparazzis —señaló sintiéndose agradecida por ello.

Lonan se encogió de hombros.

—Puede que Dasan consiguiera una orden de alejamiento firmada por el Sheriff contra todos esos medios. Veía inhumano el ensañamiento contra Blanch. Así es imposible que tu amiga se recupere.

—Comprendo —asumió mordiéndose el labio inferior. Dasan había tenido un buen detalle en ese aspecto. Ella ni siquiera había pensado en ello.

—¿Estás bien? —él inclinó la cabeza para buscar su mirada azul.

—Eh... sí, solo estoy cansada —contestó sin estar muy convencida.

—Tienes que intentar serenarte. ¿Sabes cómo va la investigación?

—Sé lo mismo que sabéis vosotros —le recordó—. No han encontrado nada más. Solo hay un testigo auditivo de lo sucedido. No tienen nada más.

No encontraron ni una huella de su posible agresor en sus pertenencias. Pero Blanch ya me lo dijo...

—¿Ah sí? ¿Blanch ha hablado contigo?

Mierda. No quería darles más información de la debida. Porque no quería que se involucraran con nada.

—Ayer... solo me dijo que su agresora no fue a por sus cosas en ningún momento. No las tocó —en realidad le había dicho más cosas pero no se las diría a Lonan.

—Entonces ¿era una mujer? —sus ojos esmeralda se dilataron.

—Sí.

Lonan se guardó ese dato para compartirlo con sus hermanos. Shia sabía que iba a hacerlo así.

—¿Cuándo tendrá el alta?

—Creo que para el lunes. De momento va muy bien. Tiene hambre, la cirujía le duele lo que le tiene que doler pero no hay infección ni nada por el estilo.

—Es de hierro tu amiga.

—Es muy fuerte, sí —corroboró recordándola con orgullo—. ¿Te puedo hacer una pregunta? No es sobre Blanch.

—Claro.

—Tu hermano... ¿se ha asesorado?

—¿A qué te refieres?

—A la casa y al coche que creo que se va a comprar.

Lonan se rio y unas arruguitas adorables le rodearon los ojos.

—Mi hermano es el que más sabe sobre compras y ventas, Shia. Es un experto en descubrir gangas y sabe muchísimo de contratos y cláusulas y demás. A él nunca le van a tomar el pelo. Todo lo que tiene de buen vendedor lo tiene de buen comprador. Lo que tenemos y el imperio que estamos construyendo es gracias al cabeza de chorlito de Dasan. Que no es tan chorlito como quiere hacer creer que es —le guiñó un ojo y se colocó el casco—. Tú nos ayudas a gestionar nuestras inversiones. Él ficha aquello en lo que hay que invertir. Siempre fue así —se encogió de hombros.

—Cuando hablaba conmigo parecía que no tenía ni idea de lo que le hablaba... —dijo contrariada.

—Le gusta hacerse el tonto. Casi tanto como le encanta oírte hablar —dejó ir una carcajada—. Podrías hablarle sobre la amebiasis intestinal y se quedaría horas escuchándote sin interrumpirte ni una vez.

Ella arrugó la frente, confundida.

—¿A mí? No lo creo.

—Que tú no lo creas no significa que no sea cierto. Abogada, me tengo que ir. Deja que vea como coges el coche y te sigo hasta Carson.

Ella resopló y lo miró con aburrimiento.

—De verdad... os pasáis con la protección.

—Lo que tú digas —contestó Lonan encendiendo el motor de la Ducati—. Pero no me voy hasta que no salgas delante de mí.

No iba a perder el tiempo en discutir con ningún Kumar. Siempre saldría perdiendo.

Cogió el coche con el chasco en mente de no haber vendido la cabaña, con el mal sabor de boca de no haber ayudado a Dasan con sus gestiones y con la extraña revelación que Lonan había hecho sobre él: A Dasan podía encantarle oírle hablar, pero muy mal la había escuchado para no entender lo único que pedía.

## CAPÍTULO 6

### *El Reino de la Noche*

Dasan Kumar era tan popular como sus hermanos.

Los Calaveras eran muy conocidos y en aquel evento, todos los Amos y Amas, los Dómines, los sumisos, los *switch*... todos los que eran ellos mismos en el mundo de la dominación, les hacían la reverencia por haber creado un palacio de ese tipo en Estados Unidos.

Se equivocaban. El verdadero DisneyWorld de los adultos no era Las Vegas. Era el Reino, en la imprevisible Carson City, el que de verdad te metía en el mundo de las fantasías. Las más íntimas. Las más sensuales. Y todo enfocado desde la profesionalidad y el respeto hacia un universo que la gran mayoría no conocía bien, excepto por el populismo que la literatura le había otorgado. Para muchos esas etiquetas hacían daño. Para otros, era lo que se debía pagar por ser distintos.

Para los Kumar, era el pretexto perfecto para que quisieran conocer su mundo de verdad y quitarles las vendas de los ojos a los que se creían lo que les habían vendido.

Ni eran perfectos.

Ni eran excesivamente educados.

Ni dirigían grandes compañías. Al menos, ellos no.

Una noche en el Reino solo mostraba una realidad descarnada, apasionada y en consenso, y solo se debía tener un requisito para entrar: valor y honestidad.

Aquella noche, Dasan se sentía casi pleno. Casi satisfecho. Casi feliz. Casi despreocupado.

Ya era propietario de una preciosa casita modernista de madera en el distrito de Tahoe, pegada al lago. Tenía su propio embarcadero y un jardín que no tenía ni idea de cómo cuidar o mantener, pero ya lo investigaría.

La casa tenía dos plantas, un cobertizo para el aparcamiento y una cabaña en un árbol que parecía un miniapartamento. No tenía piscina, pero el dueño le había asegurado que no había mejores zambullidas que las que se daba en el lago.

Tenía un coche nuevo. Un Land Rover Defender negro, una edición especial limitada del que se había enamorado nada más verlo. Con eso tendría suficiente para Nevada. A él le gustaban más los coches descapotables y deportivos pero Nevada era montaña y terrenos arenosos. Los deportivos se destrozaban en esas superficies. Por eso había optado por un coche más adecuado.

Era empresario y propietario del Reino y del hotelito Origin, y había encontrado el modo de compartir sus pasiones y sus instintos con muchas personas afines a sus gustos. Allí formaba parte de una comunidad. Y sus hermanos y él habían logrado consumir su venganza contra Ben y Harvey Bellamy.

Y ahora sí estaba convencido de que su maldición se había roto. O, al menos, quería atreverse a comprobar si era cierto.

Uno en su situación podría sentirse pleno de éxito.

Pero no se sentía así. Porque, infelizmente, quería compartir su felicidad con una chica que ni siquiera lo miraba. Y lo que era peor, esa chica no era consciente de que estaba en peligro. Eso era lo que más inquietaba a Dasan, no estar con ella para protegerla en todo momento.

Daba igual si lo trataba mal o si consideraba que exageraba o que estaba loco. No le daba la oportunidad de estar cerca de ella para cuidarla.

Se negaba a aceptar que la había perdido. No quería creer eso. Y eso que Shia se lo había dejado muy claro. Como cualquier hombre al que la testosterona afectase, odiaba saber que ella estaba con Derek y que él la acompañaría a una noche de este tipo. Pero como persona que sabía que no podía comportarse como si una mujer fuera de su propiedad, trabajaba su autocontrol para darle ese espacio. Y no a él. Sino a ella. Porque ella le había expresado que la dejase tranquila.

No quería molestarla. No sabía qué hacer. ¿La llamaba para hablar? ¿No la llamaba?

Sus hermanos le habían aconsejado que esperase su momento, que Shia ahora estaba enfadada y disgustada y que todo lo que iba a hacer sería reaccionario contra él. Pero, por otro lado, lo que no debía negociar era el protegerla y el vigilarla, aunque fuese desde las sombras. Porque tanto Lonan como Koda coincidían en lo mismo: Shia iba a ser la siguiente.

Y estaban seguros por las pruebas que Nick Summers les había ayudado a recopilar. Pero no podría hablar de ello a Shia hasta que bajase las defensas. Dasan solo esperaba tener una oportunidad para demostrarle todo lo que no le había podido demostrar. Ni como amigo ni como Dómine ni... ni como posible pareja.

Y si tenía la más mínima posibilidad para atacar, la atacaría, porque eso hacían los lobos.

El evento que se celebraba en el Reino seguía un protocolo de vestimenta. Era una mascarada.

Los tres calaveras se habían vestido de negro, con botas, pantalones negros tipo militares y camisetas oscuras de manga corta. Sus antifaces eran de un negro perlado y brillante. Todos los asistentes debían ir vestidos con sus ropas bedesemeradas, pero con máscaras, para ocultar parcial o totalmente su identidad. Y seguían las normas al pie de la letra.

Algunos llevaban máscaras más fetichistas. De cuero, que les cubrían toda la cara y asemejaban animales como perros, cerdos y gatos... otros llevaban antifaces más elegantes y delicados. Algunos con brillantes, otros de cuero liso; unos recordaban a Batman, otros a Catwoman... *Who's Loving you* de Anastasia y Aurym reventaba los altavoces del salón principal.

En las salas superiores los cuerpos de Domines y sumisos se exponían sin más y mostraban sus habilidades con el *Bondage*, las velas, las cadenas, las sujeciones y otras variantes de la dominación...

En la sala central de baile ya no cabía casi ni un alfiler. La barra estaba rodeada por mucha gente que pedía bebidas de todo tipo y Dasan, Koda y

Kumar, se encontraban en el atril de la entrada a Palacio, recibiendo encantados a la lista de invitados que habían sobrepasado desde hacía rato.

Muchos eran de Carson, otros de alrededores y más lejos, que seguían el protocolo perfectamente, asumiendo el papel, muertos de curiosidad por ver qué sucedía en ese Reino del que tanto se hablaba.

Y otros eran expertos bedesemeros, ampliamente conocidos por los Kumar.

Hasta que llegó el momento que Dasan temía de toda la noche. Tarde o temprano iba a tener lugar, y le había llegado la hora.

El Griego, vestido de riguroso negro, excepto por su máscara del fantasma de la Ópera en color blanco, llegaba acompañado de una Shia a la que era imposible quitarle el ojo.

Iba de rojo, con un vestido corto de cuero y unas botas negras que le llegaban por las rodillas. Su antifaz lleno de piedras preciosas de color negro tenía dos orejas puntiagudas. Era el antifaz de una gata. Su pelo rubio estaba medio recogido, pero las puntas de su melena caían libres y resplandecientes sobre su esbelta espalda.

Se había pintado los labios de grana, y el azul de sus ojos era increíblemente llamativo a través de su antifaz.

Mierda. Se quería morir de dolor y deseo al verla. Le escocían los dedos de querer tocarla. Pero venía agarrada del brazo de Derek. Satisfecha con la imagen que daban ambos al ir juntos.

Koda lo miró de reojo y le dijo entre dientes:

—Serénate. Sonríe.

Pero Dasan no era capaz de hacerlo, aunque tampoco fue desconsiderado.

—Buenas noches, caballeros —los saludó Lonan.

—Muñecas derechas hacia arriba —ordenó Dasan sin mirar a ninguno de los dos a los ojos.

Sujetó la muñeca de Derek y le estampó el sello de entrada. Una calavera.

Cuando le tocó el turno a Shia, ella sí que intentó buscar contacto visual con él, pero Dasan se lo negó.

Le puso el sello y esperó a que se metieran dentro y le pasaran de largo. Pero en vez de eso, Shia se demoró unos segundos y le dijo:

—Hola.

Él la miró como si no entendiera nada.

—Hola —contestó apartándole la mirada de nuevo.

Tenía la impresión de que quería hablar con él, pero no sabía qué decirle. Y como él tenía miedo de decir cualquier barbaridad, cargársela al hombro y llevársela como un troglodita, decidió mantener silencio e intentar ignorarla. No sabría decir si lo había logrado o no. Para cuando volvió a levantar la cabeza, Derek y Shia ya se habían ido.

—Dasan —Lonan le llamaba la atención mirando al frente y sonriendo a la siguiente pareja que se acercaba—. Solo te lo voy a decir una vez: no quiero peleas en el Reino. Si esta noche te portas bien con ella y le das su espacio, tendrás mucho ganado.

—Claro... el mismo espacio que le diste tú a Karen cuando la viste con Harvey —contestó masticando las palabras con amargura—. Es justo lo que quiero hacer yo. No me toques los cojones.

Lonan dejó ir una risita y asintió en voz baja.

—Está bien. Tienes razón —reconoció—. Pero si quieres dejarle las cosas claras a Derek, hazlo fuera de Palacio.

Dasan no le prometía nada. Suficiente hacía con aguantar estoico la impotencia que sentía en ese momento.

—Tú procura no hacer tonterías. Esta noche hay que estar atentos —le recomendó Koda que se había decolorado la cresta de un color más claro.

Y el pequeño tenía razón, como casi siempre.

Esa noche sería como un estrábico. Un ojo hipnotizado por Shia y otro vigilando lo que tuviera alrededor.

Gracias a Dios, Dasan no había hablado con Derek sobre sus ataques paranoicos de persecución. No quería a nadie haciéndole de escudero, solo quería disfrutar y estar a gusto con su amigo el Griego.

Había aprendido algo muy importante. No sería capaz de hacer ninguna doma con él, porque había desarrollado una confianza tan fuerte que no se lo imaginaba haciéndole nada. No se sometería ante él. No lo respetaba tanto.

Pero le gustaba como amigo. Un amigo como podían ser los Kumar, a excepción de Dasan.

Otra verdad revelada: con Dasan no podía ser solo su amiga. Porque estaba loca por él.

Y le daba tanta rabia que, después de todo, al verlo en el atril junto a sus hermanos, se le encogiera otra vez el estómago... así no lo iba a superar nunca. Era absurdo. Seguía enfadada. Y dolida... pero por debajo de esa capa superficial que la ayudaba a permanecer fuerte, había unos sentimientos que no podía negar. Lo que más le frustraba era saber que él no la correspondería. Ese era el motivo verdadero de su angustia y su ira.

—Deja de mirar al atril —le sugirió Derek acercándole un Negroni—. Ya no está ahí. Se ha ido con sus hermanos hacia adentro. Estarán preparando los números de bienvenida...

Ella aceptó la copa y miró al interior de la sala.

—Gracias. Está todo a reventar.

—Es el sexo. Nada atrae más a las personas —sus ojos negros hicieron un barrido alrededor y sonrió pecaminosamente—. Hay mucho vainilla mirón y disfrazado —se encogió de hombros—. Verás cuando los Amos y las Amas empiecen a señalarlos para que suban al escenario. Pero está bien. Estas noches son para eso. Para disfrutar y para pasar nervios.

Shia ya había pasado muchos nervios. No quería volver a tener malas experiencias.

—Es una pena que haya pasado la línea de «solo amigo» tan pronto —la miró de arriba abajo y chasqueó lamentándolo—. ¿Me explicas qué he hecho mal?

—¿Tú? —lo miró a través de su antifaz con gesto sorprendido—. Tú no has hecho nada mal. Soy yo, que soy una perdedora que es incapaz de dejar de pensar en un hombre que no apuesta por mí. Es así de triste mi vida —alzó el Negroni y chocó con la copa de Derek.

Él no era capaz de dejar de sonreír mientras la miraba.

—Eres una chica encantadora, Shia. Ojalá Dasan se atreva a dar el paso.

—¿Atreverse? —se jactaba de ello—. No es cuestión de atreverse o no. ¿Por qué iba a hacer algo que no es capaz de sentir? Él solo se quiere a sí mismo. No cree en el amor. Le da terror. Por eso hacía orgias y tríos con sus hermanos. Porque sabía que así no se iba a enamorar de nadie. Era una tapadera. Era su billete para seguir siendo lo que quería ser. Soltero —alzó un dedo—, millonario —alzó un segundo dedo— y follador —elevó el tercero—. No sé cómo me he fijado en ese dechado de virtudes. Pero aquí estoy, amargada perdida por su culpa. Y quiero pasármelo bien. Te juro que he venido a disfrutar, Derek. Me hubiera encantado que esta noche Blanch estuviese aquí. Iba a alucinar con todo esto... pero en cambio, he venido sola contigo. ¿Me ayudarás a conseguirlo? —le rogó.

El Griego asintió y le dirigió una mirada comprensiva mientras volvía a chocar la copa con ella.

Shia estaba decidida a intentar desconectar un poco y disfrutar del ambiente que le gustaba. Sabía que no iba a probar nada ni a dejarse dominar por nadie, pero le gustaba la admisión y la franqueza que se respiraba en ese lugar.

Solo verdad, sin subterfugios.

Tal vez ella nunca tuviera una experiencia D&S como siempre fantaseó y se imaginó. Pero, al menos, no se avergonzaba de admitir que le hubiese encantado tenerla de verdad.

—Buenas noches, damas y caballeros —Koda apareció de pie sobre el escenario circular del centro de la sala que tenía cuatro pasarelas que la gente usaba de podiums—. ¡Bienvenidos, tanto si es vuestra primera vez como si ya estáis desvirgados, al Reino de la Noche! —clamó alzando la mano por encima de su cabeza.

Derek se inclinó sobre Shia y le dijo extrañado:

—Este es el papel de Dasan. No entiendo por qué lo hace Koda.

—Debo felicitaros —continuó Koda— por haber respetado el protocolo y haberos puesto tan bien en el papel. ¡Pero eso no os va a salvar de que las primeras castigadas reciban un escarmiento por parte del Amo del sibil del lobo! —gritó emocionado al igual que todos los presentes—. Así que, quiero

oír a quienes se prestan voluntarias. ¡Gritad fuerte! —Koda les acercó el micro para que se oyeran los gritos expectantes de las chicas que querían probar al lobo.

Shia sintió aquello mal. Desubicado. Como una patada en el estómago.

Estaba fuera de lugar y no iba a tolerar ver nada de eso.

¿Dasan iba a jugar con alguien en el escenario? No tenía estómago para aquello. Ni hablar.

Las luces se apagaron y un potente foco iluminó uno de los pasillos que llegaba al escenario central. Alumbraron a un tipo vestido con un jersey de manga larga negra que tenía brazos y pecho cubierto de correas de piel. Pantalones negros y botas completaban su atuendo.

Su rostro no se veía. Tenía una máscara completa de perro. De piel oscura, las orejas permanecían tiasas hacia arriba, y el bozal, que tenía pinchos laterales, era de cuero y si uno quería, se podía extraer con facilidad.

Daba muchísima impresión verlo. Shia se sintió hasta enferma, porque era él.

Nunca se caracterizó de ese modo con ella, nunca hizo nada especial... solo se limitó a comportarse como un mecánico que arreglase las bujías de un coche. Un ajuste por aquí, otro por allá y listos.

Dasan se quitó la mordaza que se asemejaba al hocico de un perro. Agarró a la primera chica que se subió al escenario. Era una mujer de pelo caoba, con unos pechos enormes embutidos en un mono de cuero negro. Y unos zapatos con al menos veinte centímetros de tacón. La sujetó por las caderas y la atrajo a él de un tirón violento. Le dijo algo, como si le pidiera permiso para hacerle cualquier cosa. La chica asintió encantada, mirando a sus amigas y sonriendo, sintiéndose el centro de las miradas y la ganadora de esa noche.

Entonces él la besó.

Él. La. Besó.

Le dio uno de esos besos hambrientos y tan descarnados que parecían sucios.

Y a Shia le dinamitó el cerebro. Dejó de ver y oír nada. La música de Jordin Sparks y su Battlefield se le coló bajo la piel, quemándola como si fuera ácido por el significado de sus letras. Y aquello, sazonado con aquel

beso que Dasan compartía con aquella desconocida mientras la moldeaba con sus manos con el beneplácito de esta, acabó por desequilibrarla. Porque a ella nunca la besó.

*Don't try to explain your mind  
I know what's happening here  
One minute, it's love  
And, suddenly, it's like a battlefield  
One word turns into a war  
Why is it the smallest things that tear us down  
My world's nothing when you're gone  
I'm out here without a shield, can't go back, now*

*No intentes buscar una explicación  
Sé lo que está pasando aquí  
Un minuto es amor  
Y, de repente, es como un campo de batalla  
Una palabra se vuelve una guerra  
Porque es eso, la cosa más insignificante nos separa  
Mi mundo no es nada cuando te vas  
Estoy aquí afuera sin escudo, ahora ya no puedo dar marcha atrás*



Nunca le mostró ese tipo de afecto. Solo juguetitos y azotes que había empezado a odiar porque, sin afecto, todo aquello, al menos para ella, estaba

hueco. Vacío. Carecía de sentido. Shia quería que Dasan la dominase porque se entregaba a él a ciegas por una sencilla razón: estaba enamorada. Eso no quería decir que una persona no enamorada no pudiera entregarse como le ordenaba un Amo. Sí, uno podía alcanzar un orgasmo loquísimo con todo lo que le hizo Dasan. Ella de hecho los tuvo.

Pero no la limpiaban. A ella, esa sensación no la dejaba como nueva después de la postdepresión.

Ella también había engañado a Dasan a su modo, y ahora lo veía. No podía obligarlo a que sintiera lo mismo que ella. Era injusto.

Mierda. Estaba en un buen lío.

*Both hands tied behind my back for nothing, oh no  
These times when we climb so fast to fall, again  
Why we gotta fall for it, now  
I never meant to start a war  
You know, I never wanna hurt you  
Don't even know we're fighting for  
Why does love always feel like a battlefield, a battlefield, a battlefield  
Why does love always feel like a battlefield, a battlefield, a battlefield  
Why does love always feel like*

*Mis manos atadas a mi espalda para nada,  
De esas veces que escalamos tan rápido para volver a caer.  
¿Por qué ahora tenemos que caer por eso?  
Yo nunca quise empezar una guerra  
Sabes que nunca quise herirte,  
No sé porqué estamos peleando...  
¿Por qué el amor tiene que sentirse siempre como un campo de batalla?*

Shia se dio la vuelta para buscar la complicidad de Derek. Tenía los ojos de un cervatillo asustado. Y estaba a punto de echarse a llorar, porque todo aquello le dolía. Nunca tuvo que llegar tan lejos para llamar la atención de Dasan. Debió dejar las cosas como estaban e introducirse en el mundo de la dominación de otro modo, poco a poco e informándose bien, como ella hacía las cosas.

El Griego la miró compasivo. Sus ojos negros asumieron comprensivos lo que le estaba pasando.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó.

—No puedo estar aquí —contestó apenada.

Dasan seguía besando a esa mujer hasta dejarla drogada y en el limbo. Y cuando la tuvo en sus manos, se agachó, la cargó a hombro y la mostró al público como un trofeo.

Todos vitoreaban y pedían el castigo del lobo. Él alzó la mano y le dio una palmada en la nalga. La chica gritó feliz, disfrutando de la experiencia.

Y Shia solo quería vomitar.

—Me voy —dijo sin más—. Me va a salir una úlcera.

—¿Te acompaño?

—No, por favor —Shia no quería fastidiarle la noche a Derek—. Disfruta, tú que puedes. Yo me retiro de esto —asumió agotada.

Derek asintió sin más, le dio un abrazo y la dejó que huyera, que encontrara una escapatoria a toda su aflicción.

Mientras la joven se alejaba, el espectáculo de Dasan continuaba.

Derek solo tuvo buenos deseos hacia Shia. Y esperó a que uno de los dos reaccionara antes de que fuera demasiado tarde.

## CAPÍTULO 7

Shia había venido en coche.

Tuvo la suerte de dejarlo en el parquin antes de que pusiera aforo completo, así que no tenía que salir a la calle principal de la ciudad con aquella ropa fetichista ni sentirse más observada de la cuenta.

Solo quería un poco de descanso. Paz.

Nada de música, nada de cueros, azotes ni nada del hombre de ojos plata.

En ese momento necesitaba mucho a su amiga Blanch, pero Blanch debía seguir reposando y recuperándose. Además, a las once de la noche no eran horas adecuadas de visitas, y más si no se había pedido permiso para pasar la noche en la habitación.

Salió a la carretera principal de Carson con la sensación de que conducía como una autómatas. Vivía y respiraba sin ser consciente de lo que pasaba a su alrededor. Solo sentía aquella batalla interna, que la ahogaba desde adentro.

Se detuvo en un semáforo. A un lado y al otro de la calle había una tienda de deportes y una de cacería. Y al otro un restaurante y un Blockbuster.

¿Qué hacía? ¿Se iba a su bungalow a acabar de hundirse?

Shia bajó la capota de su coche y se quitó el antifaz con rabia, dejándolo sobre el sillón de piel del copiloto.

Y de repente, cuando el semáforo se puso verde, volteó el volante y tomó la calle a mano derecha. Iba en dirección opuesta a Villa Josephine. Seguiría la carretera 395 hasta donde la llevase, porque solo deseaba que el aire frío le golpeará el rostro y le secase las lágrimas. Y así meditaría y se replantearía si irse de Nevada antes de tiempo. Posiblemente, cuando Blanch tuviera el alta, se iría con ella a Chicago. En Carson podía mantenerse ocupada pero le dolía estar rodeada de los Kumar. En realidad, le hacía daño ver a Dasan y más ahora, estando las cosas como estaban.

No olvidaba que Lonan contaba con ella para gestionar los trámites y los papeleos de la reserva Gunlock de Battle Mountain. Pero sería sincera con él. Le diría que debía irse, dado que el caso de Blanch iba a tomarle mucho tiempo. Él lo entendería. Porque Lonan siempre era el más comprensivo. Cogió el cruce con la cincuenta cuando vio que una Yamaha negra, una seiscientos, le hacía luces.

Ella miró a través del retrovisor. La que conducía era una mujer.

Shia frunció el ceño, pero continuó con su recorrido y aceleró un poco.

La motera hizo lo mismo y volvió a hacerle luces. Y gesticulaba con una mano señalándole el coche.

Shia entendió que le advertía sobre algo. Tal vez tenía el maletero abierto, o una rueda pinchada. Pero ella no lo había notado.

Con todo y con eso, ralentizó la velocidad hasta que se detuvo a un lado de la solitaria carretera.

La motera también se detuvo. Se acercó a ella y le golpeó el cristal con la mano enguantada, muy delicadamente.

—Tienes algo suelto debajo del coche. Saltan chispas continuamente hacia atrás —le informó—. ¿No te has dado cuenta?

Shia negó con la cabeza sorprendida. El coche nunca había dado ningún problema. Ella siempre le hacía los mantenimientos pertinentes y lo tenía impoluto. Seguramente, entre tanto camino montañoso por Carson y Tahoe, su pobre vehículo se habría dado con alguna roca saliente del camino o lo que fuera.

La abogada abrió la puerta y sintió vergüenza de ir como iba. Pero entonces, advirtió que la motera no iba distinta. Llevaba un pantalón de cuero muy ajustado, botas de tacón, incomodísimas para una moto, por cierto, y un corsé que asomaba entre la chaqueta de piel desgastada.

¿Acaso venía del Reino como ella?

—Un conjunto muy bonito —comentó la motera mirándola con atención.

—Gracias —dijo Shia cada vez más extrañada—. Gracias por avisarme. ¿Dónde dices que está el problema?

—Algo de los bajos.

—Ya pero si son los bajos no voy a poder comprobarlo ahora.

—Parece que es una pieza metálica.

—De acuerdo —dijo Shia esperando a que la chica se fuera—. Ahora lo miraré. Muchas gracias por detenerte. Ya me encargo yo.

La mujer se quitó el casco y lo siguiente que sucedió tomó a Shia desprevenida. Le arreó con el casco en toda la cara, golpeándola con fuerza en el pómulo.

Shia cayó al suelo totalmente desorientada. No entendía lo que estaba pasando. Solo pudo atinar a ver, de reojo, que la mujer era morena, tenía dos piercings en el labio inferior y los ojos muy pintados de negro, con una raya muy pronunciada y llamativa. Llevaba el pelo tipo Cleopatra, negro azulado, pero ya no pudo ver más, porque le pisó el muslo con el tacón afilado de veinte centímetros y le hizo una herida que la dejó sin fuerzas.

La chica se acuclilló ante Shia, que se llevó la mano rápidamente a la pierna.

—Hola, mentirosa —Con ojos de loca, sacó un punzón del interior de su chaqueta—. Todos pagan por sus mentiras ¿no lo sabías?

—¿Qué...?

Shia abrió la boca preparada para gritar con todas sus fuerzas, pero la mujer se la cubrió con la otra mano. Alzó la mano por encima de su cabeza, agarrando el mango de plástico rojo del punzón, dibujó una mueca terrorífica en su rostro y justo cuando iba a clavárselo, los focos delanteros de un coche la alumbraron de lleno y le hicieron luces, como advirtiéndole de que lo estaba viendo todo.

—No me jodas —gruñó la desconocida levantándose rápidamente. Se puso el casco, dio un salto para subirse a la moto y arrancó rauda, a una velocidad endiablada.

Un minuto después, el coche que había alumbrado y hecho luces a Shia, se detuvo detrás del Porsche. Era un Land Rover negro con el techo blanco.

Shia intentó incorporarse de medio lado y alzar el rostro para pedirle ayuda, pero entonces, se encontró con la cara de Dasan, cuya mirada helada revisaba cada centímetro de su cuerpo.

—¿Shia? Dime que estás bien.

—¿Dasan? —preguntó con voz débil.

Él le levantó la barbilla con preocupación y estudió la mancha roja que emergía en su pómulo y que probablemente se le inflamaría y se le amorataría. La cogió en brazos, con cuidado de no hacerle daño en la pierna que la salvaje le había pisado.

A esa hija de puta la cogería. Eso lo juraba sobre la tumba de su madre.

Shia temblaba contra él. Dasan quería subirla a su coche y llevársela de ahí, pero entonces, ella le dijo algo con voz entrecortada.

—Espera, espera... —le ordenó.

—¿Qué pasa? —acercó su oído a sus labios.

—Quédate aquí un momento.

—¿Te ha hecho algo más? ¿Qué...?

Acto seguido, Shia lo abrazó fuertemente, se agarró a su cuello y se dejó ir, porque en ese momento aquel era su lugar más seguro del mundo.

Él se sentó sobre el capó del Porsche, con Shia apoyada sobre sus muslos, agarrándolo como si le fuera la vida en ello. Las luces del Land Rover los iluminaban. Dasan cerró los ojos y dejó ir el aire entre los dientes.

—Tranquila, bebé —le dijo con dulzura—. Estás bien. Ya estoy aquí. No te va a pasar nada —le acarició el pelo con una mano y besó su frente con suavidad.

Pero la abogada no podía dejar de llorar.

Shia no lo sabía, pero los Kumar estaban preparados para cualquier cosa. Y gracias a la información que manejaban, sabían que aquella noche iban a ir a por ella.

Por eso, cuando Derek le avisó por WhatsApp para decirle que Shia estaba saliendo del Reino, él no dudó en seguirla para hacerle de guardaespaldas. Sin embargo, Derek le avisó tarde y él tuvo que seguir su ubicación con el GPS. Porque tenía a mano muchas herramientas. Herramientas que la policía nunca pondría a su disposición. Pero los Kumar, Karen y los amigos de Karen, sí estaban dispuestos a saltarse las normas para

conseguirlas. Porque habían aprendido que los protocolos hacían que se perdieran vidas, y ellos ya estaban de vuelta de todo.

Shia acababa de comprender que sí estaba en peligro, y que la vida, muchas veces, sí era una película de ciencia ficción. Incluso podía superarla con creces.

—¿Qué haces aquí? Tú estabas en el escenario con tus sumisas... — señaló abatida—. Besuqueándolas... no entiendo qué haces aquí, si me fui porque...

—¿Yo? —la interrumpió Dasan—. No era yo, rubia —admitió—. Era uno de nuestros Amos actuando como el lobo. No era yo —repitió.

Dios. Saberlo la hizo sentirse todavía más vulnerable. Dasan no había besado a nadie.

Shia se abrazó más fuerte a él y sorbió por la nariz.

Estaba en la mierda. Emocionalmente y físicamente. No había más.

—¿Te has ido al verme? —quiso saber él en voz baja.

—Déjame en paz —contestó cortante, ocultando su rostro de su supervisión.

Dasan rechinó los dientes y se maldijo a sí mismo cien mil veces.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó él entre susurros—. ¿Vamos al hospital?

Shia sacudió la cabeza negativamente y hundió el rostro en su cuello.

Sentir su aliento en su piel y notarla tan receptiva lo convertía en el capullo más afortunado del mundo. Con qué poco se conformaba. Si Shia le daba migajas, él las iba a aceptar y a engullir como una paloma callejera.

—¿Quieres hablar?

—Solo abrázame —le rogó—. Deja que me tranquilice.

—Sí, tranquilicémonos, joder...

Shia no sabía cómo mujeres como Karen o como Blanch podían estar tan enteras después de una agresión. A ella no le habían hecho nada comparado con lo que sus amigas habían sufrido, y estaba rota y con los nervios destrozados. Eran increíblemente fuertes.

Y Dasan... había aparecido ahí, en el momento y en el lugar adecuado. Si él no hubiese llegado a tiempo... Ahora estaría muerta.

Pasó un tiempo hasta que se sintió lo suficientemente calmada como para hablar con él sin ahogarse. Dasan se comportaba pacientemente y como un caballero. Como un héroe, aunque tuviera los ojos inyectados en rabia y sangre, como si quisiera echarse a llorar.

Se apartó ligeramente y sin dejar de rodearle el cuello lo miró.

Él inclinó la cabeza a un lado y le limpió las lágrimas con sus dedos.

Oh... estaba tan enamorada que se lo quería comer ahí mismo. Y para colmo, era un puto héroe. No tenía ningún derecho a estar enfadada con él.

—¿Qué hacías por esta carretera? —preguntó ella al fin.

—Seguirte —contestó con una honestidad brutal—. Derek me dijo que te habías ido.

—¿Derek te avisó? Maravilloso traidor —murmuró.

—Te advertí. Te dije que estabas en peligro. No quisiste creerme. Pero no puedes irte sola así como así.

—No me riñas ahora, por favor —alzó la mano para detenerlo acongojada—. No lo llevo bien.

Él aflojó un poco y continuó con la explicación.

—Advertí que te estaban siguiendo.

—¿Cómo?

Dasan le mantuvo la mirada estoicamente.

—Con métodos que tú no vas a aprobar. Pero me da igual. Voy a llegar hasta el final con todo esto, aunque te moleste.

Shia no estaba en situación de negar ni rechazar nada. Seguía un poco en shock y lo único de lo que estaba convencida era de que él le había salvado la vida. Todo lo demás, por ahora, era secundario.

—Pero no te preocupes. No te voy a involucrar en nada... —intentó tranquilizarla—. Aunque tampoco podrás detenerme. Blanch y tú sois dianas andantes y necesitáis protección. La vas a tener la quieras o no. Y voy a coger a la que te ha hecho esto a ti y a la que hirió a Blanch. Pero, sobre todo, voy a coger al titiritero. Te lo prometo por mi madre —dijo apasionado.

Era tan rotundo y tan imperativo, que discutir con él sobre ello parecía absurdo. Shia lo contempló en silencio, absorbiendo aquellas palabras. Le dolía la cara y el muslo y sentía los ojos hinchados de llorar.

—Enfádate conmigo lo que quieras. Pero no pienso volver a pasarlo así de mal, apretando el pie en el acelerador, sin saber si voy a llegar a tiempo o no. No voy a separarme de ti hasta que estés a salvo de verdad.

Shia tragó saliva y sorbió por la nariz de nuevo. Dasan hablaba con la certeza de que todo era culpa de Goliat. Y ella también tenía esa desagradable sensación, aunque no supiera cómo demostrarlo ni cómo enfrentarlo.

Sin embargo, Dasan Kumar sí estaba seguro de lo que tenía que hacer. Era admirable que hubiera gente así, que siguiera sus convicciones tan a ciegas, sin importarles si era ilegal o no.

—Me dijo que había algo en mi coche que echaba chispas por los bajos —dijo Shia tomando aire resignada—. Yo me detuve y ella hizo lo mismo. Para cuando me di cuenta de que no me daba buena espina, ella se sacó el casco y me golpeó con él.

—Cabrona —susurró lleno de ira. Le torció un poco la cara para ver la hinchazón y lamentó no haber llegado antes.

—Después me pisó el muslo y me iba a clavar un punzón... como Sharon Stone en Instinto Básico. Me ha llamado mentirosa. Y a Blanch, la mujer que la apuñaló le dijo «Fuera espinas». Como la canción de Goliat —lo miró de reojo, sintiéndose culpable por no haberle revelado esa información antes.

Él la escuchó con calma y después la censuró un poco con sus ojos grises glaciales. Aunque no mucho, porque sabía que estaba sensible.

—Tenías esa información y no me lo dijiste.

Ella agachó la cabeza.

—No... no pensé que debieras saberlo.

—Te dije que podían ir a por ti también. Y tampoco me has hecho caso. No le dijiste nada a Derek para que te cuidara en mi lugar.

Ella se humedeció los labios y cuando fue a hablar el pómulo le hizo daño. Se llevó los dedos a la cara y notó que se estaba inflamando.

—Está bien —Dasan detuvo el interrogatorio cuando vio que se estaba poniendo nerviosa—. Vamos a ir a mi casa.

—No se me ha perdido nada en tu casa —dijo abruptamente.

—No vamos a ir a tu bungalow. Con toda seguridad saben dónde te hospedas. Iremos a mi nueva casa de Tahoe. Allí nadie va a venir a tocar las narices.

Se moría de ganas de ver su casa, pero tenía todas sus cosas en el bungalow y no pensaba ir vestida así al día siguiente. El fetichismo y esas ropas solo las luciría en una mazmorra o en un local como el Reino. Porque era íntimo y de ella.

Dasan no iba a perder la paciencia con ella.

—Shia, será más fácil para ti cuando comprendas que no estás en disposición de decidir nada ni de prohibir tampoco —se levantó con ella en brazos y la llevó hasta su Land Rover. Abrió la puerta del copiloto y la metió dentro, haciendo oídos sordos de las quejas de la abogada. Después agarró el cinturón y se lo puso como a una niña pequeña—. Los Kumar hemos pedido tu custodia ¿comprendes? —intentó bromear—. Te adoptamos unos días. Al menos, hasta que me encargue de Goliat. Luego serás libre y podrás enviarme a dar vueltas por la montaña, como sé que quieres —sonrió quitándole leña al asunto—, pero mientras tanto, me haré cargo de todo. Y ahora vamos a ponerte hielo en esa cara fea.

Qué tonto era. Y qué poco sabía. Shia se desabrochó el cinturón, abrió la puerta ante la estupefacción de Dasan y sonrió para sosegarlo un poco.

Qué poco rencoroso era. Después de todas las barbaridades que le había dicho, Dasan seguía siendo amable y bueno con ella. Y la quería ayudar. Y ella había tenido que descubrir de la forma más cruel que él sí tenía razón.

—Acepto el trato —objetó Shia.

—¿Y por qué sales del coche?

—Porque puedo conducir el mío. Pero acepto tener un guardaespaldas, por ahora, por esta noche —aclaró. Porque sí. Estaba muy asustada—. Déjame pasar por el bungalow para coger ropa para mañana, al menos.

—¿Ves? Eso sí puedo hacerlo —le guiñó un ojo—. Para que veas que se puede negociar conmigo.

No. Ambos sabían que no se podía.

Era un alfa muy dominante y si se trataba de su seguridad y su bienestar, él tendría siempre la última palabra.

## ***Tahoe***

Cogió una bolsa deportiva y la llenó con cosas indispensables para el día siguiente. Además de coger su portátil y sus cargadores. El trabajo era el trabajo y aunque Dasan y los Kumar procedían de otra manera que ella no quería ni imaginarse, por su parte tenía que conseguir que todo fuera legal.

Siguió al Land Rover de Dasan hasta Tahoe. Tardaron unos cuarenta y cinco minutos, hasta llegar a la casita que el mediano de los calavera había comprado.

Cuando Shia aparcó al lado del Land Rover, salió del coche para contemplar cómo los rayos de la luna iluminaban aquella edificación moderna de dos plantas, con cabaña en un árbol que se comunicaba con la planta superior de la casa de una manera casi fantásica. Poseía una líneas modernas y que enamoraban a simple vista, donde los techos de madera se fundían con el blanco de las paredes exteriores, y toda ella emergía en un paraje de ensueño como si saliese de la mente de un creativo soñador. El lago estaba a solo dos pasos, podía saltar desde el jardín y caer al agua. El silencio, el olor... todo era perfecto.

—¿Te gusta? —le preguntó Dasan expectante, quitándole la mochila de las manos a Shia.

Shia se puso la bolsa de hielo que había cogido del congelador del bungalow y que aún no estaba derretida sobre la mejilla y asintió sin disimular su encanto.

—Es preciosa.

—Me alegra que te guste —dijo orgulloso.

—No sabía que estabas buscando casas por aquí. Todo lo que soléis comprar pasa por mi vara de medir —confesó un poco sorprendida.

—Esto no es algo que hayamos comprado entre los tres. Es solo mío — explicó sacando las llaves para abrir la puerta—. Sé hacer estas cosas solo — la miró de reojo—. No soy solo un cuerpo sexi y una cara bonita.

Ella percibió la dirección y el sentido de esas palabras y se sintió mal por ello. Había estado bastante desacertada con ese comentario.

—¿Cómo la has encontrado? ¿Cuánto te ha costado?

—Pertenece a una pareja de arquitectos que tienen terrenos por todo el distrito. Y como no los van a utilizar de otra manera porque no les permiten edificar los hoteles que quieren, han decidido dividir los terrenos en pequeñas parcelas y construir casas modulares, de este tipo. Techo a dos aguas, cocina abierta, dos pisos, fachada de madera y ventanas grandes con luz todo el día. No venden caro. He pagado solo como si comprase el terreno.

Cuando abrió la puerta, y encendió las luces, Shia tuvo la sensación de que todavía no había salido de la zona boscosa. Las ventanas eran tan grandes que daba la sensación de que el bosque seguía dentro de aquel hogar diáfano y acogedor. La cocina era moderna y blanca, la escalera que subía a la planta de arriba se veía desde la entrada. La parte de arriba asomaba mediante una baranda metálica cubierta de cristal transparente, y se veían casi todos los ambientes de la casa, excepto el de las habitaciones, que estaban cerradas.

La casa olía a nueva y también a naturaleza.

—Has hecho una compra estupenda —reconoció admirada.

—Bueno, gracias —Dasan dejó la chaqueta en la percha de la entrada y las llaves en un platito de bambú del mueble del hall—. Estás en tu casa. Coge la habitación que quieras de arriba. Dúchate, haz lo que te apetezca. Yo prepararé algo de cenar. He avisado a Koda y a Lonan sobre todo lo ocurrido. Y han visto adecuado que te quedes aquí. Al menos por esta noche.

Shia asintió sin decir mucho más. Estaba ligeramente sobrepasada por todo.

Se lo quedó mirando fijamente. Dasan de verdad quería hacerse cargo de la situación y ella solo quería darse una ducha y descansar. No mentiría tampoco. Debía admitir que estaba nerviosa, y que estar en la nueva casa de soltero de Dasan, a solas con él, después de haber estado unos días sin

hablarse, la tenía muy descolocada. Quería preguntarle tantas cosas... pero antes quería quitarse esa ropa y ponerse cómoda.

—Voy a subir —señaló la planta de arriba.

—Sí, como si estuvieras en tu casa —Dasan abrió la nevera metálica de dos puertas y se concentró en el interior para buscar los alimentos necesarios para empezar a hacer la cena.

Ella emprendió el paso hacia la escalera y la subió peldaño a peldaño echando miradas furtivas a Dasan.

Cuando él escuchó la puerta abrirse y cerrarse, el calavera por fin se relajó. Sujetándose a la nevera dejó caer la cabeza hacia abajo.

Se iba a romper de la tensión.

Continuaba nervioso. No podía dejar de ver la escena de esa hija de puta apunto de clavarle el punzón a Shia. Nunca se lo hubiese perdonado. Si a la rubia le llegan a hacer algo y él no hubiese llegado a tiempo para evitarlo, se iba a morir en vida, para siempre.

Porque odiaba fallarle a las personas. A Shia ya le había fallado una vez en la mazmorra. Posiblemente más de una vez, porque le había dado por cagarla una vez detrás de otra. Seguidas.

Pero ya no quería equivocarse más. Solo quería estar ahí para ella. Cuidarla. Protegerla. Y acercarse lo suficiente para que ella le permitiese amarla como quería, como deseaba hacer desde... joder, desde siempre. Porque Shia siempre había estado en su cabeza, escondida en un cajón que no quería abrir por miedo a maldiciones y a desengaños. Pero si ella le daba otra oportunidad, solo una, no iba a desperdiciarla. Sabía que era complicado, pero un Kumar nunca abandonaba.

Shia se secó el pelo con la toalla.

La ducha fue todo lo que necesitaba para volver a la realidad y asumir, en parte, lo que esa noche había vivido. La habían agredido. Y sí, estaba en peligro.

Se había puesto un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca de manga corta. Dasan tenía encendida la calefacción y no hacía falta llevar una sudadera por encima.

Se miró al espejo y lamentó ver el moratón de su cara. No se quitaba de la cabeza a su agresora y sentía terror al creer que la pudiese haber seguido hasta ahí... Pero del mismo modo, estaba segura de que Dasan no iba a dejar que se acercase a ella.

Se sentía tan agradecida y al mismo tiempo tan mal...

Salió de la habitación con la decisión de hablar con Dasan. Disculpase. Y, aunque le escocía entender que no sentía nada por ella, al menos, debía enterrar el rencor y volver a retomar una relación cordial con él, porque le estaba demostrando que sí le importaba.

Pero cuando llegó abajo y cruzó el salón hasta llegar a la cocina, se quedó muda al ver la escena que tenía ante sus ojos.

Dasan tenía un trapo de cocina sobre el hombro, también se había duchado y estaba cómodamente vestido con un pantalón de algodón y una camiseta blanca con cuello de pico. Se rascaba el gemelo con el pie descalzo de la pierna contraria mientras acababa de preparar el plato para cenar.

Había puesto música de fondo, y aunque ella no sabía quién era, le encantaba la melodía.

Cuando él se dio la vuelta con los dos platos listos y la miró, a ella le dio un vuelco el estómago y el corazón.

Sus ojos de acero habían sido invadidos por una indescriptible ternura, y de algo más que no sabía identificar. Y eso ya era raro, porque Shia leía en los ojos de los demás, lo hacía como abogada, era algo innato en ella. Sin embargo, con él, no sabía qué pensar.

Dasan dejó los platos uno al lado del otro sobre la barra americana que hacía de encimera en la cocina. Una cocina de materiales satinados, brillantes y de un color perlado maravilloso. Colocó bien los taburetes altos con el acolchado rojo y esperó a que ella se sentase.



—¿Te encuentras mejor? —le preguntó preocupado mirándola a la cara.

Dasan se quería morir. Porque veía hermosa a Shia de todas las maneras, pero así, al natural, con el pelo húmedo todavía, sus gafas y ese aspecto de dulce pero inteligente y fuerte al mismo tiempo, lo traía por la calle de la amargura emocional. Y de la frustración.

Mataría a la individuo esperpéntica que le había hecho eso en la cara.

—Ven —una vez se sentó la arrimó a la mesa como una niña pequeña.

Ella le dirigió una mirada de soslayo, descolocada por su atención.

—Estoy bien. Son solo unos rasguños.

—¿Y la pierna?

—No ha sido nada. Solo un golpe y un pequeño corte. Me lo he limpiado bien y ya está. Oye... —olió el plato de arroz con verduras y pollo y quedó encantada, porque olía tan bien que lo podía hasta saborear—. Esto huele increíble. No sabía que cocinabas.

—Mis hermanos comen gracias a mí —contestó sin más—. ¿O pensabas que solo sabía cocinar Derek?

Ella arqueó las cejas y lo volvió a mirar como la receptora de aquella observación mordaz.

—Respecto a eso...

—No. No me digas nada —zanjó el tema de golpe—. No quiero hablar de eso ahora.

—Ah... ¿y quieres hablar de algo o solo quieres que comamos en silencio? —preguntó permitiendo que él le llenase la copa de agua.

—Quiero que me expliques tu verdad sobre Goliat. Tu versión.

—No es mi versión. Ni es la versión de Blanch. Es simple y llanamente, la verdad.

—Perfecto —Dasan se sentó a su lado y empezó a comer en silencio—.  
Te escucho.

## CAPÍTULO 8

—Cuando Blanch conoció a Goliat, ella estaba despuntando como actriz en una serie —empezó a explicar Shia—. Se conocieron en un local de Chicago frecuentado por famosos. El entonces representante de Blanch era amigo del de Goliat, y por lo visto fue Goliat quien invitó a Blanch a asistir a la fiesta de aquel día mediante su representante. Se había fijado en ella y le había gustado. Hizo un Beckham, salvando todas las distancias —aclaró—. Él... Goliat... ya sabes cómo es. Es un hombre atractivo, lleno de *glamour* y poder, y Blanch al principio no quiso nada con él, pero al final, él consiguió su atención y mi amiga cayó como un bicho en una tela de araña. Las señales de hombre posesivo y celoso que emitía al principio eran leves, aunque reveladoras: su insistencia en controlar sus mensajes de móvil, en su necesidad de permitir o no permitir a Blanch vivir su vida, en sus celos enfermizos —recordó comiendo poco a poco—. Blanch estaba cambiando... pero se escudaba en que lo hacía porque le quería, porque así le hizo creer él que era su amor. Ella quería que él estuviese bien, aunque para ello tuviera que sacrificarse. No sé —sacudió la cabeza— lo tenía todo equivocado en la cabeza. Los conceptos sobre el amor, la libertad, el respeto en la pareja, cada vez estaban más desdibujados en ella. Y él era tan intenso... y ella tan ciega...

—Es lo que hacen los maltratadores. Así operan. Hacen todo lo que hacen porque te aseguran que te quieren y que nadie te va a querer como ellos. En su mundo oscuro es así.

—Sí, lo sé. A las pocas semanas llegó la primera bofetada. Fue solo una, pero dura y humillante, que sorprendió tanto a Blanch que creyó que de verdad la culpa de que él se pusiera así era suya. No sé por qué motivo fue...

—No importan los motivos —añadió Dasan—. Los hombres que maltratan, vejan y pegan ven motivos para hacerlo donde no los hay. No vale

la pena que expliques qué hizo ella para que él se pusiera así, porque probablemente no hizo nada. Él quería castigarla. Punto y final.

—Sí —asintió Shia—. Ni entiendo por qué ella no le dejó entonces. A mí me dan un bofetón y no solo se lo devuelvo, lo dejo y me voy inmediatamente.

Dasan comprendía a Shia, que era fuerte, que veía un comportamiento agresivo y malo a leguas, pero habían mujeres que se dejaban influenciar por las falsas odas de amor de un maltratador. Mujeres influenciables y con poca autoestima.

—Cuando te dan el primer bofetón —explicó Dasan— se aseguran de hacerlo cuando ya te tienen completamente hipnotizada, y estás «falsamente» enamorada y te han creado esa dependencia emocional. Como víctima de ese primer bofetón tú no quieres ver maldad en esa persona. Él se pondrá a llorar de rodillas, te rogará que le perdones, que nunca hizo eso y que nunca más volverá a hacerlo. Y la mujer quiere creerlo. Y lo perdona. Porque es solo un bofetón. Pero cuando aceptas ese bofetón humillante, te estás entregando al maltratador de inmediato. Ese solo es el primer paso para el infierno.

—Sí —Shia lo miraba con sorpresa, por empatizar y saber tanto del tema—. Fue así. Era sistemático... De cara a la galería y a los medios, Blanch intentaba ir siempre por detrás de Goliat, como una pieza meramente decorativa y secundaria. Porque así lo quería él. Según ella, no podía ponerse excesivamente guapa porque él se creía que lo hacía para provocar y ponerle celoso. Así que intentaba ser discreta en todas sus apariciones.

—La típica mujer de postín y florero. La mayoría no sabe que ese perfil responde a una mujer humillada y maltratada.

—Sí. Pero un día, Blanch se envalentonó y decidió salir de ahí. La noche en la que todo sucedió.

—Cuéntamelo. ¿Qué pasó?

—Aquella noche Goliat acabó un concierto. Lleno total. Blanch había decidido dejarlo porque ya no aguantaba más esa presión y ese miedo. No quería vivir así. Se iba a ir del ático de lujo que le había comprado como gesto de «amor», que ella nunca pidió y no quiso aceptar, y en el que llevaban tan poco tiempo viviendo juntos. Decidió irse a medianoche antes de que él pudiera verla. Pero... Goliat llegó antes. Se la encontró en el ascensor,

bajando con la maleta llena de su ropa. Goliat la metió dentro del ascensor y no la dejó salir. La empujó y la metió en el cubículo sujetándola por la garganta y haciendo que su cabeza golpeará con fuerza contra las lamas metálicas.

—Qué cabrón.

—En el ascensor le pateó el estómago y le zarandó por el pelo. Cuando las puertas del elevador se abrieron, Goliat la sacó por la melena, arrastrándola por el pequeño descansillo hasta abrir la puerta de su casa. Allí la volvió a golpear tan fuerte que la dejó sin respiración, siempre en el estómago, para no dejar marcas. Con Blanch sin aire y totalmente impedida, en el suelo, se despachó a gusto con ella. Le ató las manos a la espalda. Ella no pudo hacer nada para evitarlo, porque no tenía fuerzas ni para coger aire, sentía que se moría. Le cubrió la boca con un pañuelo. La violó. La penetró tan fuerte y sin estar ella preparada que la desgarró por dentro. Por los dos lados. Cuando acabó con ella, le dijo: «Ahora, puta, ya te puedes ir».

El silencio entre los dos fue elocuente. No necesitaban decir nada más. Ante aquella narración, uno solo podía gritar en silencio y asumir que la maldad y la violencia tenían caras dispares y muy desagradables.

—Cuándo Blanch vino a nuestro bufete, ella y yo conectamos enseguida. Yo ya había llevado otros casos sobre violencia machista y sabía cómo funcionaba todo. Ella estaba totalmente destrozada, aunque quisiera simular entereza. Y yo la admiré inmediatamente y quise defenderla. Solo habían pasado dos días de lo sucedido. Tenía la denuncia de la policía, el parte de lesiones y algo que nos iba a hacer ganar el juicio inmediato. Porque, lamentablemente, nadie vio las agresiones. Pero eso nos iba a ayudar a demostrar que la versión de Blanch era real.

—¿Qué era ese algo?

—El edificio de la comunidad tenía un sistema de vigilancia que enfocaba a los rellanos de todas las plantas. Blanch no lo sabía, y Goliat tampoco. Así que investigamos la compañía que se encargaba de recopilar todas esas imágenes y pedimos una copia de lo que sucedió ese día en el rellano del ático. Hablamos con un hombre, un tal Al Doner. Costó mucho que facilitara esa información, porque en teoría, era información privada. Pero con la denuncia de la policía, logramos disuadirlo. Al debía enviarnos la copia lista

para entregarla como la prueba que demostraba lo que Goliat hacía con Blanch. En ella se vería el momento en que la sacó del ascensor arrastrándola por el pelo y metiéndola en la casa. Pero —todavía no se creía que una prueba así se extraviase por el camino—, la prueba desapareció. La íbamos a presentar a juicio y no pudimos. De lo único que podíamos acusar a Goliat era de la violación, porque no teníamos pruebas de que la hubiese golpeado ni dado ninguna paliza. Gracias al semen, pudimos procesar a Goliat por agresión sexual, que en todo caso fue considerado solo abuso. La defensa planteó que Goliat y Blanch acostumbraban a tener sexo duro y que a ella le gustaba que la redujeran. Que él lamentaba profundamente haberle hecho daño internamente, pero que ella se quejó después de haberla penetrado vaginalmente y analmente. No antes ni durante. El hijo de puta quiso quedar bien diciendo que nada le dolía más que haber hecho daño a Blanch, porque era un hombre grande, y que lo lamentaba. Pero que de ahí a hacerle quedar como lo que no era, no se lo iba a perdonar jamás. Que nunca golpearía a una mujer. Que si tenía que pagar por ello y por haber sido excesivamente “apasionado”, el cínico cabrón —gruñó para sí misma— que él mismo se entregaba y que aceptaba pagar por su poco tacto. Finalmente, fue condenado por abuso sexual. Con matices. Era su pareja, tenían ese tipo de sexo, etc... Y su paripé de buena voluntad acabó funcionando. Debió estar cuatro años en la cárcel. De las agresiones, vejaciones, la violencia y la violación, no se dijo nada. Al final, le redujeron la condena a dos. Pero ha estado menos de dos y ha salido por buena conducta —asumió con resignación—. Él odia a Blanch. Y me odia a mí. Por haberme atrevido a enfrentarme a él —se llevó otra buena porción de comida. Sin darse cuenta, mientras hablaba, ya había comido medio plato—. Y esa es mi historia con Goliat —lo miró y sonrió con tristeza—. Una desgraciada experiencia que hubiese deseado que acabase mejor para ambas. Y ya está —tragó lo que tenía en la boca y puso cara de satisfacción—. Esto está buenísimo.

Dasan agradeció el cumplido y continuó comiendo, sin dejar de mirarla ni de valorar todo lo que sentía y toda la información que le había dado Shia.

Ella se limpió los labios con la servilleta blanca y torció el torso para mirarlo con franqueza.

—Quiero que me digas qué sabes y qué has estado haciendo con este tema. ¿Por qué creías que estaba en peligro? ¿Por qué sabías que me estaban

persiguiendo?

Él sabía que debía darle respuestas. Y se las iba a dar, pero no iba a aceptar que ella lo echara atrás o le insinuara que se apartase de nuevo. Es idea era inviable, incontemplable.

—Si te lo cuento, no voy a permitir que te vuelvas a meter conmigo y que me digas que me meto donde no me llaman —alzó su mirada gris y la clavó en los ojos azules y aún asustados de Shia—. Porque sí me llaman —dejó claro. Porque sus cosas lo llamaban.

Ella se aclaró la garganta y se removió un tanto nerviosa sobre el taburete de diseño.

—Me has salvado la vida, Dasan —reconoció—. Dos veces ya. Solo quiero escucharte. No voy a discutirte nada al respecto —admitió sin más.

—¿Te estás poniendo en mis manos? —se quiso asegurar.

—¿En esto? —recalcó—. En esto sí.

A él no se le escapaba la reminiscencia de lo que acababa de decir. Que venía a ser: «me pongo en tus manos para que me protejas, pero no para que me toques o me metas en tu mazmorra. Porque en eso, ya no confío en ti».

Ambos clavaron la mirada el uno en el otro. Leían entre líneas, sabían cuáles eran sus posiciones. Pero Dasan lo aceptaba. No era lo ideal para él.

—En cuanto comprendí que Blanch era tu amiga y que era a ella a quien habían apuñalado, no tardé mucho en atar cabos. Te pusiste muy mal cuando escuchaste a Goliat por la radio la noche del Aserradero... no parecía la actitud de alguien cualquiera. Te leí, y para mí fue muy evidente que era algo personal, pero no quise indagar más. Después de lo del aeropuerto y con Goliat en la calle y libre y con todos esos *haters* campando a sus anchas por las calles y las redes sociales, entendí que tú también estabas en peligro por ser la abogada que metió a ese maltratador con «tantos fans» en la cárcel. Porque las casualidades no existen. No me gustó la idea de verte desprotegida y con esa etiqueta a tus espaldas, así que llamé inmediatamente a Koda y a Lonan para que nos ayudaran. Si habían atacado a Blanch en el baño del aeropuerto, podía haber sido una desastrosa coincidencia o podría haber sido un intento de homicidio muy preparado que demostrase que a esa chica se la tienen jurada. Así que urgí a Karen para que consiguiera un permiso para

llevarnos las pertenencias de Blanch del requisito de la policía y ver qué podíamos sacar de ellas.

Shia escuchaba con tanta atención a Dasan que no le podía quitar la vista de encima.

—Pero ¿por qué?

—Su móvil y su ordenador.

Ella parpadeó dos veces para encontrar la respuesta en su cabeza.

—¿Sus emails? ¿Habéis hurgado en ellos?

—No exactamente —contestó Dasan—. Llamamos a Nick para que nos ayudase. Analizamos el móvil y... bingo.

—¿Qué?

—Alguien hizo un duplicado del móvil de Blanch. Y se lo hicieron el día anterior de venir a Nevada. En el móvil tenía toda la información de los vuelos, todo el *planning* semanal, todas las conversaciones contigo... —explicó sin dejar de comer—. Todo. La tenían perfectamente controlada.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Existen programas fantasmas que copian las sim de los móviles, absolutamente todo lo que tienes guardado en él, meten la tarjeta en otro móvil y aprenden todo sobre ti. A Blanch le hicieron eso.

Shia se levantó del taburete, nerviosa por la información.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Shia, siéntate y tranquilízate. Está todo bien.

—¿Cómo va a estar todo bien? Tengo la piel de gallina.

—La pudieron seguir en Chicago. Estar lo suficientemente cerca como para hacer una copia mediante un wifi común o bluetooth. Estos programas fantasmas que hacen duplicados, tienen una trampa. Dejan una huella, una especie de localizador parecido a la de un repetidor móvil... ellos os tienen controladas, pero nosotros a ellos también. Supe que estabas en peligro porque imaginaba que estaban leyendo los whatsapps que intercambiabas con Blanch. Le hablaste del evento al que ibas a ir esta noche. A qué hora ibas a llegar... cómo ibas a ir vestida...

—Sí —confirmó ella cerrando los ojos consternada.

—Bien, el repetidor se movió esa noche. Hicimos una copia del móvil de Blanch, otra duplicación. La llevo yo encima —dijo sacando el móvil del bolsillo del pantalón. Era un iPhone X—. Mira, te voy a enseñar cómo funciona —lo desbloqueó mirando la pantalla y abrió una aplicación especial en la que salían cuatro perfiles—. Un perfil es mío. Otro el de Blanch. El otro es el del agresor. El otro es tuyo.

—¿Mío? ¿Me están siguiendo a mí?

Dasan sujetó su mano para tranquilizarla. Y el efecto fue inmediato. Shia no pudo dejar de sentirla durante el resto de su conversación.

—Sí, es tu móvil detectado por el localizador del mismo programa. Cuando el agresor está cerca de mí o de Blanch o de ti, se activa una alarma y muestra inmediatamente dónde está cada uno. Así fue como descubrí que te estaban persiguiendo. Porque el perfil de tu agresor se movía hacia ti y la alarma no dejaba de sonar. Solo tuve que seguir el GPS con vuestros perfiles moviéndose.

—Entonces —intentaba comprender lo que decía—. El agresor se puede localizar ¿no?

—Sí. Ahora ya lo tengo completamente localizado.

—¿Y a qué estamos esperando? Han ido a por Blanch y a por mí. Ya los tenemos. Llamamos a la policía y...

—No —Dasan negó con la cabeza—. No funciona así. Llamaremos a la policía cuando sea el momento, antes no. Les tenemos que coger por sorpresa. No tienen ni idea de lo que sabemos. Nick está intentando registrar el móvil del agresor y ver si está contactando con alguien más que le pueda dar directrices.

Ella le dirigió una mirada inteligente.

—Asumo que queréis ver si Goliat está en contacto con ella.

Él asintió y dibujó una sonrisa leve.

—Mañana por la mañana tendremos el registro completo de lo que esa persona esté haciendo en su móvil. Creemos que tiene el móvil crackeado y compartido con dos sims distintas. Uno es el duplicado de Blanch. El otro el suyo personal. Nick está entrando en el código imei para comprobarlo. Cuando tengamos lo que necesitamos, decidiré qué es lo que tengo que hacer.

Ella volvió a sentarse y a jugar con la comida.

Pensativa y cabizbaja. Ahí estaban, violando leyes de privacidad y derecho a la intimidad. ¿Importaba si se hacía para proteger a una amiga y a sí misma? ¿Cambiaba el delito si era por un motivo noble? No. Shia sabía que no. Estaban cruzando una línea por ella. Por Blanch. Los Kumar y sus amigos parecían reírse del sistema y actuar según sus principios. Y ella aún no sabía si estaba de acuerdo con ellos o no.

—Debe ser contradictorio para ti —murmuró Dasan entendiéndola a la perfección y acabándose su plato de comida antes que ella. Bebió un vaso entero de agua y continuó—. Eres recta y respetuosa, y ya sé lo que piensas de los que nos saltamos las reglas. Pero, a veces, solo puedes hacer cumplir la ley saltándotela. Y a mí no me importa hacerlo si es para ayudarte. Deja que haga esto por ti.

Aquel develamiento avivó algo en ella. La hizo sentir bien. Al menos, sí la apreciaba a su manera.

—Te estás metiendo en un lío. Si descubren lo que hacéis y después hay un juicio... —sacudió la cabeza disconforme.

—¿Y por qué debe haber un juicio? —él sonrió malicioso—. Primero hospital. Después cárcel.

Shia se cubrió la cara con las manos y después entreabrió los dedos para mirarle de manera escéptica.

—No lo dices en serio.

—No estoy para bromas —se encogió de hombros.

—Yo tampoco —dijo ella metiéndose en la boca la última cucharada de arroz—. Me duele la cara, y me han pisado la pierna como si quisieran reventar un globo. Mi humor ahora mismo es bastante oscuro.

Dasan se levantó y miró su plato vacío.

—¿Vas a querer más? Hay más.

Ella se echó todo el pelo rubio hacia atrás y negó con la cabeza. La mirada que le dirigió a través de los cristales de las gafas tenía su propio lenguaje.

—Gracias por cuidarme y por haber venido a por mí.

—Vi la señal del murciélago en el cielo —contestó tomándole el pelo—. Es mi labor. Ayudar a las abogadas rubias con antifaces de Catwoman.

—Qué gracioso.

—Antes te hacía más gracia.

—Antes las cosas eran de otra manera.

—¿Seguro que no quieres más? —cambió de tema radicalmente.

—No, gracias. No quiero nada más. Ya había cenado antes de ir al Reino. Pero de repente se me ha abierto el estómago otra vez.

—Es por la adrenalina —comentó Dasan recogiendo los platos, enjuagándolos y poniéndolos en el lavavajillas—. Hace que se te abra el estómago. Cuando pasas por una fuerte situación de estrés, segregas adrenalina y no tienes hambre. Pero eso baja del mismo modo que sube. Una vez recuperas la estabilidad, solo quieres llenar la panza otra vez.

—Hablas como un experto. ¿Te ha pasado mucho?

—En los Delta sí —explicó, limpiándose las manos con el trapo blanco de la cocina—. Mis hermanos y yo nos dábamos auténticos atracones cuando volvíamos de las misiones. Y también nos pasaba lo mismo en los torneos de póker.

Shia apoyó los codos en la mesa y la barbilla entre sus manos. Estaba encantada. Por primera vez, Dasan le hablaba de su vida. De sus batallas.

—Tuvo que ser muy duro.

—¿Los Delta? Sí —aseguró—. Pero nos ayudó a tener disciplina —tomó asiento a su lado de nuevo—. A estar el uno para el otro. A pelear sin miedo.

—¿Viste a gente morir?

—Sí.

—¿Llegaste a matar?

Dasan asintió sin bajarle la mirada.

—¿Alguna vez estuviste a punto de morir?

—Alguna vez.

—¿Tienes pesadillas?

—A veces —reconoció—. Todos tenemos. Coges armas, apuntas, te apuntan... haces operaciones arriesgadas a vida o muerte... Pero luego regresábamos al cuartel e intentábamos celebrar que seguíamos con vida. A mí no me cuesta estar bajo presión ni en tensión. A ninguno de nosotros —se encogió de hombros.

—No os da miedo nada a los calavera ¿eh? —lo tanteó.

—No. Nada no —contestó con sinceridad y una intensidad inusitada en sus ojos plata.

Shia sonrió nerviosa.

—Me refiero a que si tenéis que encañonar a alguien lo hacéis. Si tenéis que apostar fortunas lo hacéis. Si tenéis que poner en jaque a una ciudad y a sus políticos corruptos, lo hacéis.

—Sí.

—Vais a por todas.

—Claro.

—Pero tenéis que tener claro que lo que queréis vale la pena —arguyó bajando la mirada porque no resistía toda aquella intriga en los ojos del Kumar.

—Solo se puede vivir la vida de un modo. O se apuesta a todo, o no se apuesta.

Él no había apostado por ella. Señal de que no la querría lo suficiente.

—Solo hay que encontrar algo que de verdad desees para luchar por ello.

—¿Tú has luchado por algo que realmente hayas deseado, Shia?

Dios. ¿Podía ser más incómoda la conversación? ¿Por qué quería tanta honestidad de repente?

—Sí —Había luchado por ti, pedazo de tonto—. Pero no lo conseguí. Si juegas, también hay que saber perder.

Él se pasó la mano por el pelo y movió un músculo de su mandíbula tensa.

—Yo no sé perder. No paro hasta que lo consigo.

—Hay cosas que no están hechas para uno. Cuando no puede ser, no puede ser. Posiblemente deba ponerme metas más realistas.

—No hay metas imposibles.

—Ya... lo que tú digas —se levantó de la butaca. Quería irse a la habitación corriendo antes de derrumbarse. Él solo era un hombre. Pero era el hombre del que estaba enamorada. No podía hablarle así...

—Ve al sofá y bájate los pantalones, Shia.

Ella, que estaba dispuesta a irse de ahí y a darle las buenas noches, se detuvo en seco, con cara de pasmo.

—¿Perdón?

—Quiero verte la herida de la pierna. Voy a traer el botiquín y a comprobar que esté bien.

—Eh... no.

Fue el modo en que lo dijo y la expresión de él. Sabía que lo enfadaba si no le hacía caso. Pero no pensaba bajarse los pantalones ante Dasan. No quería hacerlo porque... porque no. No estaba preparada. Y se sentía excesivamente vulnerable con él. No quería quedarse de nuevo a solas con ese hombre en una situación indefensa.

—Solo quiero echarle un vistazo.

—Estoy bien —contestó nerviosa—. No es nada. Lo que quiero es descansar. Tengo sueño —mintió—. Creo que me iré a dormir ya.

—Duerme todo lo que necesites. Yo montaré guardia —forzó una sonrisa de disculpa.

—Sí. Bien.

Él no añadió nada más. Asumió el rechazo de Shia pero, aunque era merecido, no le sentó nada bien.

La joven le dio las gracias de nuevo por todo, por salvarla, por darle de cenar. Pero no quería más atenciones. Así que se alejó de la cocina.

Él la contempló penetrantemente mientras subía las escaleras sin mirar atrás ni una vez.

Shia nunca sabría la ganas que tenía de abrazarla y de besarla. La herida era solo una excusa para poder tocarla. Para derribar esas barreras y permitirle acercarse a ella de nuevo.

Pero la abogada era una mujer de Ley en muchos aspectos. No iba a traicionarse a sí misma y a entregarse a él otra vez.

Ya lo había juzgado.

Y era culpable.

## CAPÍTULO 9

Eran las tres de la madrugada. Acababa de desvelarse debido a una pesadilla. Había soñado que su agresora acababa con Blanch y después con Dasan, delante de ella.

Había logrado dormirse, pero la pesadilla la acechó demasiado pronto y la alteró sin más, propiciando que abriera los ojos antes de tiempo. La habitación era perfecta, cómoda, limpia... La luz de la luna se colaba a través de las puertas del balcón. Estaba en casa de Dasan, no tenía por qué sentir miedo. Aquel era un lugar seguro.

Pero lo tenía. Estaba atemorizada.

Se incorporó y se quedó sentada entre el amasijo de las sábanas y la colcha blanca de la cama. Le palpitaba el pómulo y terribles pinchazos le taladraban ese lado de la cara.

Debería levantarse para tomarse un antiinflamatorio e ir a por hielo. Necesitaba ese frío para que la sacara de aquella momentánea ansiedad y de aquella frustrante angustia que atenazaba su pecho.

Sin hacer mucho ruido, salió de la habitación de puntillas. La pierna le dolía, pero no tanto como el rostro. Solo necesitaba hielo, medicación y seguro que volvería a recuperar el sueño otra vez.

Bajó los peldaños de las escaleras de madera con cuidado de que no tabletearan con exceso. Descalza, sin calcetines, se asomó al salón y caminó hasta la cocina.

El reloj de diseño que pendía de la pared marcaba las tres y cinco de la madrugada. Desde las ventanas panorámicas de cristal vislumbraba el lago Tahoe y los árboles que lo rodeaban. El jardín de la casa le parecía súper cálido y acogedor, tenía un estilo parecido al de la casa de Karen, sin ser tan vanguardista, pero el paisaje que englobaba era igual de cautivador. Hacía que uno se quedase enganchado en el brillo nocturno del agua y en los rayos de la luna que dibujaban brillantes titilantes sobre la superficie.

Abrió la nevera con cuidado y metió la mano en uno de los cajones del congelador. Agarró una bolsa de plástico hermética de donde había cogido Dasan la anterior, metió cinco cubitos gigantes, cerró la nevera de nuevo y dejando ir un leve suspiro, apoyó la bolsa sobre su pómulo amoratado. Se sentó en el taburete y se quedó en silencio, apoyada encima de la mesa donde habían cenado. Pensaba en todo lo que Dasan le había dicho. En el hecho de que estaba en peligro y en la seguridad que encontraba al lado del Kumar, lo aprobaba o no.

Y por encima de todo, pensó en qué iba a hacer ella cuando se pusieran manos a la obra en busca de sus agresores. ¿Qué quería hacer? ¿Podía dar la espalda a todo aquello? ¿Quería ser partícipe?

Dasan le estaba demostrando mucho implicándose con ella en esas cosas. Ella no podía ser su pareja ni la chica que él estaba esperando después de romper la maldición, si es que esperaba a alguna, y eso la dejaba desolada, porque no se iba a desenamorar de él así como así, sin embargo, tal vez, solo tal vez, podían ser amigos.

Cerró los ojos con tristeza y se lo negó inmediatamente. No podía ser amiga de un hombre que deseaba. Era imposible. Si hasta mirarlo y saber que no podía tenerlo le dolía. Pero él se estaba portando tan bien, que no podía hacer como si no pasara nada. Porque pasaba. Y mucho. Shia nunca se había encaprichado tan locamente de nadie y mucho menos enamorado así. Pero estaba loca por ese hombre desde que aparecieron en su bufete. Y lo había estado sobrellevando a su manera.

Sin embargo, estar en su mazmorra la había desequilibrado de por vida. Jamás volvería a ser la misma con él. Y él con ella tampoco. Si se veía que estaban incómodos a leguas ¿a quién quería engañar?

—¿Te duele?

Ella dio un brinco sobre el taburete. Del susto por poco se cayó, pero al final logró mantener el equilibrio.

Cuando se dio la vuelta para encarar a Dasan, cualquier réplica se desvaneció de la punta de su lengua.

Dasan estaba en calzoncillos. Con aquel maravilloso y esculpido torso desnudo, sus dos brazos tatuados hasta las muñecas, su pelo seco hacía un

lado deliciosamente despeinado y sus ojos grises desvelados. Como si no se hubiese dormido aún.

Era una obra de arte andante. A ella la dejaba con las ideas secas y el alma en vilo.

Dasan se acercó a ella, giró el taburete y la colocó de cara a él, apoyando la parte baja de su espalda contra la mesa.

—Un poco. Me he despertado porque... —se quedó a medias.

Dasan le quitó el hielo de la mano, para sujetárselo él mismo contra su rostro dolorido.

Lo hizo con tanta delicadeza que sintió cómo la sanaba de inmediato.

—¿Por qué te has despertado, rubia? —preguntó retirándole los mechones dorados con la otra mano.

—No podía dormir —contestó perdida en el reflejo de su mirada. ¿Cuándo la había mirado con tantísima intensidad?

—Yo tampoco.

—¿Por qué no? —quiso saber ella.

—Tú primero.

—¿Yo? Ah, yo porque me sentía el corazón en el pómulo y me dolía un poco —cuando estaba nerviosa hablaba muy rápido. Y ahora parecía una metralleta—. Y he tenido una pesadilla, que no ha sido nada, eh... pero me he desvelado y...

—¿Qué has soñado?

—Nada —dijo abruptamente—. Nada importante.

Dasan pareció percibir sus nervios y sus pocas ganas de hablar, y continuó con el hielo.

—No lo tienes hinchado. El antiinflamatorio de antes y el hielo continuado te ha hecho efecto. Pero es normal que te moleste.

Ella se pasó la lengua por los labios, para humedecérselos.

—Eso espero... No me habían golpeado nunca con un casco.

Él apretó los dientes con rabia.

—Siempre hay una primera vez.

Shia pensó que en Nevada estaba experimentando muchas primeras veces. Y todas eran malas.

Primera vez en una mazmorra con un Dómine, que no tuvo los resultados que ella esperó.

Primera vez dando el primer paso para conseguir al hombre que quería, y primer rechazo.

Primera vez que no ganaba la batalla que quería ganar.

Primera vez que la atacaban... Estaba cubriéndose de gloria.

—¿Y tú? —repasó sus facciones y se fijó en sus ojos, desvelados y despiertos—. ¿Por qué te has despertado? ¿He hecho mucho ruido?

Dasan negó con la cabeza. Concentrado en ella. Shia no tenía ni idea de cuál era su estado. Y bien mirado, ¿por qué iba a saberlo? Él le había estado enviando señales tan contradictorias y negativas que era normal que creyese que no le gustaba, o que no le importaba. Que no la quería para él. No se imaginaba el autocontrol que estaba teniendo en ese momento. Porque Shia era lo más atractivo y seductor que había visto jamás en toda su vida. Y eso que había conocido mujeres hermosas y que sus amigas del mundo de la dominación eran beldades irrefutables. Pero ninguna lo afectaba como hacía ella.

Eso era el amor. Así era. Un sentimiento que primaba por encima de todo lo demás, como Shia primaba por encima de otras mujeres. Dominaba por encima de otras. Reinaba. Shia reinaba sobre todas las demás chicas de su mundo para convertirse en la única para él.

Dasan iba a cometer una locura y se iba a dejar ir por las emociones, por sus sentimientos volubles e inesperados. No quería asustarla y parecer un loco. No quería volverla loca, eso lo tenía muy claro. Pero si Shia se alejaba, si lo hacía definitivamente, esperaba que lo hiciera sabiendo lo que él quería de ella. Lo que necesitaba de ella.

Y si había una ínfima posibilidad de que no la hubiese cagado demasiado, por pequeña que fuera, se iba a agarrar a ello. Quería luchar por ella. Quería descubrirse por ella.

Si le daba la patada, al final lo tendría merecido por estúpido, lento y cobarde. Pero moriría matando. Como los Kumar. Como un buen calavera

que era.

—Sí —contestó Dasan con tono turbulento—. Sí, has hecho mucho ruido. Ella no supo qué decir. Se quedó cortada.

—Lo siento.

—No lo sientas. Siempre que apareces haces ruido. Es imposible no mirarte.

Ella frunció el ceño.

—¿Estamos hablando de lo mismo?

Dasan le retiró las gafas suavemente, las dejó sobre la mesa y apoyó el hielo mejor sobre la parte superior del pómulos.

Él dejó ir el aire entre los dientes y su expresión se tornó dolorosa. Verla ahí sentada, con los pies descalzos, su ropa cómoda, su rostro limpio y hermoso y la cara marcada, hizo que sus entrañas se removieran y que algo apasionado lo sacudiera hasta el punto de casi hacerlo temblar. Quería cuidarla y protegerla. No solo en ese momento. La quería para siempre. Y no sabía qué iba a hacer si la abogada, finalmente, tomaba la decisión de alejarse y mantener las distancias con él eternamente.

Quería tirarse encima de ella y comérsela. Así. Sin más.

Descarnado.

Auténtico.

Puro.

Bruto.

Calavera.

—¿Dasan?

Él dio un paso atrás, luchando contra sí mismo. Iba a ser caballero y darle la oportunidad de que le dijera que no de nuevo y lo apartase. Iba a darle el arma para que lo hiriese de muerte y lo rematase.

Se alejó de ella como si quemase.

Apartó el hielo de su cara, y para Shia fue como si el frío no la fuera a abandonar nunca, por contradictorio que pareciese.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Shia. No lo veía venir. Estaba raro y no sabía por dónde cogerlo.

Él agachó el rostro y las sombras cubrieron sus facciones.

—Anda..., vete a dormir.

La joven entrecerró los ojos y se bajó de la silla observándolo como si fuera un croquis.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Shia... estoy haciendo esfuerzos para ser bueno y mantener la distancia.

Ella dio un respingo, porque no lograba encajar esa información en el espacio que había entre ellos. Ella mantenía la distancia por supervivencia, no había otra razón. ¿Y él? ¿Por qué la mantenía él?

—¿Bueno tú? ¿Eh? —su cara parecería hasta cómica si no fuera porque la tensión que crepitaba entre ambos la ponía de los nervios—. ¿De qué hablas?

Él alzó el rostro, hasta ahora oculto por su vergüenza, y cuando la encaró, sus ojos hablaban de hambre. Hambre brutal. Hambre por la carne que una calavera quisiera para sí.

—Te estoy dando la oportunidad de que te vayas a la cama, te cierres con llave y te cubras hasta la cabeza.

—Porque... —intentó adivinar burlándose. Intentaba distraerla y hacerla reír y sentir bien. Pero no se imaginaba lo mucho que le afectaban esos comentarios—. ¿Qué pasará si no lo hago?

Dasan se movió tan rápido que la acorraló apoyándose en la mesa, pero con ella entre las barreras que conformaban sus brazos tatuados. Shia no podría escapar. El cuerpo de Dasan y la madera de la isla color perla no le daban ninguna escapatoria.

—Que te voy a dar un bocado, rubia. Porque estando tan cerca, es muy fácil morderte.

Ella entreabrió la boca y sus ojos dejaron de parpadear automáticas. Se quedó de piedra al oír eso. Pero más le impactó el apetito de su mirada y de sus palabras desnudas. ¿Le estaba diciendo que la deseaba? ¿Por qué le decía eso ahora? ¿A qué jugaba?

—¿Tú me quieres volver loca? —le espetó intentando salir de ahí como

fuese.

—No.

—Para ya.

—Este soy yo hablando muy en serio —le juró.

—Deja de tomarme el pelo.

Él no dejaba de mirarle los labios y de intentar acercarse a ella, rostro con rostro. Y ella retiraba la cara, aterrada como nunca. Nada le había dado tanto miedo. Ni siquiera la agresión de esa noche.

—Dasan —le dijo con voz trémula—. No estoy para bromas. Déjame salir de aquí —le empujó para intentar moverlo de su lugar, pero parecía anclado. Ella, impotente, exclamó—: ¡No juegues!

Él se acercó un poco más, le tomó una mano y se la posó en su entrepierna.

Ella tragó saliva. Se le cortó la respiración y sus mejillas enrojecieron.

—¿Crees que estoy jugando? —le dijo en voz baja—. Así es como estoy cada vez que estás cerca. Esto es lo que tú haces conmigo. Y sé que es culpa mía que creas que esto no es de verdad —se agachó para ponerse nariz con nariz—. Es mi puta culpa, por haber sido así contigo. Pero nunca he sido tan honesto —le apretó la mano contra su poderosa erección—. Esto no miente.

Y entonces, Dasan apartó su mano de la de ella, y le sujetó el rostro con ambas manos, con cuidado de no hacerle daño en el pómulo. La obligó a ponerse de puntillas y dejó caer su boca sobre la de Shia.

No había podido pegar ojo pensando en ella. En que estaba en la habitación de arriba, durmiendo, pensando en mil cosas. La oía, la olía y solo deseaba poder meterse en su cama y demostrarle lo importante que era para él. Quería ayudarla a dormir y hacerle ver que la necesitaba, que no podía estar más tiempo sin tocarla y sin entregarse a ella.

Había tomado la decisión de no ir a su habitación y le había costado mucho.

Pero Shia había salido, tan bonita, tan indefensa, dispuesta a hacerse cargo de su dolor y no molestarlo. Y Dasan ya había tenido suficiente de todo aquello y de sí mismo. Nunca se había permitido el lujo de ir en busca de una

mujer que de verdad le tocara el corazón y le importara como le importaba ella. No había hecho nada tan terrorífico, jamás.

A él le había llegado la hora de enfrentarse a sus miedos.

Y a ella le llegó el momento de enfrentarse a él.

Dasan le dio un beso como el que siempre le hubiera gustado darle. Un primer beso que anticipaba mucho más, que hablaba de un cuerpo a cuerpo tórrido, de noches salvajes y prohibidas... Nunca había besado a Shia. Ni siquiera en las domas. Y si ella hubiese sabido las ganas que tenía de hacerlo tal vez se creería que estaba loco por ella de verdad, y no que aquel acto de sinceridad y pasión, era solo una obra de teatro por su parte.

Shia no asumía lo que pasaba.

No se lo podía creer. Pero el tacto era verdadero. Su mano sostenía el paquete de Dasan, pesado, duro, caliente y erecto. Y la lengua de Dasan estaba entrando en su boca, buscando con desesperación las caricias de la suya.

La estaba besando. Con una desesperación que no era para nada normal. Inesperada para ella. Pero tan deseada, que se vio cerrando los ojos para interiorizar el que, de largo, era el mejor beso que le habían dado en toda su vida.

Quemaba. Quemaba tanto que dolía. Recordaba un dicho que decía: «Donde hay fuego, hay alma». La de Dasan era una hoguera.

Él se apartó de su boca ligeramente y le alzó el rostro. Acarició su labio con el pulgar y volvió a besarla, con su dedo entre ellos.

A Shia la pareció tan erótico, que se le licuaron las rodillas. Mordió el dedo de Dasan y este sonrió, con los ojos completamente oscurecidos de deseo. Ella no se iba a montar una historia de amor paralela en la cabeza, cuando ya le había demostrado que no le interesaban las relaciones ni los sentimientos. Pero aquello... aquella necesidad y aquel contacto, era justo lo que necesitaba para hacer desaparecer las pesadillas, los miedos y las inseguridades que la agresión de esa noche había despertado en ella. Le estaba tocando el sexo. Era él. ¿Aquello estaba pasando de verdad?

Él se volvió a agarrar a la mesa, como si perdiera el equilibrio, y con la respiración algo entrecortada le dijo:

—No quiero que pienses que me aprovecho de ti. Si quieres, vete —unió su frente a su sien y disfrutó de los dedos de Shia en su polla—. Escapa.

Shia se aclaró la garganta. «Y una mierda», pensó. La vida era corta e inesperada. Habían estado a punto de matarla. No quería irse sin aprovechar cada segundo y cumplir por fin una fantasía. La fantasía en la que Dasan deseaba estar con ella de verdad.

Así que con la decisión tomada y los labios ardiendo, estrujó los dedos alrededor de su pene, y con la otra mano, lo sujetó por la nuca y lo atrajo de nuevo a su boca.

Ella aceptaba el guante. Que le quitaran lo *bailao*. Por alguna razón, Dasan estaba deseoso de ella, de sexo. La adrenalina también provocaba eso en los hombres. Shia lo sabía porque lo había leído. No iba a plantearse nada más. Quería quitarse la espina clavada y si se tenía que pasar la vida recordando a Dasan como lo que pudo haber sido y no fue, al menos, quería hacerlo con conocimiento de causa. Probándolo de verdad.

No sabía si era Dómine en todo momento o solo dentro de la mazmorra. Pero era lo único que quería, y el instinto que mandaba en su cuerpo clamaba por algo salvaje, algo duro que la volviera a estimular y la espoleara para sacarse la congoja y el terror de encima. Porque si recibía sensibilidad y amor, se iba a derrumbar. No quería ternura. Por eso Dasan le venía tan bien en aquel momento y en aquel lugar.

Porque él le daría lo que necesitaba.

Le metió la lengua en la boca y chocó con la de él, para enrollarla y darle las caricias famélicas que alimentarían su líbido y encenderían su hoguera interior.

El gruñido que dejó ir Dasan se pareció al de una fiera liberándose. La rodeó con sus brazos y profundizó el beso.

Ella metió la mano dentro del calzoncillo y él cogió aire por la boca y miró hacia abajo. Era increíble ver a esa chica hurgando dentro de su ropa interior y sujetándolo de ese modo.

No se decían nada. Era como si no necesitaran palabras. Solo acción.

Y a él, por ahora, ya le estaba bien. Sabía lo que le pasaba a Shia, y la entendía. Y le iba a dar lo que requería. La saquearía y se llevaría los muebles de la casa, esperando a que algún día, ella le diera la llave para que no tuviera que entrar a la fuerza.

Dasan deslizó las manos por su espalda y cuando la sujetó del trasero la izó y la levantó del suelo, para sentarla encima de la isla de la cocina. Rápidamente se colocó entre sus piernas y sin dejar de besarla, se mecía contra su mano, que lo masturbaba arriba y abajo. Era increíble.

Shia lo soltó de repente y apoyó las manos en la isla para alzar el culo. Era una invitación para que le bajara los pantalones. Dasan no tardó ni dos segundos en liberarla de ellos. Se la quedó mirando embobado, como siempre. Tenía unas piernas maravillosas y un sexo hermoso y liso.

Shia alzó los brazos, y él perdió la atención en su entrepierna para acercarse a ella y quitarle la camiseta por la cabeza, dejándola totalmente desnuda para él. En esa mesa habían cenado. En esa mesa la iba a cenar a ella.

Ella lo atrajo de nuevo y lo besó rodeándole la cintura con las piernas para que se frotara contra ella.

Dasan se bajó los calzoncillos y los dejó en el suelo, alejándolos de una patada.

Le leyó la mente y supo al momento lo que le estaba pidiendo.

Pero él le daría eso y más. Porque también quería darse un poco. Y le urgía hacer algo, como el animal sexual que era, entregado a su naturaleza primaria.

Le abrió las piernas a Shia con ambas manos, se las sostuvo y entonces se agachó y clavó una rodilla en el suelo para, a continuación, dejar caer la boca sobre su sexo.

Ella se sostuvo a la madera del islote como pudo y dejó caer la cabeza hacia atrás. Aquello era un sueño. Y si lo era, no quería despertarse.

La lengua de ese hombre era mágica. Ella no creía en la magia, pero ahora siempre recordaría que la magia existía gracias a la boca de ese calavera. Él era pasional, metódico... y caníval. Todo lo que una mujer quería para un buen cunnilingus. Ella no había disfrutado en exceso cuando sus

anteriores parejas le habían intentado hacer lo mismo. O eran toscos, o eran torpes o no conseguían el ritmo adecuado para que ella encadenara un orgasmo.

Pero Dasan... era otro lenguaje. Una lengua distinta, metafóricamente y hablando con propiedad.

La succionó y después le introdujo la lengua desvergonzadamente. A Shia ya no le daba reparo nada. Estaba dispuesta a cobrarse cada disgusto y cada mal gesto. Cuando lamió su clítoris dejó ir un gemido, porque estaba tan a punto... y él lo sabía, por eso la torturaba.

Le abrió los labios externos con los pulgares y se encargó de saborear y marcar cada recoveco entre los labios vaginales internos, desde el clítoris hasta la abertura vaginal, cada pliegue, inflamándola y dejándola levitando sobre la línea del éxtasis... Dasan dudó. Quería penetrarla ya, pero prefería que se corriera antes, porque si lo hacía bien, lograría que se corriese también por dentro.

Y quería darle tanto placer como fuese posible. Utilizó la punta de la lengua, suavemente, sobre el glande del clítoris, que estaba hinchado y salía de su caparazón y lo trató con intensidad para que se corriera.

Shia llevó las manos al pelo de Dasan, a esos mechones lisos y castaño oscuro que se peinaba siempre hacia un lado, y lo sostuvo. Empezó a temblar y a correrse.

—No pares... —le pidió.

De su boca salieron quejidos y gemidos que colmaron de alegría a Dasan. Porque comérsela así era lo que le pedía el cuerpo. Shia era deliciosa y su cuerpo se comunicaba con él a las mil maravillas. Y su orgasmo era lo más honesto y bello que había presenciado alguna vez. Besaba su orgasmo y al mismo tiempo se alimentaba de él.

En su último estremecimiento, Dasan se levantó lentamente, se limpió la boca con el antebrazo y volvió a acorralarla con las manos, ubicándolas a cada lado de sus costillas. Miró su muslo, la herida estaba roja pero la sangre se había secado con la pomada cicatrizante que le había dejado. Sin embargo, ella no quería que pensara en nada. Lo sujetó por la barbilla y se impulsó para morderle la boca y besarle de nuevo, saboreándose a sí misma.

Dasan no la tocaba, se apoyaba sobre la superficie de la mesa y permitía que Shia lo abrazara. Le encantaba cómo besaba. Era adictiva.

Entonces ella llevó una mano a su pene, pero él la agarró de la muñeca y negó con la cabeza.

—No.

La mirada de Shia se volvió furibunda. Estaba a punto de proferir alguna palabrota, porque no quería que la dejara otra vez dispuesta e incompleta. Pero Dasan le cubrió los labios con la mano y acercó su boca a su oído para decirle.

—No. Así no.

Shia se liberó de su amarre, pasando olímpicamente de dominaciones no acordadas y espetó con la valentía de las inconscientes:

—¿Así no? Pues si no es así, no será de ninguna manera.

—¿Ah no? —la provocó con una sonrisa divertida.

—No. No voy a aceptar sucedáneos o que me metas cualquier cosa que no seas tú. Esta no es tu mazmorra —le dijo dejando ir parte de la rabia que había sentido por su estafa.

Y entonces Dasan la cogió en brazos y le dio la vuelta, poniéndola boca abajo y permitiendo que parte de su torso quedase apoyado sobre la madera.

Shia se quedó tan sorprendida que por un momento perdió el sentido del espacio y de la ubicación.

—Cuando te digo que así no —le dijo cerniéndose sobre su espalda y agarrando sus nalgas para tirar de ellas y colocarlas como quería—, es porque no quiero quedarme fuera ¿entiendes? —le mordió el lóbulo de la oreja y sujetó su muslo derecho para poder abrirla como necesitaba. Shia tocaba de puntillas en el suelo con su pie izquierdo y curvaba la espalda hacia atrás, apoyándose en las manos—. Quiero estar dentro —se agarró la erección y acercó el glande a su entrada estrecha y resbaladiza. Clavó bien los talones en el suelo y se impulsó hacia adelante, hasta meterse en ella, centímetro a centímetro.

Shia cogió aire, sorprendida por su tamaño y por la invasión tan certera y profunda en aquella posición. Pero sabía que estaba completamente en su

interior, porque lo notaba alojado en lo profundo de su cuerpo y notaba el frío de la piel de sus testículos rozando su clítoris inflamado.

Dasan le rodeó la garganta con una mano noble y dulce, y la cubrió con su musculoso cuerpo para decirle.

—¿Lo quieres así?

Ella cerró los ojos al sentir el movimiento y las estocadas. Era maravilloso. Miró al frente y vio su reflejo en las ventanas panorámicas. Y le pareció excitante. Estaban los dos desnudos, y los brazos tatuados de Dasan la sujetaban. Una mano marcándole el cuello, presionándola sin asfixiarla, solo para que notase su dominación. Y la otra campando libre por su cuerpo, manoseando sus pezones, tirando de su piercing... El sonido del sexo y de la posesión relleno cada esquina de ese salón abierto con vistas escénicas y paisajísticas.

—Contéstame.

La voz autoritaria de Dasan el Dómine reverberó en su clítoris. Sintió placer hasta en el pezón que torturaba. La puso tan caliente que se mordió el labio inferior y contestó:

—Dios... sí. Sí... así.

Dasan la penetró a un ritmo constante y duro. Le besó la mejilla que no tenía magullada y pasó la lengua por su garganta, succionándola y marcándola, al tiempo que sacudía el interior de su cuerpo, hinchándose por la fricción, humedeciéndolo por el gusto y el placer, lubricándolos a ambos.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Dasan mirando al reflejo de la ventana.

Shia era incapaz de apartar los ojos del cuadro que formaban los dos. Ella delante, más pequeña y blanca; él más alto, más ancho, más moreno, con mucho más cuerpo... Podía quedarse mirando toda la noche.

—Sí —susurró Shia agarrándose con fuerza a la madera.

—A mí también —espetó entre bocanadas de aire—. Podría mirarte toda mi vida y descubrirte cada día como la primera vez.

Shia echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el hombro de Dasan.

Él entraba y salía a placer. Sus testículos golpeaban la parte delantera de su vulva, y su prepucio la golpeaba hasta el final. La mano que no la sujetaba por la garganta se deslizó

por su vientre hasta posar sus dedos en su clítoris.

—Te vas a correr, Shia —le musitó—. Es increíble follarte así... Y yo me voy a correr contigo. Cuando yo te diga, preciosa. Eres tan bonita...

A la vez. Nunca se había corrido a la vez con nadie. Pero nunca nadie la había mirado como la miraba Dasan a través de los cristales del ventanal. Sus ojos brillaban. Los de ambos. Y parecían más claros que nunca.

Se impulsó hacia adelante con fuerza y ella recibió la penetración aguantando el envite. Se quedó adentro unos segundos y entonces le ordenó.

—Ya estás. Ahora.

Dasan se empezó a mover a un ritmo medio, pero tan profundo y potente que ella misma notó cómo se deshacía por dentro y el orgasmo la barría por completo como un tsunami. Como le barría a él y se vaciaba en su interior, palpitando, dejando ir un leve gemido y desplomándose sobre ella.

Los dos se quedaron sobre la isla, sudorosos, prensados el uno sobre el otro, como si fueran cartas. Marcadas, pero bocaabajo.

## CAPÍTULO 10

Erótica ,

No acabó ahí.

Shia pensaba que después del orgasmo en la isla de la cocina, la iba a dejar recuperarse y meditar en lo que había sucedido. Creyó que podría pensar en ello, recapacitar y asumir que era un lance de la adrenalina, una consecuencia del estrés y de los nervios sufridos.

Tal vez era lo que necesitaba. Dormir, con el cuerpo complacido y el espíritu agitado. Ocultarse en el mundo aparte bajo la intimidad de las mantas, cerrar los ojos y decidir que aquello no significaba nada más.

Pero Dasan no lo creía así.

Era una bestia imparable. Un hombre que experimentaba un anhelo imperioso de conquistar su cuerpo como si fuera un país.

Y Shia, se dejó hacer. Porque sus besos eran tóxicos y narcóticos. No había lugar por el que su lengua no pasara. Estaba sufriendo una posesión Dasánica, sin lugar a dudas.

La subió a la habitación y allí, sin juegos ni más preliminares sin sentido, le dejó sus intenciones muy claras. Se tumbó encima de ella, entre sus piernas y se apoyó en un codo para lamerse los dedos de la mano y poder mover sobre su vulva.

Shia tenía la garganta seca de las bocanadas de aire que estaba cogiendo. Dasan no la dejaba descansar, y estaba claramente sobrepasada. Y en un limbo de placer irreversible mientras él estuviera con ella.

De repente dos dedos de Dasan estaban en su interior. Él tenía unas manos grandes y fue una invasión considerable. Él la besó y la trabajó para introducirle un tercero. Los movió, como si quisiera hacer su entrada más grande, y disfrutó de lo húmeda que estaba. Le hizo el amor con los dedos, llegando a recovecos de placer que ella no sabía que tenía. Shia lo agarró de

la cabeza y profundizó el beso mientras alzaba las caderas y acompasaba el ritmo de los dedos.

Él era una droga. Lo era todo. El cocinero, el camello y la droga. Pero justo cuando iba a correrse, Dasan se apartó de encima de ella y colocó su cara entre sus piernas.

—¿Qué haces? —preguntó contrariada.

Él empujó la parte trasera de sus muslos con sus anchos hombros para tenerla bien abierta y expuesta. Pasó dos dedos por encima de su raja, de arriba abajo y le mordió una nalga con cariño.

—Joder... Shia —murmuró él mirándola incrédulo—. Eres muy comestible. Tan lisa, tan... perfecta.

Cuando la miró por encima de su monte de Venus ella no supo qué contestar. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y se preparó, porque sabía lo que él iba a hacerle.

Dasan la estaba besando ahí. No lamiendo, no hurgando. La besaba.

Era una locura para Shia. ¿Qué mierda significaba todo eso? Daba igual. Ya lo pensaría. Lo único que quería era saborear esa experiencia y memorizarla bien.

Y de repente, él hizo algo oscuro y pervertido. Le pasó la lengua por el orificio anal, con pericia y lentitud.

Shia dio un respingo y él sonrió sujetándola en su lugar, clavándola al colchón.

—No... —murmuró avergonzada.

—Ya lo creo que sí —contestó él encantado con la idea—. Me muero de ganas de hacértelo.

—Yo nunca he hecho eso —aclaró ella cubriéndose los ojos con el antebrazo.

Dasan la estudió, y la miró con extrañeza.

—El sexo aburrido y sus limitaciones... —dijo como si estuviera enfadado—. ¿Cómo no te han tocado así?

—Vale, hablemos de otra cosa.

—No, joder —expresó estupefacto. Y entonces, su mirada se tornó dichosa y sus labios sonrieron—. Voy a ser el primero.

Shia no pudo decir ni que sí ni que no. Él no la quería pensando. Solo disfrutando.

No podía ver a Shia asustada y más cuando él no la iba a dejar sola y la iba a proteger en todo momento. Pero como no tenía su total confianza para que se relajase, al menos, haría algo por ella de verdad, le iba a triturar el cuerpo con orgasmos, con placer, para que solo pensara en él y en lo que le hacía a su cuerpo.

Dasan dejó caer la boca sobre su sexo abierto y rosado. La cuidó a conciencia, y cuando creyó que era el momento, utilizó la humedad de sus labios internos para trasladarla al ano.

Shia no dejaba de moverse. Dasan deseó estar en su mazmorra, atarla y ayudarla en su necesidad de ser sometida, porque era lo que de verdad buscaba. Sabía que sus otras parejas no lo habían logrado, porque Shia era muy fuerte y probablemente hizo con ellos lo que quiso, hasta que se aburrió. Pero él no era ni de lejos como sus ex.

Él sí sabía darle lo que deseaba. Ella no tenía mucha fe en su capacidad de dominancia, por lo mal que lo hizo en el cabil... pero estaba muy equivocada. Era un Dómine. Uno inflexible y muy hijo de puta, si su sumisa se lo merecía.

Pero con Shia no debía olvidar que iba a ser muy diferente, porque estaba enamorado de ella. Y esa abogada lo iba a poner en jaque tantas veces como le diera la gana, porque además de sumisa alfa, era una Brat provocadora. Era una de esas chicas que lo tentaba y lo provocaba riéndose de él y diciendo: «Tú quieres que me someta. Yo necesito someterme un rato y dejar de ser tan poderosa. Pero no te lo voy a dar gratis. Empléate a fondo y gánate mi respeto». Solo de pensar en lo intenso que iba a ser en la mazmorra cuando ella se prestase a entrar de nuevo, se ponía a eyacular como un inexperto.

No obstante, no estaban en la mazmorra, y también adoraba hacérselo así a Shia. En la cama. Sería mucho mejor si la atase al cabezal metálico y ella dejara de intentar apartarlo. Pero no quería perder más tiempo. Lo iba a conseguir así.

Ese culo iba a ser suyo. No como quería, porque iba a esperar.

Pero sí iba a marcarlo.

Dasan enterró la lengua por la abertura de la vagina y la introdujo en su interior todo lo que pudo.

Shia dejó ir un gemido, y en ese momento, con su dedo corazón, empezó a tantear su puerta trasera.

Ella se tensó, impresionada por las sensaciones.

Y en ese momento decidió que debía avanzar. Sin dejar de mover la lengua dentro de ella y acariciándole el clítoris con su labio superior, introdujo el dedo hasta la primera falange.

Era muy estrecha. Mucho. Normal si no había ejercitado esa parte de su cuerpo nunca. Pero también era receptiva. Entonces, coló el dedo entero hasta el nudillo.

Shia le agarró de los pelos de la cabeza, como si así pudiese obligarle a sacarlo. Pero no solo no lo logró. Dasan empezó a mover el dedo y a lamerla por delante, y las sensaciones contrapuestas se fueron difuminando con el paso de los segundos, hasta encontrarse en una misma línea de intensidad y placer ardoroso.

Era inceíble.

Shia tenía los ojos húmedos, como si estuviese a punto de echarse a llorar. Miraba a Dasan entre sus piernas, y él no le quitaba ojo de encima, controlando cada reacción.

Los azules de ella, los grises de él y solo la verdad descarnada que impregnaba la habitación con el olor de sus cuerpos conociéndose. Eran ellos.

Solo ellos.

Dasan cerró los ojos, gustoso de poder hacerle aquello. Y Shia se mordió el labio inferior, a punto de desaparecer de la faz de la tierra y convertirse en fuego artificial.

Y de repente, fue consciente de la lengua y del dedo al mismo tiempo, como si los dos conductos se frotaran levemente, y ahí perdió las riendas por completo.

Se curvó sobre el colchón de la cama, su espalda en arco y su melena rubia desparramada por las sábanas blancas y dejó ir un sollozo largo y liberador. Su orgasmo ya no era un rehén. Era una explosión libre, que acabó cubriendo su cuerpo como lenguas de fuego eléctricas.

Y en todo ese momento, Dasan estuvo ahí.

Disfrutando de sus temblores, de sus gemidos.

Del modo en que su cuerpo sincero se abría para él.

Y esperó que llegara el momento en que ella confiase en él para abrirle también, sin reservas, su alma. Porque esa vez, no pensaba desperdiciarlo y huir como un gallina.

Esta vez, se iba a comer su corazón, como le había comido su centro de placer.

Y no se iba a cansar jamás de hacerlo. Un Kumar sabía cuando le había llegado el momento de darse y someterse a su manera.

Y Shia exigía su cabeza.

Él se la iba a dar.

Sacó el dedo poco a poco y volvió a saborearla entre las piernas.

—Por favor... para.

Dasan dijo que no.

Ella estaba tan sensible que entendía que la sensación de su lengua en ella fuese hasta dolorosa. Pero no le importó. Quería que se acostumbrara a él.

Dasan quería mucho más, y Shia tenía un motor que en cuanto se calentaba podía tirar millas, pero la joven estaba tan agotada que, al final, se durmió con la boca de Dasan lamiéndola entre las piernas.

Verla dormir lo hizo sentirse bien. Como si hubiese cumplido su trabajo.

Y logró relajarse, colocando su mejilla sobre su vientre y cubriendo el pecho con piercing con una de sus manos.

Ojalá pudiera quedarse ahí para siempre, ese fue el último pensamiento del mediano de los Kumar, antes de cerrar los ojos y soñar con Shia.

Posiblemente, desde esa noche, nunca se la podría quitar de la cabeza.

## *A la mañana siguiente*

Cuando abrió los ojos, el bosque y el lago la rodeaban y la alumbraban con tonos verdes y azules propiciados por el reflejo del sol en el paisaje.

Era, de largo, el amanecer más bonito que nunca había tenido la fortuna de vivir. Su cuerpo laxo y maleable estaba dolorido, pero tan complacido y saciado que el ardor y la irritación le daban igual.

Se recogió las rodillas y apoyó la mejilla sobre estas, contemplando la belleza que la cercaba como el abrazo de una buena amiga.

Dasan y ella habían follado. No sabía si a eso se le podía llamar hacer el amor.

Ella tenía sentimientos, por mucho que los quisiera enterrar, pero conocía al Kumar. Sabía que era experto en dar una de cal y otra de arena. En ser atento, amable y adorable para después ser alguien muy indiferente y rudo. Y lo último que necesitaba en esos momentos era que le hiciera daño o la volviera loca otra vez.

Así que haría bien de protegerse.

Dasan podía decirle en ese momento si le daba la gana que le importaba y la quería, pero ella no se lo iba a creer. Porque era poco constante y por quedar bien, después le hacía imaginarse cosas que no eran.

Y ojalá lo fueran. Ojalá todo lo que rodease a Dasan y a ella fuese real. Pero no podía engañarse. Era abogada. No le tomaban el pelo ni se dejaba cegar por el mejor sexo que había tenido ni por el guapísimo de Dasan, que era un rompecorazones empedernido y que no quería relaciones ni vínculos. Ya le había quedado claro.

Ahora solo tenía que convencer a su corazoncito de que era así y de que no lo estereotipase de ningún otro modo. O se llevaría otro batacazo.

Se levantó de la cama y buscó su teléfono. Iría a ver a Blanch de nuevo. No sabía si le podía decir lo que Dasan había descubierto... no sabía qué podía contarle.

Todo era tan retorcido que daba miedo. Pero ya no sentía ese entumecimiento limitante. Ya no estaba aterrorizada.

Dasan había exorcizado al demonio de la ansiedad y la angustia a base de orgasmos. Shia no era tonta, sabía que el miedo picaba una vez y dos, y hasta tres veces... pero agradecía sentirse así, aunque fuera al amanecer, y entre las sábanas que olían a él y a ella.

El calavera había tenido el detalle de recoger la ropa que ayer le quitó en la cocina, y dejársela dobladita sobre el sillón orejero que miraba hacia el ventanal.

Qué atento. Qué ordenado.

Vaya días le esperaban... Cuando saliera de esa casa se le caería el mundo encima. Mientras tanto, allí se resguardaba y se hacía fuerte.

Se tocó entre las piernas y se notó hinchada y húmeda. Qué bien. La primera vez que la irritaban y no en el mal sentido de la palabra, pensó sarcásticamente. Se olió la piel de las manos, de las piernas, del cuerpo... olía a él.

Sonrió patéticamente.

—Así no, Shia. Así no —se dijo reprobando aquella actitud de enamorada.

Se levantó de la cama y se dirigió a la ducha. Las habitaciones de Dasan, que tenía cuatro, eran *suites*. Todas tenían su propio baño. Era como una minicasa ducal para invitados. ¿Para qué querría Dasan tantas habitaciones?

En la ducha, bajo el agua caliente, Shia abrió la boca y dejó que el chorro la inundara.

Quería tomárselo con calma, pero solo hacía que pensar en que tenía que volver a su bungalow y recobrar la normalidad. A Blanch le darían el alta pronto, y ambas debían sentarse para programar su plan de ataque.

Porque si Goliat estaba detrás de todo aquello, debía poderse demostrar.

Y aunque era muy goloso aceptar el plan de venganza ciega de Dasan, no era su manera de trabajar ni de proceder.

Posiblemente tardaría mucho más en obtener toda la información que necesitaba. Lo único que le hacía falta era tiempo. Y que los Kumar le dejasen hacer las cosas a su manera.

Una vez ya vestida y preparada para afrontar el sábado a sabiendas de que alguien la había querido matar, bajó al salón, donde de nuevo, se encontró a Dasan, sentado en el sofá, atendiendo al móvil muy concentrado. Llevaba una camisa blanca de las suyas, de esas estrechas y cuello japonés. Unos tejanos claros y un calzado deportivo. Y el ambiente olía a él, a su colonia. Era la Jean Paul Gaultier. *Le Male*. Lo sabía porque él siempre solía llevar un frasquito encima. Y Dasan era de ideas fijas, siempre olía igual, por ende, era fiel a su esencia personal.

En cuanto lo miró, su estómago se removió y le hizo recordar todo lo que habían compartido la noche anterior.

En la cama había sido terroríficamente bueno. Nadie lo superaría, eso lo sabía. La había tocado como si conociera todas sus teclas secretas, y supiera lo que le gustaba.

Pero debía actuar con naturalidad, como si en el fondo, nada hubiese sido tan importante como parecía. Solo fueron dos amigos teniendo sexo.

Punto y final. Ni perdices ni finales felices.

Frente a la mesita de centro plegable de color rojo y acristalada, el Gunlock había servido un desayuno con bollería, zumos, cafés y tostadas con mermelada, crema de cacahuets y embutidos.

Ella suspiró agradecida, se hizo fuerte ante su embrujo y se dirigió al sofá.  
—Buenos días.

Dasan dejó el móvil sobre la mesa y se levantó como si hubiese tenido un muelle debajo del trasero. Su cara era un poema.

Se medio sonreía y al mismo tiempo, sus ojos cenicientos rebosaban una intensidad abrumadora.

—Buenos días, bonita.

¿Bonita? Madre mía, así no lo iba a superar. ¿Por qué parecía tan distinto?

—¿Has dormido bien? Ven. Siéntate a mi lado —le señaló el sofá—. Quería desayunar contigo. He pedido muchas cosas. Y te he traído chuchos de crema. Sé que te gustan.

Ella carraspeó, incómoda por tanta atención.

—¿Cómo sabías que me gustan?

—Porque me gusta observar, Shia. Sé lo que has comprado en el Orleanini. Ya te lo dije. Sé muchas cosas de ti.

—¿Son de allí?

—No. Cerca de aquí hay una panadería —contestó—. A ver, déjame ver —le tomó el rostro con una mano y lo inclinó a un lado para mirarle mejor el hematoma—. Tienes que ponerte más hielo y alguna crema para absorber el coágulo de debajo. Se te va a amoratar.

—Ya se me está amoratando —explicó—. Pero me lo he maquillado.

Dasan parecía que esperaba algo de ella por el modo que tenía de mirarla y de acariciarle la barbilla. Iba a decir unas palabras y parecía que quería acercarse a su boca.

Ella se aclaró la garganta y retiró un poco la cara. No sabía dónde meterse. ¿Quería besarla? ¿Era eso?

De repente Dasan se sentó y tiró de ella para que se quedara a su lado. Por un momento se imaginó sobre sus rodillas, desayunando como una pareja de enamorados que no eran y la idea le gustó tanto que se odió por ser tan floja.

—¿Qué plan tienes hoy? —Dasan tomó su café que le habían puesto para llevar y se lo ofreció a Shia—. Toma.

—Gracias —ella lo miró de reojo y se calentó las manos con el vasito de cartón. Aún estaba ardiendo. Como a ella le gustaba—. Quiero ir al hospital a ver a Blanch. Y también al bungalow.

—No. Denegado —dijo Dasan.

Ella parpadeó como si le hablara en otro idioma.

—Es que no te estoy pidiendo permiso, Dasan —aclaró.

—No vas a quedarte sola en ningún sitio. Pensaba que ayer te quedó claro con lo que os está pasando.

—No tiene por qué volver a pasar —contestó—. No puedo vivir con miedo ni con un guardaespaldas.

—No quiero que vivas con miedo. Por eso estoy contigo —sentenció mordiendo una tostada untada con crema de cacahuete y mermelada—. Hasta que acabe con toda esta patraña.

Shia dejó ir el aire por la boca con frustración.

—No eres un Vengador.

—Ya lo creo que sí —aseguró inflexivo.

—No me gusta eso.

—A mí no me gusta la guerra en el mundo, pero el mundo está en guerra —se encogió de hombros.

Ella sabía que iban a tener esa discusión de nuevo cuando sacara el tema. Pero tenía que dejarlo claro lo antes posible.

—No quiero hacerlo así.

—Shia —se giró para enfrentarse a ella. Masticaba la tostada sin apenas saborearla—. ¿Cuánto tiempo crees que vas a tardar en recopilar pruebas contra tus agresores y los de Blanch? ¿Cuánto vas a necesitar hasta que puedas acusar a Goliat? Este tío está protegido por todos los que chupan de él. No puedes luchar tú sola contra todos. Ni tú ni Blanch podéis.

—No quiero hacer las cosas como las hacéis vosotros. No me parece sensato.

—Ayer te reventaron la cara con un casco, maldita sea —dijo perdiendo un poco los nervios—. ¿Te parece sensato eso?

—Dasan, ya lo sé. Y te he agradecido mucho lo que hiciste por mí. Estoy en deuda contigo. Pero no quiero que os metáis en mis problemas ni en los de Blanch. Para un juez es muy fácil anular pruebas que se hayan conseguido ilegalmente. Habéis pinchado teléfonos y falsificado órdenes del director del FBI de Columbia... ¿queréis que me expedienten o que me quiten la licencia? Si lo hago yo misma seré cómplice de un delito de realización arbitraria del propio derecho. Artículo 455 del Código Penal. Es delito en sí mismo actuar fuera de las vías legales, emplear violencia, intimidación o fuerza en las cosas. ¿Cómo voy a ser partícipe de eso?

—Se llama contrainteligencia y luchar en defensa propia.

—Se llama vacío legal. Y el vacío legal acaba cayendo siempre del lado del demandado no del demandante. No voy a victimizar más a Goliat de lo que ya lo está. Él es el agresor.

—Pero es que yo no quiero recopilar pruebas, Shia. ¿Qué es lo que no has entendido?

Claro que no. Dasan quería ir por el camino rápido. Como solían hacer los Kumar con todos sus conflictos abiertos.

Ella dibujó una línea con sus labios apretados. No quería hablarle mal ni que confundiera sus palabras, pero era muy importante dejar claro los aspectos que les concernían.

—No puedes meterte en algo en lo que no te he dado permiso. Lo hablé contigo, lo hablé con Lonan... Os dije que os apartárais.

—Si me hubiese apartado tu cuerpo estaría sin vida en la cuenta de la carretera. Despierta, rubia —el tono en que lo dijo no era el mejor. Pero Shia lo estaba ofuscando.

—No podéis hacer como si mi voluntad no fuera importante, joder —se levantó del sofá enfadada—. Os estoy diciendo que no teneís mi aprobación para que hagáis y deshagáis a vuestro antojo. A ver si lo entiendes de una puñetera vez. ¿Quieres que te hable mal, Dasan?

Dasan se levantó igual que ella y la confrontó sin importarle su tamaño más grande ni lo hermosa que estaba ni lo cachondo que lo ponía cuando se ponía así de seria. ¿Cómo no iba a ganar sus casos si era una maldita francotiradora?

—Háblame mal, nena. Me gusta —dijo sabiendo lo mucho que le iba a molestar su chulería.

—Te importa un rábano lo que yo piense, ¿verdad? Al final todo se trata de ti, Dasan. De lo que quieres hacer, de tus necesidades, ¡y las de los demás, que se las arreglen!

—Enfádate conmigo tanto como te dé la gana, abogada. No voy a echarme atrás ni a hacerme a un lado. Sé con qué tipo de personas nos enfrentamos. Esto no es un juego. Otros se apartarán intimidados por ti. Yo no.

—¡Pero es que aquí no nos enfrentamos! ¡Me enfrento! —clamó sin saber por dónde cogerlo—. ¡Yo! Tú no pintas nada. Blanch y yo somos las afectadas, ¿con qué derecho te metes en mi trabajo y en mi vida de esa manera cuando nunca has demostrado ni una pizca de interés? ¡¿Y ahora sí?!

—Que nunca haya expresado mi interés no significa que nunca lo haya tenido. Pensaba que lo de ayer noche te iba a demostrar que sí me importas. Para mí han cambiado cosas.

Y un huevo. No se lo iba a poner tan fácil.

—¿Por qué? ¿Por haber follado en tu casa? Que me haya acostado contigo no significa que te esté entregando las riendas de mi vida, Dasan. No soy tuya.

—No hablo de posesión. No soy un tío posesivo. Hablo de protección. Solo quiero protegerte.

—Tú me estás tomando el pelo —le echó en cara. Solo quería salirse con la suya para sentirse satisfecho. Lo que ella quisiera le daba igual. Así no la respetaba.

—No. Hablo más en serio que nunca.

—¿Por qué ibas a querer protegerme ahora? —le preguntó. Al menos, que le diera una explicación coherente a ese cambio de actitud tan evidente—. En parte, sigo pensando lo que te dije el otro día cuando viniste a traerme las pertenencias de Blanch. Nunca te interesé. Tuviste muchas oportunidades para demostrarme que era importante para ti. Y es ahora, cuando ha aparecido Derek, que te sientes amenazado. Esto es solo una cuestión de territorialidad machista. Nada más. Cuando tengas lo que quieres, que ya lo has tenido esta noche, me volverás a dar la patada en el culo otra vez. Y la única información de más que tendré de ti es que follas bien.

Dasan achicó los ojos y la fulminó con la mirada.

—Sabes dar golpes muy bajos, abogada. Eres mala.

—¿Esa es tu respuesta?

—Mi respuesta es esta —se cruzó de brazos, ofendido como estaba. No iba a decirle a Shia cómo se sentía, y menos ahora, que parecía tan voluble. Ella no confiaba en él. Si le decía que la quería, no se lo iba a creer. Y Dasan no le había dicho nunca a nadie «te quiero». Pero decía la verdad. La volverían a atacar. Y contra eso, él no pensaba quedarse de brazos cruzados, aunque le afectase a ella laboralmente—. Voy a hacer lo que me dé la gana.

—No me sorprende. Siempre haces lo que quieres. Tú decides cuándo dar y cuándo quitar. Los demás somos solo marionetas. Nos mueves a tu antojo.

Te lo voy a pedir por última vez —le rogó con los ojos—. Ahora tengo posibilidades de demostrar que nos están acosando a Blanch y a mí por haber acusado a Goliat. Déjame hacer las cosas como yo las sé hacer. No he trabajado toda mi vida para que un Kumar no confíe en mis capacidades para sobrellevar esto. Daré el aviso a la policía y pediré escoltas para las dos mientras estemos en Nevada. Desentiéndete, te lo pido por favor —le rogó hablándole con más sentimiento que nunca.

Dasan negaba con la cabeza. Intransigente ante lo que ella le pedía.

—Lo siento, Shia. Pero en supervivencia, no tienes ni idea.

A ella le dolió mucho su falta de confianza. Y también su prepotencia.

—Te despedí como Dómine. Voy a despedirte también como guardaespaldas. Te queda la última baza —enumeró con los dedos—. No me presiones más —le pidió—, o tendré que despedirte como amigo. Mis amigos me apoyan y me respetan. Tú no lo estás haciendo.

—¿Ah sí? ¿Eso quieres?

—Sí —se envalentonó.

—Pues no olvides que si no me quieres como amigo, la baza de follamigo también desaparece. Y esta noche te lo has pasado muy bien como para no querer hacerlo más, Shia.

Se le cortó la respiración un segundo. Qué cabrón, cómo se la había soltado.

—No te preocupes —contestó ella bebiéndose el café de golpe y dejándolo de mala gana encima de la mesa—. No ha sido para tanto. Ahora, me voy y ni se te ocurra proponérmelo: no vienes conmigo—le advirtió.

Dasan le cortó el camino inmediatamente. Ambos estaban tensos y no sabían comunicarse. Posiblemente porque no podían decirse lo que de verdad querían decirse y canalizaban mal su frustración.

—No te puedes ir.

—¿Qué pasa? ¿Me dejas aquí encerrada? ¿Estoy secuestrada?

—Sabes que no —contestó él aflojando el tono y la tensión—. Deja de decir tonterías.

Pero a ella ya le había hinchado mucho las narices y se sentía atacada y poco comprendida.

—Apártate —le ordenó—. Si veo que seguís en lo vuestro, haciendo vuestra guerra, pondré remedio, Dasan. Os denunciaré.

—¿Me denunciarás a mí por querer ayudarte?

—Te denunciaré por obstruir una investigación policial y valerte de medios no legales para ello.

Dasan parecía decepcionado.

—Recuerda quién es el malo, abogada. No me hagas creer que la justicia es ciega.

—A veces, buscar la solución más justa, trae más enemigos que alegrías. Ahora, déjame pasar.

Dasan frunció el ceño y al final se hizo a un lado para dejarle subir las escaleras con el brío de una guerrera enfurruñada.

¿Cómo no iba a estar loco por ella?

¿Quién lo había hecho enfadar así alguna vez y lo había hecho sentirse tan mal como ella? Era terrible no poder ser lo que Shia esperaba de él.

¿Cómo iba a apartarse? Tenía que hablar con sus hermanos. Ellos pensaban igual que él pero necesitaba hablarlo, porque en ese momento, tenía la sensación de que todo estaba mal.

Y de que él era una mierda insensible.

Y lo peor de todo era saber que tenía que dejar ir a Shia sola de nuevo. No quería ir tras ella como un loco paranoico y sobreprotector, pero era lo que necesitaba hacer. Sin embargo, Shia no le dejaba. Y no era el momento, por supuesto que no, porque él sabía cómo funcionaban estas cosas... Pero si no le daba ese espacio, la perdería para siempre.

El riesgo era pensar en que podría perderla igual si no la protegían.

## CAPÍTULO 11

Aquella no era su idea inicial. Lo primero que quería hacer era ir al bungalow, recuperar la calma y serenarse para hablar con Blanch sobre cómo estaban las cosas. Pero al final había acabado en el hospital principal de Carson, en la habitación de la instagramer.

La joven morena, con mucho mejor cara, iba recuperando la salud, y las heridas cicatrizaban satisfactoriamente. Era fuerte. Sin embargo, cuando vio entrar a su amiga, toda aquella buena cara desapareció.

Shia presentaba un cuadro de ansiedad bastante preocupante. Ansiedad mezclada con una inseguridad emocional y sentimental muy evidente.

—¿Qué mierda te ha pasado en la cara? —preguntó Blanch alterada—. ¿Han sido los Dómines esos con los que te juntas? ¿Ha sido el cretino de Dasan? Cuando salga de aquí los mataré uno a uno...

—No. No —Shia se tocó el pómulo consternada—. No ha sido él. Dasan nunca haría eso a ninguna mujer —a no ser que fuese su agresora—. Esas cosas no pasan en las mazmorras. No es ese tipo de castigos...

Blanch no sabía cómo tomárselo. Conocía el gusto de Shia por la dominación y la sumisión, pero no comprendía cómo, si su amiga nunca lo había probado, ¿por qué estaba tan convencida de que pertenecía a ese grupo de personas?

—¿Algún día me ayudarás a comprender qué ves en ese mundo? Porque a mí me pone muy nerviosa.

—Sí, algún día —se forzó a sonreír.

Shia sacudió la cabeza y se sentó en la cama. Tenía los nervios como si los hubieran metido en una batidora.

La discusión con Dasan la había dejado muy mal anímicamente. Y lo peor era que sentía que no estaba siendo justa con él.

Ahora ya daba igual. Se había ido de su casa tan cabreada que no entendía cómo los cristales no habían reventado con el portazo que había dado.

Odiaba que le afectase tanto. Pero ese era el efecto que él tenía en ella. Y ahora estaba mucho más potenciado, porque cuanto más se acercaban, más leña se echaba al fuego.

Era incomprensible que ella perdiera la compostura así. Inadmisible.

Se apretó el puente de la nariz y después dejó caer la cabeza hacia atrás. Blanch la miraba expectante.

—¿Qué pasa, Shia? Me estás preocupando. ¿Qué te ha pasado?

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De tantas cosas... —su voz se quebró, como si estuviera a punto de derrumbarse—. Ayer me atacaron, Blanch. Fue una mujer.

Shia le explicó todo tal y como había sucedido. Desde que se fue del Reino hasta que se fue de casa de Dasan. Todo, con pelos y señales, excepto los detalles de la sesión de sexo celestial que había tenido con el Gunlock.

Y cuando se lo explicó en voz alta, más consciente era del peligro que corrían, pero menos de acuerdo estaba con la intervención de Dasan. Que se comportase como un héroe podría acarrear consecuencias para él, para sus hermanos y para ellas también. Había demasiado en juego.

La morena no movió ni un músculo mientras escuchaba la narración.

Shia no quiso pasar nada por alto porque necesitaba que su cliente barra amiga supiera la dimensión del percal en el que alguien las había metido. Y cuando acabó, esperó a que su inteligente compañera dijera alguna cosa que la ayudara a esclarecer su cabeza.

—Te han atacado por mi culpa.

—No. No ha sido por tu culpa —la rectificó—. Hay gente mala en el mundo, y tú no eres responsable de eso.

—Te han atacado, Shia —le agarró la mano— porque eres mi abogada. Y Goliat no nos puede ni ver a ninguna de las dos. Esto ya se nos ha ido de las manos. No estamos a salvo —sentenció.

—En realidad, sí podemos estarlo —dijo—. Hablaré con el Sheriff y le diré lo que sé y...

—¿Cómo se lo vas a decir? ¿Que tienes unos amigos que pinchan teléfonos? ¿Los mismos que han falsificado la firma de ese tal Montgomery para llevarse mis cosas y analizarlas? Óyete, cariño. Nos vas a enterrar a las dos legalmente.

—No —Shia se levantó de la cama y se secó las palmas de las manos sudorosas en su pantalón con estampado militar. Con sus gafas graduadas de aviador, sus Marten's negras y su jersey de color oscuro y cuello de pronunciado pico la hacía parecer una guerrillera sexi y *cool*—. No va a ser así.

—Shia —la cortó Blanch inclinándose hacia adelante—. Basta —le pidió con severidad—. Dime... ¿qué ha resuelto la policía por su parte? ¿Qué han descubierto que nos pueda ayudar a sentirnos más seguras? ¿Tenemos alguien a quien acusar? ¿Tenemos arma incriminatoria? ¿Hay algo oficial que nos dé una miserable prueba que podamos seguir? Solo tienen el nombre de la testigo y porque la mujer estaba en el baño encerrada y fue a pedir ayuda. ¿Has oído lo que dicen en la televisión? —señaló el monitor apagado—. ¿Lo enciendo y así lo escuchas?

Shia se abrazó a sí misma y negó obtusa.

—No quiero oír nada. Ya sé lo que dicen.

—Perfecto, porque esa es la defensa y la protección que tenemos. No pienso quedarme quieta viendo cómo siguen tirándome mierda y cómo Goliat habla de un perdón y de una compasión inexistente. Ese tío es un cínico, un machista, un maltratador y un violador. Es mala persona. Y por su culpa, por sus mensajes velados de mierda en sus canciones número uno nos han intentado matar. Porque hay desequilibrados y fanáticos que lo consideran un Dios. Y tú y yo tenemos que salir a la calle a partir de ahora con protección, escudos y chalecos antibalas, ¡joder! —golpeó el colchón con el puño y sintió un pinchazo en el esternón.

—Blanch —Shia corrió a socorrerla—. Por favor, tranquilízate... ¿llamo a la enfermera?

—No —intentó coger aire. El dolor cesó lentamente—. Es lo que pasa cuando te clavan un puñal. Que duele.

Shia miró al suelo, y se quedó pensativa observando el brillo de sus botas negras.

—Tranquiliémonos un poco. Está todo controlado.

—No lo está —refutó Blanch—. Te dije que no voy a ser la víctima acobardada de nuevo. Me he gastado un dineral en terapia para asumir que el mal es incontrolable y que unas veces se ceba con unos y otras con otros. Que yo no tuve la culpa de lo que me pasó. Te aseguro que ahora no voy a necesitar más psicólogos, porque sé lo que está pasando. Y te juro que no me voy a quedar esperando a que vuelvan a otra vez.

—¿Y qué quieres que haga, Blanch?

—Nada —se rio al ver que Shia no comprendía lo que le quería decir—. No quiero que hagas nada, amiga. Porque tú no puedes hacer más de lo que ya has hecho. Es lo que trato de decirte.

—¿A que te refieres?

—Quiero que te desmarques de esto. Que te alejes como abogada. No quiero que me lleves nada. Lo que necesito es que te involucres solo conmigo como persona. Porque las dos somos víctimas. Tú necesitas tanta ayuda como yo. Nos están acosando por igual.

—¿Qué quieres hacer?

Blanch se retiró el pelo negro a un lado y se humedeció sus labios rosados. Tenía una peca encima de la ceja y otra en el labio superior.

—Quiero aceptar la ayuda que dices que nos ofrece Dasan. Si tú no quieres, no la aceptes. Pero lo que me ofrecen los calaveras es el tipo de venganza que busco yo, porque sé que las fuerzas de seguridad tardarán lo suyo y no tenemos la certeza de que descubran la verdad ni de que lleguen a tiempo. Nos pasó una vez. No va a volver a pasar.

Shia caminó como un zombi, se sentó al lado de Blanch con cara derrotada y se frotó la frente, totalmente superada.

—Es que lo que me pides no nos llevará a juicio. Y si lo hace, será en el banquillo de las acusadas —protestó Shia—. Va en contra de todo lo que yo creo.

—Es que no va a haber juicio para nosotras, de otro modo. ¿No te das cuenta? ¿Sabes qué te pasa, Shia? Que siempre has sido tú la que ha

defendido a los demás. Pero ahora, tú estás al otro lado, eres la débil. Y necesitas, no —se corrigió—, te urge encontrar a alguien más fuerte que se haga cargo, que llegue a donde tus valores no llegan y que nos proteja. Tú siempre has defendido a los demás. Eres poderosa, resolutiva y autosuficiente. Como una heroína con el código penal bajo el brazo. Pero eso hoy no nos va a salvar. Necesitamos las mismas armas. Goliat no va a parar. Y yo quiero hablar con Dasan. Porque es él o la *deep web*. Pero voy a pedir ayuda.

La abogada no podía concebir valorar lo que Blanch decía.

—Eso no.

—Estás despedida, Shia —le soltó Blanch—. Ya no quiero abogado.

—Blanch, por favor —ella intentó hacerle entrar en razón.

—No. No vas a cambiar mi opinión con uno de tus discursos. No quiero abogados de por medio. Quiero a vengadores. He tenido suerte y he sobrevivido a las dos agresiones más fuertes que he sufrido. No habrá una tercera —se prometió—. Y quiero que Goliat pague. No quiero que se vaya de rositas. Dame el teléfono de Dasan. Yo hablaré con él y aceptaré su propuesta. Necesito a un héroe.

—Son sicarios.

—Me da igual. Solo quiero sobrevivir. Esperemos que elijan la mejor opción para salir de todo esto. Pero si Goliat y sus agresoras acaban bajo tierra —sus ojos negros brillaban con una franqueza brutal— no me va a importar. Le he visto la cara a ese demonio y es mejor que no pulule por el mundo. Y tú, cabezona de las leyes y la honestidad, vas a venir conmigo y vas a dejar que, por una vez, otros cuiden de ti.

Pero Shia no sabía hacer eso. Llevaba tanto tiempo sacándose las castañas del fuego sola. Tanto tiempo dando la cara por los demás que le incomodaba molestar a otros para que la defendieran.

—No quiero hablar con Dasan ahora. Me he enfadado mucho con él por ofrecerse a hacer lo que tú quieres que haga y meterse en algo tan delicado —explicó avergonzada.

—Deja que hable yo con él —le pidió Blanch exigiendo el móvil con la mano—. Lo quiero contratar.

—No va a aceptar dinero de por medio. Lo hará encantado. Él y sus hermanos son seres libres fuera del sistema y de las leyes. Creo que adoran las ilegalidades —clavó los codos sobre sus rodillas y ocultó el rostro entre sus manos.

—Creo que los Calavera me van a encantar.

—Seguro que sí...

—Da gracias a que soy una persona totalmente asexual y que mis traumas han hecho que no quiera saber nada de los hombres, porque sino... iba a por Dasan. Fijo.

Shia la miró de reojo.

—Esto es una locura, Blanch.

—¿Estás dentro o estás fuera? —La urgió Blanch.

—Deja que ponga en orden mi cabeza y hable con el bufete para decir que me doy de baja de tu representación. He recibido muchas llamadas de mis colegas preguntando sobre lo que voy a hacer o si necesito ayuda de algún tipo. Se suponía que no iba a trabajar durante un tiempo...

—Es que no vas a trabajar. No para mí. Eres mi amiga y te están acosando como a mí. Quedarte fuera no es una opción, Shia.

—Me lo pensaré —contestó—. No quiero representarme a mí misma y tengo que decidir si quiero abogado o no.

—No. He visto muchas series de Netflix, guapa, y no necesitas un abogado. Si no dejas que otros hagan las cosas a su manera, al final, necesitarás a un cura. Nos tienen localizadas, controladas y cercadas. Yo no quiero ser una ratona durante más tiempo. Quiero ser la puta gata. Tú verás.

Ella meditaría la propuesta de Blanch. La instagramer no se lo iba a pensar dos veces respecto a la ayuda que ofrecía Dasan.

Shia, en cambio, tenía un problema con su dignidad y su amor propio. ¿Cómo iba a arrastrarse ahora ante Dasan para pedirle perdón y decirle que había cambiado de idea cuando él se había reído de su deseo, y ella lo había tildado de pandillero?

Debía decidirlo pronto.

Ese fin de semana Goliath tenía dos conciertos en Las Vegas. Sus fans iban a estar por todas partes.

De Las Vegas a Carson había muy poco, y aún no habían identificado a sus agresoras.

Podía ser cualquiera.

Blanch tenía razón.

No era lo mismo estar al otro lado. Y odiaba sentirse así, como si ella no pudiera tenerlo todo bajo control. Se había acostumbrado a solucionar sus problemas.

Con una madre que murió joven debido a una grave enfermedad y un padre que se había casado con una mujer veinte años más joven que él, y que podía ser la hermana mayor de Shia, su microfamilia era bastante disfuncional.

Por suerte, ella heredó la madurez y la responsabilidad de su madre, que le inculcó valores y aceptación por sí misma. El amor por la abogacía venía por su padre, un tiburón de los bufetes de Nueva York, con espíritu de Peter Pan.

Sabía que podía ser inflexible y cabezona, pero estaba acostumbrada a vencer y a ganar en los tribunales. Ella todo lo solucionaba ahí. Sin embargo, aquel nuevo hábitat, que eran aguas turbulentas y desconocidas, no sabía cómo debía afrontarlo.

Shia dejó el coche en el porche del bungalow y se quedó en su interior. Escuchaba la radio mientras pensaba en la discusión que ella y Dasan habían tenido.

De pasar una noche increíble y muy intensa, a la mañana del día siguiente... había hecho un *Coyote Ugly* en toda regla.

La noche maravillosa. La mañana, un desastre.

La canción de *Love is the Groove* de Cher sonaba en ese momento. Había algo en la voz grave de esa mujer que conectaba mucho con ella. Le gustaba escucharla.

Pero entonces, la canción fue interrumpida para dar paso al locutor. Y para su sorpresa, después de hablar de la incombustible artista de setenta y dos años, presentó a su artista invitado desde Las Vegas.

Era Goliat.

Shia apagó el motor del coche y miró al frente, a las lamas de madera del porche, escuchando con atención las palabras de ese hombre. Si era verdad que él estaba detrás de sus agresiones, tenía que poder demostrarlo. La gente no podía hacer lo que le diese la gana. Ella nunca permitía que los malos vencieran. Y eso era lo que estaba pasando.



Goliat hablaba y a ella se le removía el estómago. El locutor le preguntó qué sentía sobre lo sucedido con Blanch, y Shia agarró el volante con fuerza, esperando su respuesta.

—He oído lo que le ha sucedido —contestó con aquel tono bohemio y prepotente—. No deseo el mal a nadie. ¿Se sabe cómo se encuentra?

—Por ahora pronóstico reservado. Sigue en el hospital.

Unos segundos en silencio.

—El karma es sabio.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —Shia empezó a golpear la consola del Porsche con todas sus fuerzas—. ¡Mentiroso hijo de puta!

—Explícate —le pidió el locutor.

—Espero que se recupere —continuaba Goliat ajeno a que la abogada lo estaba escuchando—. Blanch jugó conmigo y me manipuló. Siempre lamenté que lo nuestro acabase así. Me decepcionó mucho lo que hizo para hacerme daño y dañar mi imagen y más aún cuando todo lo que sucedió entre nosotros fue consensuado. Pero acepté la pena, porque odié lastimarla y no darme cuenta. Sin embargo, nunca la golpeé. Lo que dijo ella que le hice es una salvajada. Lamentablemente, espero que las autoridades, la sociedad y los jueces tomen conciencia de lo que está pasando. Sé que existe la violencia machista. No lo voy a obviar. Pero las comisarías están llenas de denuncias

falsas de mujeres despechadas que saben lo mucho que estigmatizan y dañan con ello. Esas mujeres también deben pagar por mentir. Yo no soy vengativo y la he perdonado. Pero entiendo que la vida pone a cada uno en su lugar.

—¡Patán mentiroso! ¡Hijo de putaaaaaaa! —gritó Shia con todas sus fuerzas.

Apagó la radio y salió del coche hecha una furia. Tenía tanta ira en su interior, que deseó romper algo en ese momento.

Blanch y ella estaban en peligro por su culpa.

—Joder... qué asco —Shia se detuvo un momento, se dobló sobre sí misma y apoyó las manos sobre sus rodillas. Era tanta la impotencia que la sentía físicamente, en el centro del pecho—. Qué malnacido...

Al final, se reincorporó. Se subió las gafas por el puente de la nariz y entró al bungalow, manteniendo la calma. Quería refugiarse y encontrar algo de paz interior, tal vez allí lo lograra.

En la entrada había un carrito de la limpieza. Venían todos los días a hacer su faena. Supuso que habría alguien haciéndose cargo de ello, aunque no tuviera mucho que limpiar, porque ella lo tenía todo siempre en orden y recogido.

—¿Hola? —preguntó.

Pasó de largo la cocina y dejó las llaves sobre la mesa. Entonces, se dio cuenta de que una de las ventanas que daban al salón estaba quebrada. Shia se acercó a la ventana agrietada para mirarla mejor. Había un orificio circular en el centro de toda aquella grieta. Lo tocó con el dedo y frunció el ceño.

De repente sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Se dio la vuelta y miró al suelo. A los pies del sofá había una mujer rubia, tumbada boca abajo, respirando con muchísima dificultad. Tenía una herida en el cuello. ¡Era un disparo!

—¡Por Dios!

Shia corrió a socorrerla. No se atrevía a moverla. La joven, de estatura parecida a ella, incluso el pelo largo y rubio era igual, lloraba y hacía extraños ruidos con la garganta, como si se ahogase.

Shia se sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón negro y llamó a urgencias.

—Aguanta —le pidió— ya viene la ambulancia.

Miró hacia todos lados, asustada.

No era una casualidad.

Habían disparado a esa mujer creyendo que se trataba de ella. Y lo habían hecho desde el jardín.

Shia intentó socorrerla como pudo. Y al pasar los minutos, Koda y Lonan entraron como una estampida al bungalow, con la cara descompuesta y pálidos.

Ella alzó la mirada hacia ellos. Tenía las manos llenas de sangre, porque intentaba taponar el agujero del cuello de la mujer.

—¿Qué...? —susurró Shia cada vez más aterrorizada—. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos crackeado el movil del agresor. Ya los tenemos. Pero entonces Dasan ha leído el mensaje que ha enviado a su contacto. Decía que estaba en Villa Josephine y que ya se había encargado de ti.

—¿Y Blanch? —preguntó muy nerviosa—. Me he ido del hospital hará una hora. ¿No irán a por ella ahora? Hay que...

—Ya se está encargando Karen de ella —le explicó Koda—. La va a sacar del hospital.

Koda se acercó a Shia y le acarició el pelo rubio. El pequeño de los Kumar se había sacado cien años de encima al verla con vida.

—Joder, Shia... pensábamos que...

—Ya. Entiendo —asumió abatida. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Es la mujer de la limpieza... Creo que se han creído que era yo. Y... maldita sea... esto me va muy grande —reconoció.

—Tranquila —Lonan revisó la casa, por si acaso, y cuando vio que estaban bien, se acercó a ella y le dio un beso en la sien—. Nos vamos a hacer cargo. Si tú nos dejas.

Ella tragó saliva compungida.

Shia miró detrás de ellos, esperando que Dasan hiciera su aparición y se hiciera cargo de toda la situación, no sin antes proferir un montón de improperios y cientos de «te lo dije». Pero Dasan no vino. No estaba.

—¿Dónde está Dasan?

Lonan le apartó las manos de Shia con suavidad y él se ocupó de la herida de la mujer.

Koda la ayudó a levantarse y revisó su mejilla. No le había visto el moretón todavía.

—Nos ha enviado él. No... no ha querido venir —contestó transmitiéndole apoyo con sus ojos amarillos.

—Ah... —sus pupilas dilatadas y sus ojos abiertos de par en par eran todo un poema. Dasan no había querido venir. ¿Por qué iba a hacerlo? Lo había apartado de todo aquello.

Shia se iba a limpiar las manos de sangre en el pantalón. Pero Koda la detuvo por las muñecas.

—Eh, cariño —Koda negó con la cabeza—. Vas a estar bien. Y esta mujer se recuperará —le aseguró.

—¿Cómo lo sabes?

—Se pondrá bien —confirmó Lonan cuidando de ella—. Esperaremos a que venga la ambulancia. Daremos las explicaciones que haya que darle a la policía. Y cuando todo acabe tú y Blanch os venís al Origin. No te lo estoy ofreciendo, Shia —le dijo con voz tajante—. Te lo estoy ordenando. Os vais a hospedar ahí. No os vamos a perder de vista.

Ella asintió como una autómatas y se dio la vuelta para que ninguno de los dos viera lo mal que se encontraba.

—Shia... siéntate. Tienes mala...

—Va a vomitar —observó Lonan.

Y así fue. La joven se dobló sobre sí misma y no pudo evitar regurgitar y echar lo poco que había desayunado. Tenía el estómago revuelto.

Y las emociones... descompuestas.

Definitivamente, debía dejar de pelear contra lo que no podía controlar y ponerse en manos de esos hombres. Porque sola no iba a conseguir nada.

Habían juicios que no se ganaban en juzgados y acababa de entenderlo de la peor manera.

De Koda:

Shia está bien. ¿Me oyes, Dasan? Ella está bien.

De Dasan:

Júralo.

De Koda:

Sí. Te lo prometo.

De Dasan:

¿A quién han herido entonces?

De Koda:

A la señora de la limpieza. Se parece a ella, tío. La han disparado desde el exterior. Una bala fina y dura, de caza. Con silenciador. Ha atravesado el cristal y le ha dado en la garganta.

De Dasan:

¿Se salvará?

De Koda:

Sí. Eso creemos. Ya se la han llevado al hospital. Ahora estamos prestando declaración con Shia.

De Dasan:

¿Karen ha ido a por Blanch?

De Koda:

Sí. Llevaba una orden para que le dieran el alta y se la llevaran de ahí en calidad de protegida. Dasan, tranquilo. Han ido a por ella, pero se han equivocado de objetivo.

De Dasan:

¿Shia ha aceptado venir al Origin para que la custodiemos?

De Koda:

Lonan no le ha dado otra opción. Vamos a darle de baja del Bungalow. No daremos de alta ni a Blanch ni a ella en el hotel. Karen no quiere que haya registros de donde puedan estar porque no estamos seguros de que puedan descubrirlo. No sabemos si trabajan con hackers más profesionales.

De Dasan:

No lo hacen. Son unos chapuceros. ¿Cómo está ella?

De Koda:

Está asustada y muy impresionada. Pero se calmará poco a poco cuando vuelva a sentirse segura.

De Dasan:

Ok

De Koda:

Respira. Respira, Dasan. Ve a dar una vuelta y a que te dé el aire. A la noche la tendrás en el hotel.

De Dasan:

Hablamos después. Adiós.

Dasan se encontraba en el Sibil del lobo. En su mazmorra. Encerrado. Sentado en el cerco de la fuente interior de su calabozo de sexo y dolor.

No había querido saber nada de nadie. Solo esperaba recibir noticias de Shia. Y ahora que ya sabía que estaba bien, podía volver a respirar con normalidad. Echó el aire por la boca con fuerza, se levantó como un animal salvaje entre rejas y lanzó el móvil sobre la camilla.

Pero no podía estar quieto. Así que se dirigió al potro y se quedó medianamente apoyado en él.

Estaba deshecho por culpa de los nervios. No quería ir al bungalow porque temía encontrarse lo peor y, si eso sucedía, literalmente, él moriría de la tristeza y se dejaría carcomer por la desesperación y la ira. Ver a Shia sin vida le sesgaría de cuajo la suya. Así de franco.

Se dio la vuelta, apoyó los antebrazos sobre la superficie del potro y hundió el rostro en ellos. ¿Cuándo iba a dejar de temblar?

Había sido una mañana de mierda. La discusión con Shia le había sentado muy mal.

Pero la mañana no había mejorado con el paso de las horas.

Cuando Nick por fin pudo acceder a la otra tarjeta del móvil que manipulaba el agresor, y reventaron su whatsapp, tuvo acceso a todas sus conversaciones. Summers no dudó en pasarle por mensaje la conversación que estaban teniendo por la otra línea. Y gracias a ello, descubrieron lo que tenían pensado hacer con Shia.

Pero nunca había tenido tanto miedo de no llegar a tiempo. De hecho, no había llegado, pero el azar había querido que la bala se la llevase otra persona.

Shia estaba sana y salva.

Y él, en cambio, se sentía herido de muerte por ella: por su negación, por su desafío y por su falta de confianza. Estaba enamorado de una mujer que no lo quería a su lado ni siquiera para salvarle la vida.

Para que luego le dijeran sus hermanos que la maldición estaba rota.

Mentira. Él nunca se había sentido tan desgraciado ni tan maldito en toda su vida.

Karen, Lonan y Koda se iban a encargarse de ella.

Él no quería ni verla.

Porque verla y no poder ser para ella lo que necesitaba, era muy autodestructivo.

## CAPÍTULO 12

### *Al anochecer* *Origin*

Shia y Blanch habían llegado a su habitación en el Origin.

Una enfermera visitaría a Blanch dos veces al día para ver cómo se iba encontrando. Como el lunes le iban a dar el alta, firmaron una hoja de responsabilidad con el hospital para que se hicieran cargo de las curas de la joven hasta entonces. Y ahora, la morena estaba en su cama, colmada de atenciones por Karen y Koda.

Shia los miraba sin verlos realmente. Estaba sentada en el sofá esquinero de la preciosa habitación, con una taza de té entre las manos, intentando borrar de su mente la sangre de la mujer a la que habían disparado creyendo que era ella.

Fue un día muy largo para Shia, que no solo tuvo que esperar a la ambulancia, además, declaró a los policías lo que se había encontrado al llegar al bungalow. Lonan y Koda la secundaban en todo y el hecho de que los dos Kumar estuvieran con ella le facilitaba las gestiones y también el trato con los agentes, que tenían excelentes referencias de los Gunlock, dado que eran héroes metropolitanos.

Los Kumar y la agente Robinson las iban a custodiar a partir de ahora en el Origin. Pero Karen le aseguró que pronto podrían volver a la normalidad. Según la agente de pelo negro y rizado, los Kumar tenían un plan. Y ellos nunca ejecutaban planes malos.

—Ahora solo quiero que estéis tranquilas —miró a una y a otra—. Aquí tenéis todo lo que queráis y necesitáis. Blanch, tú tienes que guardar reposo —le recordó—, pero te traeremos la cena del Orleanini a la habitación. Tú solo dinos lo que quieres. Y Shia —la miró empatizando con ella inmediatamente—, para ti lo mismo.

—No sé por qué no os conocí antes —murmuró Blanch intentando ponerle humor al asunto—. Tú y los Kumar sois como Superman.

Karen arqueó las cejas sorprendida por esa adoración.

—Solo protegemos a nuestros amigos. De tener los mismos medios, seguro que todos haríamos lo mismo.

—No creo —la corrigió Blanch—. También hay que tenerlos bien puestos para implantar vuestra propia justicia.

—Esto no se trata de ser justo o no. Se trata de defender la verdad y de plantar cara al acoso y al abuso. La verdad necesita a gente valiente y poco dada a respetar normas sociales. Y estos Kumar son calaveras en todos los aspectos —adujo admitiéndolo abiertamente.

—¿Y tú? —quiso averiguar Blanch.

Karen se echó a reír.

—Yo he trabajado en el FBI y he hecho y visto de todo. Ya no tengo escrúpulos para hacer lo que me dé la gana. Porque, de un modo o de otro, todos hacen trampas. Solo actúo bajo el yugo de mi código personal. Creo que, a veces, hay que dejar las éticas de todo tipo y dejarse llevar por lo que está bien y por lo que dice tu instinto —miró de reojo a Shia—. La abogada sabe mucho de eso, porque defiende a las víctimas como mejor sabe.

—Pues lo hago de pena —murmuró apoyando la cabeza en el brazo del sofá.

—No. Eres excelente en lo tuyo. Excelente —dejó claro Karen—, pero no es suficiente para protegeros de lo que os está pasando. Tus brazos no son suficientemente largos para apagar todos los incendios. Por eso tienes que delegar y dejarte ayudar. Confía en nosotros.

Shia cerró los ojos, dio un sorbo al té chai y se rindió a la evidencia.

Cedía las riendas de verdad. Porque ella ya no era capaz de controlar el carruaje.

—Sí. Lo he entendido. No quiero más heridos... me rindo —admitió.

Blanch sonrió de oreja a oreja, complacida por aquella confesión.

—Le ha tenido que costar la vida decir algo así.

Karen sonrió y le guiñó el ojo.

—Seguro que hay cosas más difíciles —musitó como si le leyera la mente.

Por supuesto. Había algo muy difícil que tenía que hacer sí o sí o no se quedaría tranquila.

—¿Y qué vais a hacer ahora? —preguntó Shia—. ¿Cuál es el siguiente paso a seguir?

—Dasan y Koda se encargarán de todo. Lonan y yo nos quedaremos aquí en el Reino y cuidando de Blanch.

—Estaré bien aquí. No hace falta tantos cuidados —dijo Blanch avergonzada.

—Déjanos a nosotros —le recomendó Karen—. Tú recupérate. Los dos quieren viajar mañana a Las Vegas —miró a Shia.

—¿Mañana? ¿Por qué? —Shia se levantó del sofá y dejó la taza blanca de té sobre la mesita de cristal.

—Dasan tiene toda la información —Karen cogió un cojín largo del armario y se lo colocó en el respaldo de la cama a Blanch, para que pudiera sentirse mejor—. Tiene un contacto. Alguien con quien la agresora se comunica. Pero el número de teléfono no es de contrato. Es de tarjeta y no podemos registrar a nombre de quién está. No obstante, la misma que te atacó ayer por la noche es la misma persona que ha anunciado que te había disparado. Posiblemente sea la mano ejecutora de la agresión de Blanch. Solo hay que saber con quién se comunica y por qué. Se ven mañana en Las Vegas.

—No sé lo que daría por estar ahí y verlo todo por una mirilla —confesó Blanch fascinada—. Debe ser muy emocionante.

—Entonces... podremos identificarlos —caviló Shia activando su procesador—. Pero para inculparlos se necesita algo más. No se puede señalar a alguien y decir que ha matado si no hay ni arma ni prueba del crimen. Sin demostrarlo, sería injuria y calumnia.

—Tienes razón —contestó Karen—, por eso los Kumar tienen que pensar en algo más. Quieren pruebas, vídeos y declaraciones. Pensarán en algo, ya lo verás. Mientras tanto, poneos cómodas y sed bienvenidas a mi hotel lleno de Dómines y Dóminas fascinantes —abrió los brazos, dispuesta a irse de la

habitación—. Cualquier cosa que necesitéis, estáis en vuestra casa. Pedidlo o tomadlo vosotras mismas.

Cuando Karen cerró la puerta y las dejó a solas, Blanch admiró la estancia como si estuviera en un castillo de fantasía.

—Quiero quedarme aquí a vivir —confesó—. Me encantan tus amigos, Shia. No sé por qué no me los has presentado antes. O tal vez sí —arqueó una ceja castaña oscura y sonrió maliciosamente—. Lonan y Koda están tremendos. Tengo curiosidad por ver a Dasan.

—¿No habíamos quedado en que eras asexual y no querías saber nada de los hombres?

—Que no quiera nada con ellos no quiere decir que no me alegre la vista.

—Ya... Bueno —se sentó en la cama y le tomó la mano—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te vaya a buscar algo?

—No. Quiero que me digas por qué tienes esa cara de cervatilla apaleada. No es por el miedo. Tú te sobrepones al miedo, Shia. Así que dime por qué es.

Blanch leía su alma con tanta facilidad que a veces hasta la asustaba.

—¿Alguna vez has sentido que la has cagado mucho?

—Continuamente —contestó Blanch oscilando los ojos.

—¿Qué haces cuando te has equivocado tanto que dudas que te den otra oportunidad?

—¿Hablas de amor? ¿Estás hablando de amor de verdad? Entonces, es Dasan —concluyó impresionada por la expresión de su amiga rubia—. Es él el que te pone así —el silencio de Shia le reveló todo lo que necesitaba saber—. Es tu Dómine ¿verdad? Yo tenía razón.

—Sí. Ha sido él.

—Y ahora te has dado cuenta de que él tenía razón en otras cosas. ¿Te has visto, chiquilla?

—Sí, gracias. Me he visto. ¿Me vas a contestar o vas a seguir riéndote de mí?

—No me estoy riendo —aseguró—. Me pareces más tierna y más humana que nunca, Shia. Siempre te he visto como una mujer de acero, con tanta

ascendencia sobre los demás que me parecía difícil que alguien te estimulase y te robase el corazón. Tiene que ser un tío imponente —fantaseó—. ¿Es porque te riñe y te pone el culo como un chili? ¿Eso te pone? —bromeó picajosa.

—Lo haces todo muy simple y burdo —aunque a Shia se le escapó una risa. No tenía remedio.

—Es auténtica curiosidad —le aclaró—. ¿Sabes? Tal vez un día lo pruebe. Para enfrentarme a mis miedos y eso. Aunque para eso tengo que sentir atracción por alguien y despertar mi lado sexual de nuevo. Y creo que está hibernando —murmuró.

—Si supieran tus seguidores lo que eres de verdad... los tienes muy engañados.

—Las marcas quieren corrección, buenos posados y buena imagen. No quieren a la random que vive en mí. Pero esto no va de mí, tú. Va de ti. Así que te daré mi consejo, rubia sexi —Blanch le sujetó la mano y la acercó a ella—. No hay nada que enseñe más que equivocarse. Hay tres maestros en la vida: un estómago hambriento, un bolsillo vacío y un corazón roto. Tú tienes que aprender del tercero, porque nunca te has visto en una tesitura como esta. Asume lo que te duele, asume lo que te hiere y decide lo que tienes que hacer para sanar. Si me duele el corazón, yo soy de las que lo reconozco ante la persona responsable. No me callo nada. ¿Y tú? ¿Te vas a callar?

Callarse. No. No pensaba hacerlo. Le dolía demasiado. Todo.

La confrontación con Dasan, el no saber gestionar lo que le pasaba, el miedo a perder y el miedo a ganar la tenían en la cuerda floja.

Pero no solo eso. También le preocupaba lo que Koda y Dasan iban a hacer al día siguiente, y no quería quedarse al margen. Quería formar parte de eso y ayudarles. Quería estar con ellos.

Shia se frotó la nuca y buscó soluciones a lo que le había dicho Karen. No había vídeos más concluyentes que los que mostraban una declaración y una agresión. Grabándolos desde lejos no iban a conseguir nada.

Entonces Shia supo cómo sumar en todo aquello. Lo curioso es que no le fue difícil llegar a la conclusión y no le dio ningún miedo.

Pero tenía que convencer a Dasan de que la dejaran colaborar. No pensaba quedarse ahí mientras ellos daban la cara por ella. Ni hablar.

Aquella sensación de impotencia y pavor debía desaparecer, no la quería en su vida.

Por eso anhelaba que contaran con ella. Que la dejara ayudarlos.

Aunque ella no se lo hubiera permitido a Dasan.

Estaba en todo su derecho si le decía que no.

Pero eso no la iba a echar atrás: haría lo posible para que Dasan le dejara al menos decirle todo lo que quería decirle.

Lo único que hacía falta era que el mediano de los calavera, le dejara acercarse a él.

Y sabía, porque lo conocía muy bien, que no iba a estar nada receptivo.

Pero Blanch tenía razón.

Si le dolía el corazón, tenía que reconocerlo.

Hizo un pequeño trabajo de investigación hasta que consiguió lo que quería gracias a Koda. Intentó contactar con Lonan primero, pero no contestaba, así que se centró en el pequeño de los Kumar y lo localizó por teléfono. Estaba en la oficina del Reino recopilando información para actuar al día siguiente. Él no se lo dijo pero ella lo intuía. Lo conocía bien como para saber que se ponían a punto para la acción. Sin embargo, tuvo que insistirle mucho hasta que le dijera dónde estaba Dasan.

—Koda, por favor. ¿Sabes dónde está tu hermano Dasan?

—Sí. Sí lo sé. Pero creo que deberías esperar a hablar con él.

—No. Quiero hablar ahora.

—No es buena idea, Shia, hazme caso.

—Koda, dime dónde está.

—Él me ha dicho que no quiere visitas. Que quiere estar solo —explicó incómodo—. No le molestes.

—No quiero molestarle —explicó frustrada y agarrando el móvil como si lo quisiera hacer explotar en su mano—. Intento arreglar las cosas.

—¿Quieres arreglar las cosas?

—Sí.

—Mi hermano ahora mismo es bastante inestable. No ha pasado un buen día, Shia. Ya hablarás con él mañana. Confía en mí, es lo mejor.

Como si ella se hubiese ido de fiesta... Quería ser consecuente pero también necesitaba tener al menos una posibilidad de verle, de mirarle a la cara y de hablarle como nunca le había hablado.

—No, Koda. Sé lo que vais a hacer mañana y quiero hablar con tu hermano antes. ¿Lo estás protegiendo de mí?

—Lo estamos aislando un poco. Está sobrepasado.

Maravilloso, pensó con ironía. ¿Podían hacerla sentir peor de lo que ya se sentía?

—Koda... te lo suplico —rogó—, es muy importante. Dime dónde puedo encontrarlo.

—Si te lo digo, prométeme que vas a ser buena con él. Mi hermano es muy duro, pero en realidad sufre mucho por su incapacidad para hablar de sus emociones. Deja de torturarlo.

—Él no es ningún angelito.

—Ya lo sé. Pero tú eres mucho más inteligente emocionalmente que él. No abuses demasiado.

—No abuso, capullo. Dime dónde está —exigió con tono dominante.

—No te enfades conmigo.

—Los Kumar me ponéis de muy mala leche.

—Pues vas a un muy mal lugar —espetó con un deje sonriente en el aire—. Te van a bajar los humos de golpe.

—Ya lo veremos.

—Está a salvo, en su mazmorra. En el único lugar que sabe que tú nunca volverás a pisar.

Shia rechinó los dientes y cerró los ojos consternada.

—¿Y eso te lo ha dicho él? —dijo desafiante.

—Sí. Él entiende que lo rechazaste como Dómine, que no lo quieres así. Rompiste el trato de las tres torturas ¿no?

—Sí.

—Por eso asume que no irás a encontrarte con él a su cueva. Entrar en una mazmorra del Reino es asumir los roles. Da por hecho que no vas a tener los pantalones para ir a hablar con él a allí. Y aun así...

—¿Aún así qué?

—Nada. ¿Vas a ir?

—Por supuesto —dijo decidida.

—Dasan no te espera. Y no creo que te abra voluntariamente. Necesitarás una llave. Yo tengo que ir un momento a la Villa a coger algunas cosas para mañana. Si te das prisa, te doy una tarjeta para su mazmorra.

—¿Sí? —dijo emocionada.

—Sí.

—De acuerdo. Gracias.

—No me las des... Te he dicho que no está de humor. Después no digas que no te avisé.

No tenía por qué advertirle. Shia sabía quién era Dasan y qué era. Nunca le aterrorizarían ni sus caricias ni su modo de dominar en el sexo, porque eso era lo que siempre había estado buscando y él nunca le dio. Shia quería que la dominara y que le hiciera sentir que era más fuerte que ella, pero no para sentirse amenazada. Lo que quería era saberse protegida. Estaba dispuesta a ir a su mazmorra y a que allí pasase lo que tuviera que pasar. Porque lo quería. Y le debía una disculpa, no por haber hecho lo que ella creía conveniente, porque lo haría siempre que lo considerase. Sino, por no ver el daño que le podía hacer al desaprobalo, sobre todo después de comprobar lo mal que podría haber acabado. Aquello había sido una cura de humildad en toda regla.

—Me dan miedo las personas como Goliat que campan por el exterior a sus anchas —aclaró Shia a Koda—. Pero el Dómine que vive en Dasan y que habita en su mazmorra, me puede inspirar respeto, pero nunca me asustará.

La línea se quedó en silencio y Koda dijo:

—Entonces, ven. Puede que todavía haya esperanza para ti.

### ***El Sibil del lobo***

No se la podía quitar de la cabeza. Estaba tumbado en la cama de la cueva, con la vista fija en el techo de piedra gris.

Llevaba todo el día sin verla y de hecho era lo último que quería. No sabía cómo sobrellevar esas emociones. El rechazo de Shia y su descrédito hacia él lo convertían en alguien vulnerable.

Y nunca había sido un hombre con debilidades.

Ahora tenía un talón de Aquiles rubio, precioso, mordaz y desafiante, a la que hoy habían querido segar la vida.

Él le advirtió de los peligros que podían acecharla, pero la joven y su cabezonería le habían ordenado que no fuera con ella. Y él la había obedecido y todavía no sabía el porqué, dado que no seguía normas ni órdenes de nadie. Sin embargo, a ella la había escuchado alto y claro, y se había apartado, todo por querer respetarla y no incomodarla.

¿Por qué había cedido? ¿Qué mierda de protector era?

Como fuera, Dasan tenía un plan. Y lo ejecutaría con Koda, pero para ello debía recuperar la calma. Una calma que no llegaba porque lo único que veía cuando cerraba los ojos eran las muchas versiones de Shia.

La que lo rechazaba como Dómine.

La que lo rechazaba como amigo y protector.

La que lo desobedecía.

La que ni confiaba ni creía en su persona.

Había una parte instintiva y dominante más allá de los gustos D&S en Dasan. De hecho, esa parte estaba muy desarrollada en los Kumar. Era un lado animal, algo salvaje que odiaba estar encerrado y detestaba que lo domaran. Y Shia lo había domado con aquellos ojos azules enmarcados por las gafas y aquel tono de voz sardónico cuando le dijo que no quería que fuera con ella. Se había sentido como un perro acatando la reprimenda de su

dueño. Esperando paciente en su casa hasta que regresara, dispuesto a perdonárselo todo.

Y esa rabia, esa humillación que él se había tragado como un sumiso que no era, todavía le ardía dentro. No era un hombre pasivo ni subordinado.

Pero la abogada lo volvía loco y le daba la vuelta como a un rustido a fuego lento. Y todo por su propia voluntad de complacerla y de no arrebatarse ningún poder.

La experiencia de ese día le demostró que se había equivocado. En ese aspecto de la vida que concernía protección y mando, él era el fuerte. Y ella no se había querido dejar ayudar.

Allí, en su mazmorra, recuperaba el sentido y el liderazgo y conectaba con esas sensaciones primarias que necesitaba para ser quién era y seguir adelante con su meta. Allí era un Dómine, mandaba él y no una niñita rubia con dos cojones como los de un toro. Se recuperaría de aquel mal trago y del desdén abierto de la mujer que él había elegido. Estaba seguro de ello. Solo necesitaba más perspectiva y más serenidad.

Pero las desgracias nunca venían solas. Era una Ley de la vida.

Por eso, lo que menos se esperó, era ver que las puertas automáticas del Sibil se abrían sin su permiso.

—¡He dicho que no quiero visitas! —exclamó de malhumor sentándose en la cama de golpe. Dirigió una mirada rabiosa a la puerta, de esas que hacen que las personas se vayan por patas. Hasta que se dibujó la silueta de una chica. La misma chica, con la misma ropa y el mismo rostro que lo obsesionaba. La misma que se había ido de su casa esa mañana como si escapara de su carcelero.

Él se levantó como si su cuerpo pesara doscientos kilos. Y la miró de arriba abajo, ofendido porque estuviera ahí.

No iba a darle más ventaja. No le daría la posibilidad de humillarlo de nuevo y campar por su mazmorra arrebatándole todo el poder y el sentido que tenía para él. Era un lugar sacro. Un lugar de roles.

Shia se detuvo impidiendo que las puertas se cerrasen.

Lo observaba de un modo extraño. Como si quisiera meterse dentro de él o tuviera la capacidad de leer sus ojos.

Al menos, solo por un segundo, se alegró al comprobar que Shia parecía tan reventada anímicamente como él. Hasta que comprendió que también le dolía verla así. Y entonces, se sintió un miserable.

—Perdón. No quiero molestarte —susurró ella.

—¿Qué quieres? —dijo furioso.

Shia se encogió de hombros y sonrió con tristeza, como si fuera evidente.

—Solo quería verte y hablar contigo.

—Esto es una mazmorra. Mi mazmorra —aclaró—. No quiero que estés aquí.

Shia sabía que no se lo iba a poner fácil. Pero no pensaba desistir. Ni un paso atrás iba a dar.

—Quiero entrar.

—Yo no quiero que entres. ¿Quieres que te denuncie por acoso? —se dio la vuelta y se dirigió a la mesa—. Vete.

Ella cerró los ojos avergonzada. Aquella mañana lo había amenazado con lo mismo, solo porque él quería acompañarla y protegerla. Y se lo había prohibido. Él tenía el mismo derecho de echarla en ese momento, pero ella no quería aceptarlo.

Shia tragó saliva y negó con la cabeza.

—No.

—Vete.

—Dasan... —su voz trémula asaltó el sibil—. No te he visto en todo el día. No has venido a verme ni una vez —no tenía derecho a protestar nada, pero le dio igual—. ¿Por qué no viniste al bungalow con tus hermanos si conocías los mensajes que intercambiaban por la otra línea? Enviaste a Koda y a Lonan, pero ni rastro tuyo.

—Shia, no te lo quiero repetir —gruñó agarrando la mesa lisa de piedra y clavando la punta de los dedos en ella.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Qué quieres que te diga, Dasan? ¿Que lo siento? Pues sí, lo siento —admitió ella—. Tú tenías razón y yo he sido muy inconsciente. Lo siento mucho. Muchísimo... no estoy acostumbrada a que nadie cuide de mí. Hago las cosas a mi manera porque nunca he dependido de nadie. Y me equivoco —

necesitaba que la mirase para que viera lo arrepentida que estaba. Se iba a romper ahí en mil trocitos si Dasan seguía siendo tan inaccesible.

Él guardó silencio y agachó la cabeza, como si le doliera oír aquellas palabras. No tenía intención de ceder. Ya le había dado mucho terreno y ahora solo quería recuperar parte de esa tierra.

—No tengo ganas de oírte ni de verte, Shia. Lárgate. Me alegra que estés bien y que no te haya pasado nada —arguyó sujetando las riendas de su ferocidad—. Pero lo que pasa entre tú y yo —negó abruptamente—... eso no lo comprendo. Y creo que no es bueno. Yo no soy bueno para ti. Tú no eres buena para mí.

—¿Yo no soy buena para ti? —dijo dolida.

—No. No lo eres. Te expones, me desafías constantemente, no permites que me acerque y que te cuide...

—Yo no soy adivina. No sé lo que quieres de mí. No sé cómo te sientes. Nunca me lo has dicho —le dijo sincerándose.

—Ya da igual. Respétame una vez al menos, sal de mi mazmorra y vuelve al hotel. Porque allí estarás mucho más segura que aquí. Y Blanch te querrá con ella. Yo no.

El vacío y el silencio lacerante lo sobrecogió.

Shia dejó ir un leve sollozo, esforzándose para que él no la oyera.

Y después, no se oyó nada más.

A continuación las puertas automáticas se cerraron, con delicadeza, sin excesivo ruido.

Dasan destensó los hombros y se cubrió la cara con las manos, superado por la tensión y por el esfuerzo soberano que lo había poseído para no arrastrar al interior de la mazmorra a Shia y hacerle todo lo que sus instintos descontrolados querían hacer para que las cosas entre ellos quedaran claras.

No. No iba a dejarse ir así. Lo mejor era que ella se fuera.

Allí se habría encontrado con un Dómine disgustado, que la quería y la deseaba como un loco, pero que no iba a obviar sus propias emociones.

—Yo decidiré si tú no eres bueno para mí. No tú.

Dasan se dio la vuelta como si estuviera acorralado.

Ella no se había ido. Increíble.

Shia cerró las puertas metálicas y barradas del interior, encerrándolos a ambos, las que sumergían en la experiencia de una auténtica mazmorra. Tiró la tarjeta al suelo y después volvió a encararlo, quedándose parada en medio de la cueva.

—¿Qué haces? —espetó Dasan.

Shia abrió los brazos, entregándose por completo.

—¿Te doy igual? ¿En serio? No me lo parece...

—¿Qué estás haciendo?

—No te lo voy a poner fácil. No me das miedo. No me asusta que estés enfadado. Yo también lo estoy conmigo misma y contigo —le dejó claro—. Pero también sé que no quiero estar en otro lugar esta noche. Quiero quedarme aquí. No me eches, por favor —le pidió con el corazón en la mano.

—¿Por qué haces esto? No voy a tener piedad —le advirtió.

—Porque lo necesito —reconoció—. Necesito desentenderme y darte a ti todas las riendas —confesó llorosa—. Estoy asustada. Hazme sentir cosas, Dasan... porque ahora mismo no siento nada.

—Tienes otros Dómines dispuestos. A mí no me quieres.

—¡Dasan! —exclamó frustrada—. ¡No me lo pongas más difícil! —le pidió sacándose las gafas para limpiarse las lágrimas—. ¡No sé qué más decirte! ¡Lo siento mucho!

A él la tensión lo embargaba de tal modo que iba a empezar a temblar como si fuera a convertirse en Súper Guerrero.

Pero cuando ella vio que no iba a mover ni una célula de su cuerpo, desistió y lamentando profundamente su fracaso, corrió a darse la vuelta para irse de ahí y coger la llave del suelo que le daría la libertad. Porque ahí adentro, con tanta tensión, se ahogaba.

—¡Está bien! ¡Me voy! —profirió entre lágrimas—. ¡Y esta es la última vez que vengo a ti y que te suplico...!

Dasan la levantó por la muñeca, la agarró y la obligó a caminar por la cueva hasta arrinconarla contra las rejas de las puertas metálicas. Aplastó su cuerpo contra el de ella. Sus ojos plateados parecían fundirse como el hierro.

—No —le ordenó él—. Tú ya no te vas.

## CAPÍTULO 13

No la dejó hablar.

Le dio un beso tan duro y tan potente, oprimiéndola contra las barreras metálicas y gruesas de la verja de acero, que se agarró a esa violencia como si fuera un salvavidas.

Y Shia tampoco es que tuviera ganas de decir nada más. Lo único que quería era que él la tocara, que la devolviese a la vida y la sacase de ese entumecimiento que la opacaba y la convertía en alguien que no era. O tal vez, sí. Tal vez sí era esa persona también, solo que nunca había tenido la oportunidad de experimentarla, porque nunca se sintió perdida, equivocada y dependiente.

Y lo necesitaba. Necesitaba a Dasan.

Lo necesitaba desde que había salido de su casa, a pesar de haberse ido dando un portazo y enfadada con él.

Dasan le sujetó la cara con una mano y la aplastó con su cuerpo. Ella dejó ir un gemido de desesperación y le rodeó la espalda con las manos, queriendo más, profundizando con su lengua en su boca.

Él la apartó de las rejas y hundió una mano en su pelo rubio, obligándola a mirarlo.

—¿Quién manda aquí? —sus ojos eran los de un lobo de verdad. Un cazador hambriento que quería jugar con su presa antes de acabar con ella.

—Tú —contestó ella.

—¿Qué te va a pasar aquí?

Ella tragó saliva, nerviosa y emocionada por verle tan encendido y vivo. Pasiona l y duro, así le gustaba. Así era como la estimulaba. Así era como siempre se lo había imaginado y ahora, por fin, Dasan se mostraba ante ella sin máscaras y sin control.

—Que me vas a dominar.

—Sí. Y te voy a castigar. Esta vez no te libras de mí y de lo que soy.

—Yo nunca me he querido librar de ti —contestó ella admitiendo abiertamente su fantasía—. Me he hartado de ir en tu busca, Dasan. Eras tú el que me apartabas.

—Pues ya me tienes. Aquí estoy —sentenció llevando una mano a su sexo y acunándolo por completo.

Él le quitó las gafas y las lanzó a la otra punta de la mazmorra, sobre la cama. A continuación, sin dejarla ni pensar, le sacó el jersey holgado que llevaba, y el sujetador. Lo hizo tan rápido que por un momento Shia creyó que tenía más de dos manos.

La cogió en brazos y la subió encima de su mesa de piedra. Allí le quitó las botas y los pantalones, arrastrando las braguitas con ellos, tirando fuerte por los tobillos. Shia tuvo que agarrarse al extremo de la tabla de piedra para no caerse de culo. La dejó totalmente desnuda en menos de un minuto, como si un tornado hubiese barrido su cuerpo y solo le dejase la piel.

Y de repente, él le dio la vuelta sobre la mesa, para que quedara apoyada sobre su vientre. Se quitó la camiseta y se quedó con el torso desnudo. A continuación se dobló sobre ella, para que sintiera su piel contra su espalda.

Dasan ardía y ella temblaba por la expectación.

La mano dura y grande del calavera se deslizó entre sus nalgas hasta palpar con dos de sus dedos la entrada a su vagina. Los introdujo de golpe y con la otra mano sujetó toda su melena rubia, como si sus dedos fueran la goma de su pelo.

—Quiero hacértelo todo —clavó los dedos muy profundamente. Los retiró y metió dos más. Hasta cuatro en su interior, y después curvó su pulgar sobre el orificio fruncido del ano, para masajearlo.

—Dios... —murmuró Shia cerrándose alrededor de sus dedos.

Dasan soltó su pelo y sin dejar de trabajarla con su otra mano, le azotó la nalga con la palma abierta.

Shia se tensó y después soltó un quejido liberador.

—Vas a hacer lo que te diga.

—Sí —musitó ella.

—Pero primero, voy a prepararte a conciencia.

Dasan sacó los dedos de los dos lados. No quería, le hubiera encantado provocarle un orgasmo así, pero necesitaba otra cosa. Quería estar enterrado en ella tan profundamente como pudiera. Porque su deseo era marcarla. Que no pudiera pensar en otra cosa que no fuera él.

Se bajó los pantalones sin desabrochárselos. Sacó su erección y se agarró todo el tronco para dirigirlo a su entrada ya húmeda. La abrió bien con los pulgares y la penetró de una sola estocada, estirándola y haciéndose espacio hasta que estuvo completamente alojado.

Dasan lo había estado echando de menos todo el día.

A ella. A su cuerpo. A estar en su interior. Y pensar que por su cabezonería podría haberla perdido para siempre, le puso enfermo.

En cada estocada, en cada penetración se dejó ir para dejarle claro a Shia que eso no se lo iba a hacer más. Que tenía que tratarlo bien, porque él la trataría siempre como la Reina que era. Pero en ese momento solo quería demostrarle que estaba dolido. Y recordarle quién era él para ella.

La agarró bien de las caderas y tironeó de ella para encajarse aún más en su interior.

Shia quería morir ahí mismo. El placer doloroso, la intensidad, la lujuria y la reprimenda se conjugaban en el modo que tenía Dasan de poseerla en su mazmorra.

Y todo eso le demostró por primera vez que él sí sentía cosas por ella. Cuando un hombre tan controlador y tan distante como era Dasan en las distancias cortas, se sacaba la máscara y liberaba todo aquel caudal emocional a través de los movimientos de su cuerpo, quería decir que la mujer que le provocaba todo eso le afectaba de verdad.

Que era importante para él porque había resquebrajado su armadura.

Dasan la sacudió con tanta potencia que en cuanto le agarró el clítoris entre sus dedos, hizo que se corriera al momento. De una manera inesperada.

Shia se apoyó en la mesa de piedra con las palmas y curvó su espalda dejando ir un grito de placer incuestionable.

Dasan sonrió contra su hombro, muy quieto en su interior, pero no tenía bastante. Acababa de empezar.

—No te relajes —le ordenó dándole una cachetada en la otra nalga. Su piel se enrojeció y a Dasan le fascinó tanto su color escarlata que le dio otra palmada en la contraria.

Shia siseó y al mismo tiempo, palpitéo alrededor de su polla, como si sufriera microorgasmos por el escozor de la piel y la activación de la sangre.

Con él en su interior, la agarró por la cintura y la levantó hasta sentarse con ella en el potro, con las piernas bien ancladas al suelo. Excepto las de Shia que flotaban en el aire.

Dasan no dejaba de moverse adentro y afuera. Shia apoyó la espalda en su torso y dejó reposar la cabeza sobre su hombro.

El moreno de ojos plata la besó solo una vez en los labios. Ella quería más, pero estaba visto que en ese momento no tocaba. El calavera quería derretirla.

La inclinó hacia adelante y le obligó a poner las manos por encima de su cabeza. Se salió de su interior, la apoyó en el potro y besándole en la nuca le murmuró:

—Quédate así un momento.

Dasan aprovechó para levantarse, quitarse los pantalones e ir en busca de algunos artilugios necesarios para someter a Shia como quería.

Shia no podía quitarle los ojos de encima. Era una obra de arte apolínea.

Sabía que había cogido algo más aparte de unas muñequeras de piel.

—No mires —le ordenó.

Shia obedeció.

Sabía que estaba colocando algo en el extremo del potro. Algo que ataba con fuerza con una correa. Después, se colocó delante de ella y le rodeó las muñecas con las sujeciones de piel. Se las ató con una correa alrededor del potro, dejándola completamente inmovilizada y con su pecho pegado a la superficie del potro.

De repente se posicionó a su espalda, ella ya no veía nada. Pero él podía ver lo perfecto que era su cuerpo, su culo enrojecido y respingón y la suavidad melosa entre sus piernas.

La sujetó por las caderas y le levantó el culo lo suficiente para que empezara el segundo *round*.

Fue entonces cuando sintió de nuevo el tacto sedoso del dildo. Ella se tensó, porque tenía que curvarse y relajarse bastante para que eso entrara en ella. Pero Dasan la ayudó poco a poco, animándola y empujándola hasta que se quedó sentada encima del consolador realístico y no se veía ni un centímetro de él. Penetrada por delante.

Con el dildo clavado en ella profundamente, Dasan volvió a inclinarse sobre su espalda y a llenársela de besos cuidadosos.

¡Zas! Volvió a *spankear* su trasero y ella se agarró a las propias tiras de cuero de sus muñequeras.

—Recuerdo tu fantasía —le dijo él en voz muy baja—. Querías una doble penetración. Sentirte totalmente poseída —sus dedos hurgaron alrededor de sus labios exteriores—. Pero no voy a permitir que otro te folle. No lo voy a tolerar.

Era así. Así quería sentirse. Totalmente escuchada, atendida y tenida en cuenta. Dasan se estaba haciendo cargo, la dominaba como le daba la gana y la cuidaba. Ella no quería tampoco meter a otro hombre de por medio en su fantasía. Hubiera sido muy violento. Quería a Dasan. Solo a él.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó cubriéndose la boca con el antebrazo. Se mordió a sí misma para tolerar tanto placer.

—Voy a darte lo que quieres —agarró el bote de lubricante, dejó ir un chorro sobre el ano y se empapó dos dedos para colarlos entre sus nalgas. Primero coló la punta del dedo corazón, mientras besaba la nuca de Shia y la intentaba tranquilizar.

—Pero Dasan yo quiero... quiero verte —protestó Shia.

—Te he dicho que voy a darte lo que quieres —le dijo con voz más dulce—. Pero cuando yo lo decida. Tú no das las órdenes ¿recuerdas ?

Shia apretó los dientes rabiosa. Y dejó caer la cabeza hacia abajo cuando sintió el dedo de Dasan avanzando a través del recto. Si eso la dejaba impresionada, ¿qué iba a pasar cuando él quisiera entrar?

—Nunca lo he hecho —reconoció ella.

—¿Pero confías en mí? —preguntó metiendo un segundo dedo con cuidado de no hacerle daño.

—Ah... joder... Dasan... Sí.

—Eso quiero oír. Relájate, bonita —le ordenó—. Relaja tu culo hermoso.

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo se iba a relajar, por todos los Santos?

—Me muero de ganas de hacértelo, Shia —reconoció él emocionado—. Vas a tenerme a mí por delante y por detrás. Voy a ser el primero —celebró.

La iba a desvirgar analmente. Eso era una realidad como un templo.

Dasan se colocó detrás de ella bien posicionado. El potro era perfecto en altura para él. Shia tenía el trasero en el extremo, sobresaliendo. El dildo la empalaba por delante sujetándola como un gancho casi, para que no se cayera. Y él se iba a encargar de su puerta trasera.

Le iba a demostrar que no habría manera de olvidarse de él y de ignorarlo. A partir de ese día su cuerpo iba a estar marcado por él.

Después de retirar los dedos, la sostuvo por las caderas, y dirigió su pene lubricado con una mano, hacia su ano.

Ya estaba abierto, pero aun así costó que engullera su cabeza roma.

Pero una vez desapareció su glande en su interior, todo iba a ser más fácil.

—¡Dios! —exclamó Shia echando la espalda hacia atrás y curvándola lo poco que podía. Con las muñecas sujetas no se podía mover como deseaba. Y entonces, Dasan trasladó una mano hacia uno de sus pechos y la otra rodeó su garganta con suavidad, solo para mantenerla en esa posición y él pudiera comerle la boca.

La besó y le preguntó sin despegar sus labios de los de ella.

—¿Estás lista?

—Sí.

Él la miró con tanta intensidad que la dejó paralizada.

—Cuando salgas de aquí recuerda quién es el dueño de tu cuerpo. Recuerda que, aunque duela y aunque no te lo merezcas, te doy lo que tú me pidas.

Dicho esto, Dasan se impulsó hacia adelante y penetró a Shia, hundiéndose profundamente y desvirgando la parte de su cuerpo que ningún hombre se había atrevido a tocar o a reclamar.

A ella se le saltaron las lágrimas. La sensación era indescriptible. Parecía que se iba a partir en dos, que tenía el vientre lleno y la barriga repleta y que le costaba hasta respirar. Y en cierto modo así era.

—Tranquila —Dasan la calmaba con su voz, prodigando su rostro de besos. Besándola en los labios con una pasión que la derretía como la mantequilla—. Eso es... déjame entrar. Acostúmbrate.

Le ardía la entrepierna. Era demasiado. Pero le daba igual. Quería a Dasan de esa manera. Quería a un tío con el carácter como él, que tuviera la personalidad suficiente como para dejar sin argumentos a una abogada como ella. Que la mantuviera interesada.

Que se le grabase a fuego en la piel.

Y el Calavera se le estaba tatuando violentamente.

Él empezó a moverse por detrás, y su réplica hacía lo propio por delante. Poco a poco su cuerpo se fue acostumbrando, y lo que era doloroso e incómodo, se acabó convirtiendo en algo ardiente, resbaladizo y muy caliente y placentero.

Daba igual si Shia tenía ganas de correrse. Dasan no le dejaba. Cambiaba el ritmo. La tocaba entre las piernas y la descentraba. Y la volvía loca. Estaba desesperada.

Cuando ya no lo podía aguantar más, Dasan paró. Estiró los brazos por encima de ella y le desató las muñequeras de piel.

—¿Puedes sentarte?

Shia se incorporó hasta quedar casi sentada en el potro, ensartada por los dos lados.

—Me vas a matar —confesó cogiendo aire.

—No, nena —le dijo él rodeándole el vientre con una mano y el pecho del piercing con la otra—. ¿Te quieres correr? —le mordió el lóbulo de la oreja y después la besó de un modo que parecía robarle el oxígeno. Sujetó una de sus manos y se la guió hacia su entrepierna para que ella misma se tocara.

Estaba tan inflamada... nunca estuvo así antes.

Shia le rodeó el cuello por atrás con una mano y le devolvió el beso. Empezó a tocarse, y Dasan sonrió sobre su boca para espetarle.

—Eres lo más caliente que he visto jamás, Shia. Me vuelves loco.

A ella le agradaron tanto esas palabras y esa confesión, que tuvo reacción en su útero. Sin dejar de tocarse, empezó a correrse y no supo por dónde le venía el orgasmo, sí por delante, por detrás o por los dos lados a la vez.

Pero fuera como fuese, fue largo, intenso y estuvo a punto de perder el conocimiento.

Dasan se corrió con ella y se vació en su recto, y ella percibió hasta la última gota.

Las dos manos de Dasan le cubrían el sexo. Parecía que no quería soltarlo nunca. No dejaba de balancearse en su interior y ella no dejaba de gemir. El orgasmo iba a acabar con ella.

—Tienes que parar... —le pidió—. Estoy muy sensible. Por favor...

—No. Todavía no —contestó con cara de gusto, extasiado y sudoroso.

Se salió de su interior con delicadeza, y después desató el dildo de las correas del potro. Shia no comprendía lo que iba a hacer.

Dasan sujetó su molde con una mano, para que no se saliese del interior de la joven, y la levantó con el otro brazo hasta cargar con ella hasta el sillón orejero, un trono del Rey lobo. La sentó a horcajadas encima de él, cara a cara, y la movió para que se sentara sobre su erección y pudiera penetrarla de nuevo por atrás.

Ella se agarró a sus hombros. Ambos compartían el aliento, frente con frente.

—¿Querías verme?

—Sí —confesó ella.

—Yo también. Quiero que te corras otra vez.

—Es demasiado. No creo que vaya a poder... —reconoció ella.

—Claro que puedes —le dijo él empujando las caderas hacia arriba. El movimiento hacía que el dildo en su vagina se moviera—. Y me vas a dar lo que quiero. Solo deja que pase... No peles. Será mucho mejor que la anterior. Te lo prometo.

Shia intentó abrazarse a él, que la mantenía en su sitio. Pero Dasan unió sus labios a los de ella, hundió sus dedos en su pelo largo y rubio y no cortó el beso ni una vez. Ni siquiera cuando ella empezó a convulsionar presa de un

nuevo orgasmo violento y demoledor, que la hizo derrumbarse encima de él y llorar en silencio. A él, estar enterrado en su ano y percibir todas esas contracciones hizo que se volviera a correr.

Shia permaneció en silencio, sin pronunciar una palabra. Solo se quedó abrazada a él, sorbiendo contra su cuello, sobrecogida por aquella experiencia y liberación.

Dasan le rodeó la espalda con sus fuertes brazos y vació hasta la última gota en su interior.

Sabía que la chica estaba intentando superar aquello emocionalmente, y le acariciaba la espalda y las nalgas, porque quería que notase que la acompañaba, que estaba con ella. Y que él, aunque había hecho ese tipo de intercambios otras veces, con sus hermanos, nunca había vivido nada parecido.

Shia era única. Y no se la acabaría jamás.

—Eh, bebé —le murmuró peinándole el pelo con las manos—. ¿Quieres que vayamos a la cama?

Shia asintió y sorbió por la nariz. Cuando Dasan la miró, sintió que se caía en un pozo de amor infinito y que estaba perdido para siempre. Pero no iba a luchar contra ella.

Solo quería abrazarla y dormir. Que ambos durmieran y descansaran.

Se levantó con ella en brazos, salió de su interior y le quitó el dildo lanzándolo sobre la camilla. Ya se encargaría de dejarlo todo en orden y limpiarlo al día siguiente.

Ahora el lobo quería colmar de atenciones a su loba. Una loba de un pelo rubio magnífico y unas agallas descomunales.

Se tumbaron sobre el colchón, y él la abrazó por la espalda. Sujetó una de sus piernas y se la puso por encima de su cadera para tenerla abierta. Y entonces se deslizó en su interior de nuevo.

Ella entreabrió los ojos soñolientos y lo miró con ternura.

—No me lo puedo creer... Te juro que no puedo más —dijo asombrada.

—No tienes que hacer nada —le aseguró él abrazándola y uniendo su pecho a su blanca espalda—. Solo déjame estar aquí —le rozó el clítoris con

los dedos—. ¿Me dejas o estás muy dolorida? —iba a hacer la acción de alejarse y dejarla tranquila por deferencia.

Pero entonces ella llevó una mano hacia atrás y le sujetó por la nalga para que no se despegara de su interior.

—No. No te vayas —le pidió—. Quédate —sonrió, entrelazó los dedos de sus manos y se llevó un dorso a los labios, para besarlos con adoración.

—Shia... —musitó como si emitiera una plegaria—. ¿Qué demonios me estás haciendo? —hundió su nariz entre su pelo.

—Chist... no digas nada.

Dasan observó a Shia hasta que ella se quedó dormida. Esa chica era un maldito ángel justiciero.

Y su lado más dominante la había reclamado entera esa noche.

Él había sido el primero. Y quería ser el último también.

No sabía cómo debía continuar ni qué debía hacer. Y seguramente se equivocaría muchas veces. Pero lo haría lo mejor que supiera para conseguir que esa mujer quisiera estar con él, a pesar de todo.

Porque él ya no concebía quedarse sin ella.

### *A la mañana siguiente*

Cada músculo dolía. Pero era un dolor bienvenido.

Dasan tuvo el detalle de cogerla en brazos y meterlos a los dos bajo el chorro relajante y sanador de su enorme ducha en la mazmorra. Un baño de líneas elegantes y colores grises claros, con muchísima luz y con hidromasaje.

Aquello era nuevo. Nunca había disfrutado de las atenciones post-doma del Dómine. Y Shia pensó que podría acostumbrarse a eso con facilidad. Ahora que lo había probado, tal vez lo necesitaría toda la vida.

El modo en que la lavaba, le limpiaba por cada recoveco, con suavidad, tocándola más de la cuenta, masajeándola... Era todo para ella.

Shia se dio la vuelta entre sus brazos y lo miró a los ojos.

Le parecía tan divino, ahí bajo el agua, con los chorros resbalando por su rostro y sus ojos grises entrecerrados, embebiéndose de ella, que suspiró y dejó caer su frente sobre su abultado pecho.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó. De maravilla. ¿Cómo no iba a estarlo si Dasan resultaba ser en las distancias cortas y sinceras todo lo que ella había esperado y más? No iba a sobrevivir a eso.

Él le levantó la barbilla y la besó con delicadeza. Después la ocultó en un abrazo y hundió su rostro en su melena rubia y empapada.

Ella le pasó las manos por la espalda desnuda y resbaladiza y las dejó reposadas sobre sus nalgas, que parecían de hierro. Después le acarició por delante y le rodeó el miembro, que seguía excitado, con sus dedos.

—¿Tú no descansas? —le preguntó divertida.

—Contigo cerca no. Casi siempre que te veo estoy así.

—No es verdad —repuso ella estupefacta.

—Sí. Sí lo es —Dasan dejó ir una risita honesta en su cuello—. No me pasa con nadie. Solo contigo.

—¿Me lo dices en serio? Tú has estado con muchísimas mujeres —le acarició arriba y abajo con movimientos envolventes y cadentes—. Con Jessica, que es terriblemente atractiva, por ejemplo.

—No. Yo no he estado con ninguna mujer —reconoció hundiendo los dedos en su pelo y echándole la cabeza hacia atrás suavemente. Su espalda chocó contra la pared fría y húmeda y Shia sonrió por la sensación—. Lo he hecho. Le he dado placer, compartiéndola. Pero nunca he tenido nada para mí solo.

Para ella aquellas palabras eran música.

—Dijiste que conmigo querías retomar las domas individuales. ¿Es lo que vas a hacer a partir de ahora?

—He dicho muchas cosas —aseguró muy arrepentido—. Pero ahora no me vale nada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con la esperanza de convertirse en alguien importante para él.

—Quiero decir que... —se aclaró la garganta y cerró los ojos—. Oye, para de acariciarme —se aplastó contra ella—. Tienes que descansar un poco de mí —la miró de arriba abajo—. Pero si haces eso...

—¿Qué? —los ojos de Shia chispearon divertidos.

—Sabes lo que va a pasar.

—No. No tengo ni idea —contestó ocultando una risita.

Dasan la cogió en brazos. Shia le rodeó la cintura con las piernas y se sujetó a sus hombros. Era maravilloso disponer de un hombre tan fuerte y grande para ella sola.

—¿Te lo enseño? —tironeó de su labio inferior.

—Sí, por favor —murmuró ella.

En ese momento, la voz de Koda retumbó por toda la mazmorra.

Shia abrió los ojos de par en par, nerviosa al pensar que él pudiera entrar y descubrirlos.

—¡No fastidies! —exclamó.

Dasan se echó a reír.

—No está aquí. Es el altavoz del manos libres de la mazmorra.

—¿Dasan? —dijo Koda esperando respuesta—. Despertad ya.

—Estamos despiertos —contestó Dasan.

—Tenemos que adelantar el viaje. Y tengo noticias muy suculentas.

—¿Por qué?

—El sujeto A, B y C se reúnen con el Z. Han cambiado la hora del encuentro.

—¿Cómo? ¿Cuatro?

—Sí. Hay cuatro implicados. Y creo que Nick tiene la identidad de uno de ellos. Te espero en media hora en el Orleanini. No debemos retrasarnos.

—De acuerdo. Ahora voy.

Cuando Koda cortó la comunicación, Shia lo miraba expectante. Pero muy seria. Y Dasan reaccionó como pudo.

—No me mires así. Te dije que no me iba a echar atrás. Voy a solucionar esto a mi manera, Shia. Sé que estás en contra de mis procedimientos, pero...

—No te iba a decir nada de eso —le interrumpió.

—¿Ah, no?

—No —reiteró acariciándole el pelo—. De hecho, quiero pedirte algo.

—Lo que quieras.

—Quiero ir contigo. Y quiero ayudaros.

—¿Ir con nosotros? —no comprendía la propuesta—. No sabes lo que vamos a hacer. Y te quiero aquí, segura y a salvo.

—Dasan —le suplicó enmarcando su cara con las dos manos—. Sé que te he hecho enfadar y tú a mí también. Pero, quiero empezar de nuevo. Creo que puedo ayudaros. Y tengo un plan.

—La violencia solo entiende de violencia, Shia. No hay otro plan para eso.

—No. Sí lo hay. No os estoy diciendo que no actuéis y que no le hagáis nada, porque Dios sabe que deseo lo peor para ese hijo de perra. Pero creo que podemos resarcirnos a lo grande, y hacer algo sin precedentes. Quiero darle a Blanch la venganza que desea, y quiero vengarme yo también.

—No voy a dejar que te pongas en peligro, rubia. Eso es imposible.

—No voy a estar en peligro. Tú no vas a dejar que me pase nada. Dasan, te lo suplico... —acarició sus labios con los pulgares—. Yo he confiado en ti ¿verdad?

—Sí.

—Pues confía en mí, calavera. Y escucha lo que tengo que decirte.

Si Shia necesitaba alguna prueba del respeto que le tenía y de lo importante que era para él, le estaba dando la más evidente de todas: daba su brazo a torcer, solo porque estaba comprendiendo que cuando uno quería, los reclamos del otro se convertían casi en deseos por cumplir.

Y Dasan quería cumplir todos los deseos de Shia, aunque ella todavía no lo supiera.

—Te escucho, abogada.

Ella sonrió agradecida y contestó.

—Con la venia de su señoría.

## CAPÍTULO 14

La sonrisita de Koda al verlos llegar juntos no tenía precio.

Lamentablemente, el asunto que traían entre manos era muy serio y no tenían tiempo para bromear. Solo para actuar y ponerse en marcha. Pero eso no impidió que Koda añadiera alguna pullita.

—Parece que esta noche el lobo se ha ido de cacería.

—Corta el rollo —contestó Dasan.

Koda se carcajeó y le dio un beso en la mejilla a Shia, como siempre hacía.

—¿Qué tal? Qué cutis más bonito. ¿Te han hecho un tratamiento o algo?

Ella entrecerró los ojos azules, se subió las gafas por el puente de la nariz y contestó:

—Sí. Muy exclusivo, por cierto —le guiñó un ojo.

La respuesta hizo feliz a Koda, y también a Dasan que no dejaba de mirarla como si la Dómine fuera ella y no él.

—¿Quieres algo, rubia? —le preguntó Dasan—. ¿Café y Donuts?

—Sí, gracias.

—Madre mía —cantaletó Koda fascinado—. ¡Pero si hasta parecéis una pareja!

—Cállate un poquito —le pidió Shia pellizcándolo.

—Yo también quiero lo mismo, amor —Koda se mofaba de su hermano abiertamente y se protegía de los ataques de Shia.

Dasan pidió cafés y donuts para todos y mientras esperaban, el mediano urgió al pequeño de los calavera a hablar.

—Adelante, Koda. Ponnos en situación.

El de la cresta frunció las cejas mirando a Shia.

—¿Pero ella está de acuerdo?

—Ella viene. Dice que tiene un plan. Y aún estamos por aceptarlo o no.

—Ah —arqueó la ceja del piercing—. ¿Te quieres venir al lado oscuro y vengativo, abogada?

Shia se cruzó de brazos y apoyó los codos en la mesa. Llevaba una chupa de cuero, una sudadera blanca, unos tejanos desgastados y muy estrechos que le quedaban tres dedos por encima de los tobillos, y unas Disruptor negras. Después de salir de la mazmorra, Dasan la había acompañado al Origin para cambiarse de ropa. Allí, Blanch dormía todavía, y ella hizo lo posible por no despertarla. Dasan vestía parecido a ella, excepto por su jersey, que era negro y su calzado eran unas botas Timberland negras.

—Quiero que el lado oscuro y vengativo tenga un sentido. Vosotros me ayudáis y yo os ayudo. Dime qué es todo lo que sabéis —pidió sin pretender parecer exigente—, y veré cómo encaja mi idea en todo lo que habéis organizado.

Koda miró a Dasan como si esperase su permiso para empezar a hablar, y al ver que este asentía sin más, el de ojos dorados hizo un resumen muy amplio para ponerla en situación.

—De acuerdo. Como sabes accedimos al atestado de la policía. A lo poco que pueden tener.

—Sí.

—Tienen a una testigo llamada Beatrice Parson. La mujer que estaba encerrada en el baño cuando a Blanch la atacaron.

—Sí. ¿Y?

—Beatrice confesó que fue un hombre la persona que atacó a Blanch. Porque oyó una voz robusta y masculina.

—Pero eso no es cierto —repuso Shia—. Blanch dijo que fue una mujer, incluso le habló. Sintió los pechos contra su espalda. No era un hombre.

—Eso es. Pero la única testigo que hay, dice lo contrario.

—No —Shia sacudió la cabeza—. No es correcto. No puede haber un atestado así, contradiciendo lo que pueda revelar Blanch. Eso complica mucho las cosas. Es como el dicho de «miente, que algo quedará».

—Nosotros pensamos lo mismo, y más después de lo que nos dijiste que te dijo Blanch. Como no entendíamos nada, le pedí a nuestro amigo Summers que buscara información sobre Beatrice, porque algo no nos cuadraba. Nick es el tío más eficiente del mundo, y le encanta poder estar ocupado en casa mientras cuida de su pequeña y disfruta de su apacible y acomodada vida. Así que se ha volcado en todo lo que Karen y nosotros le hemos pedido. Y ha encontrado cosas muy interesantes.

—¿Qué ha encontrado?

—Beatrice Parson, además de ser una experta aficionada a la caza, con lo cual debe tener muy buena puntería, ojo al dato, tiene un perfil en las redes sociales, uno que se ha asegurado de ocultar muy bien. Uno muy particular. «Bea GLT».

La expresión de Shia era un poema. No podía concebir lo que Koda le decía pero, al mismo tiempo eso ayudaba a que todo cuadrara.

—¿Te suena, Shia?

—Sí —contestó. Su voz acerada era muy evidente—. Las siglas GLT son las que usan las seguidoras del club de fans oficial de Goliat. Las más radicales.

—Exacto —Dasan se apartó para que Jeff colocara los cafés y los donuts en la mesa—. Gracias, Jeff. ¿Una seguidora fan de Goliat es la única testigo que, casualmente, está en el baño cuando entra Blanch? No es casualidad. Es organización. Está en el ajo.

—Pero... Un momento, deja que me aclare —Shia tenía la mirada perdida en la superficie de la mesa, poblada de desayuno—. A Blanch la atacó una mujer en el baño. Y ella me asegura que había otra más en la puerta, vigilando a que nadie entrara, porque era la que alertaba a su agresora y la que le metió prisa para que se fueran rápido de ahí. Son tres personas. Si Beatrice es la pieza cómplice que tiene que desinformar de todo, nos faltan las otras dos.

—Tenemos a tu agresora, Shia —le juró Dasan—. La tenemos localizada en este móvil, como te dije —Dasan le mostró la pantalla del iPhone—. Nick hizo un clon. Lo hackeó. Este es el número de teléfono que localizamos por GPS, el que te atacó. Pero su móvil tiene dos tarjetas, está crackeado. Necesitábamos acceder a la otra línea para entrar en sus conversaciones

privadas. Y... ¡bingo! Nick lo consiguió. Así fue como me enteré de que alguien te había disparado en el bungalow y mandé corriendo a mis hermanos para comprobar si lo que decía era cierto. Y, sí, tenían razón. Pero no te habían dado a ti. Lamentablemente, habían herido a la asistenta.

Shia se frotó los ojos por debajo de las gafas y puso cara de estupefacción.

—Entonces, tenéis toda esa información registrada.

—Sí. Karen se está encargando de ponerlo todo en regla en un informe profesional. Pero lo que queremos es llegar al cabecilla. Hay cuatro números que se comunican entre ellos. Cuatro personas. Tenemos a tres muy localizadas. Tu agresora, la falsa testigo francotirador, porque estoy convencido de que es ella la que disparó, y muy posiblemente, la tercera será la que se posicionó en la entrada del baño para asegurarse de que nadie las viera. Necesitamos estar cerca de ellas e identificarlas, así podremos comprobar las cámaras del aeropuerto y ver si, como aseguramos, ellas estaban ahí ese día. Las entradas de los baños no tenían objetivos, pero el resto del aeropuerto sí. Podremos localizarlas.

A Shia todo aquello le parecía maravilloso. Pero no estaba muy segura de lo que Dasan podía llegar a hacer una vez las tuviera localizadas. Era muy visceral. Y en esos casos se necesitaba frialdad.

—El cuarto es Goliat —sentenció Shia—. Su perfil es el de un hombre vengativo que odia no salirse con la suya. Para él, Blanch y yo somos cabos sueltos. Y merecemos ser castigadas por haberle desafiado. Él siempre estuvo muy cercano a su grupo de fans. A las GOLIATERS. Sabía qué decirles, cómo convencerlas y cómo manipularlas para que se sintieran imprescindibles en su vida y creyeran que él era de su propiedad y ellas de él. Muchas de ellas están un tanto desequilibradas, perdidas y consideran que él es el amor de sus vidas. Harían barbaridades en su nombre. Matarían por él —afirmó sin ninguna duda.

Dasan y Koda pensaban exactamente lo mismo, por eso no añadieron nada más, excepto el plan que tenían.

—Nuestro viaje a Las Vegas tiene como objetivo grabar a los cuatro juntos, y después, obtener una confesión.

—¿Por la intimidación? —repuso Shia en desacuerdo—. ¿Mediante la violencia? Esa gente no va a hablar. No dirán nada que les ponga en un

aprieto. Se protegen los unos a los otros y, ante todo, protegen a su Dios.

—Será como tenga que ser, Shia —le recordó Dasan—. Te dije que no voy a alargar esto más. Nos vamos a encargar del cantante.

—Te he propuesto un plan antes —le recordó—. Es muy válido.

Dasan no lo olvidaba. No era una mala idea, pero el solo hecho de que Shia se pusiera en el punto de mira de ese violador, lo ponía enfermo.

—¿Qué plan es? —le preguntó Koda interesado—. Quiero escucharlo.

—No me gusta —intervino Dasan dejando claro su postura.

—Bueno, deja que Shia me lo cuente, al menos.

—Es fácil —Shia resopló con impaciencia. Ella lo veía muy factible, pero a ver cómo convencía a esos dos guardaespaldas cabezones de que su plan podía funcionar—. Blanch tiene su teléfono pinchado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sigue estándolo?

—Sí.

—Y ellos no tienen ni idea de que sabemos todo y que les leemos.

Koda la miró de soslayo.

—Así es.

—Lo que yo propongo es que Blanch y yo tengamos una conversación por WhatsApp. Le digo que voy a ir a Las Vegas a encontrarme con un segundo testigo de lo que le pasó en el baño. Para empezar, ellas ya sabrán que aún sigo viva. Las noticias han dado la identidad de la mujer herida y no era la mía. Se les encenderán todas las alarmas cuando crean que alguien más las vio. Les diré un lugar y una hora en la que estaré a solas, esperando a mi chivato. Llevaré una cámara en las gafas.

—No me jodas que tienes unas gafas de ese estilo, abogada —murmuró Koda estupefacto.

Shia puso los ojos en blanco.

—Tengo unas gafas de ese tipo, sí, ya sé que soy friki —dijo con una sonrisita—. Pero se ve muy nítido todo y de maravilla. Y me han funcionado muy bien en otras ocasiones.

—¿Qué puedo decir? —Dasan se encogió de hombros—. Es una cajita de sorpresas, la rubia.

—Ellas harán lo posible para que esa reunión falsa no tenga lugar —continuó Shia—. Estarán muy nerviosas. Y vosotros estaréis ahí cuando vengan a por mí. El material visual es determinante. Necesitamos tener esas pruebas llenas de confesiones. Y cuando ellas hayan hablado y estemos en posesión de sus móviles, tenderemos una trampa a Goliat. Y... —se cogió un Donut y lo mordió con ganas— ese es mi plan. No es tan difícil. No hay que ir a la confrontación directa y a obtener una resolución final de infarto. Puede haber otro camino menos agresivo. Más —se tocó la sien— de cabeza.

—Nos está llamando brutos y torpes a la cara —aclaró Dasan alzando la comisura de su labio con condescendencia.

—Puede que lo seais un poco. Yo solo propongo otra vía.

Cuando Koda absorbió todo lo que ella le había dicho, la mirada que le dirigió a Dasan fue más que elocuente. Shia sonrió, porque sabía que a él su idea sí le había gustado.

—No me parece mal, Dasan.

El Kumar mediano se echó el pelo hacia atrás y negó disconforme.

—No quiero que sea un señuelo de nada.

—Es el mejor modo que tenemos de obtener las declaraciones. Shia es lista. Sabe cómo conseguir toda la información necesaria. Y no le va a pasar nada —aseguró tranquilizando a Dasan—. Ni tú ni yo vamos a permitir que le hagan daño. ¿Tú confías en nosotros? —le preguntó a Shia.

—A ciegas —sentenció—. Sé que me cuidaréis —Shia coló una mano por debajo de la mesa y le acarició el muslo a Dasan, con cariño y mucha complicidad—. No me va a pasar nada. Tú te encargarás de eso —le recordó—. ¿Verdad?

Él la miró fijamente y asintió con un movimiento seco de su cabeza. Después cubrió su mano y entrelazó los dedos con ella.

—¿Entonces? ¿Sí o no? —preguntó Koda expectante.

—Joder... sí —admitió Dasan arrepintiéndose al instante de haberlo dicho—. No me gusta, pero sois dos contra uno.

A Shia le enternecía verlo tan nervioso al pensar que estuviera en peligro. Se alegraba de que contaran con ella y de haberles convencido.

Y no confiaba en nadie más para que la hiciera sentir segura.

Sin embargo, Dasan no sabía una cosa: que el verdadero peligro de todo aquello era admitir abiertamente y sin subterfugios que estaba enamorado de ella.

Shia no quería esperanzas de ningún tipo, pero cuando un hombre de ese tipo defendía así a una mujer, era inevitable hacerse ilusiones.

Como igual de imparables sería la hostia que se daría contra el suelo, si al final, volvía a estar equivocada y proyectaba solo lo que desearía que fuera y no era.

Al final, todo era apostar y jugársela.

El calavera también tendría que hacer lo mismo.

## ***Las Vegas***

### ***Planet Hollywood Resort & Casino***

—Hace unas semanas estuvimos aquí con Karen —recordó Koda sin dejar de hacer fotografías con su cámara cuyo objetivo era casi tan grande como su mano.

Para Shia era como ver un Gran Hermano. Sabían lo que iba a pasar, cuándo iba a ser y dónde. Y las fichas, los jugadores, se movían tal y como ellos esperaban que lo hicieran.

Allí, en la avenida más famosa de Las Vegas, en el The Strip, estaban parapetados en una mesa, alejados de las miradas y los focos, controlando los movimientos de las tres chicas.

Eran tres mujeres normales y corrientes. Una más bajita y gruesa que las demás, de pelo lila oscuro. La otra delgada y espigada, rubia con media melena al estilo Cleopatra, y una tercera con un peinado a lo Garson, morena y con un eye-liner muy llamativo oscuro y grueso. Era la que la atacó, pero se había cortado el pelo.

Tres mujeres normales y corrientes, que vestían eso sí, con las camisetas de su ídolo. La cara de Goliat estaba estampada en el frontal, y en la parte trasera, en blanco, estaban escritas las letras de su último single. Un éxito de ventas. Una estrategia comercial perfectamente pensada para que saliera al mercado justo cuando él tuviese la libertad.

Hablaban entre ellas, incómodas, como si no las tuvieran todas consigo. Y era muy normal. Blanch le había seguido el hilo perfectamente y entre ambas habían creado un diálogo muy veraz, aunque toda la información que intercambiaron era falsa.

Shia no se podía imaginar qué movía a tres mujeres así a actuar de esa manera contra otra mujer. No comprendía cómo los valores, los principios y la sororidad que debía presuponerse entre el sexo femenino, desaparecían ante un hombre con cara bonita. Era lo más asqueroso del mundo. Lo más repugnante. Que otras mujeres pusieran en duda la verdad de una violación o de un maltrato solo por pensamientos machistas y retrógradas. ¿Sabrían esas tres chicas la verdad? ¿Sabían a qué animal estaban venerando y lo que le había hecho a Blanch? ¿Por qué le creían a él? ¿Solo porque querían su polla? ¿O porque, tal vez, en muchos casos era verdad el lema de que la mujer era el peor enemigo de la mujer? Tal vez, solo necesitaban sentirse importantes para él y queridas por una estrella. ¿Era eso? Fuera como fuese, nada les daba la razón.

Nada justificaba aquel acoso a Blanch ni a ella.

Se estaban manchando las manos de sangre por culpa de una estrellita con tantas inseguridades y tanta maldad que solo se sentía fuerte e importante cuando violaba o apaleaba a una mujer.

—La más gruesa de las tres es Beatriz Parson —le dijo Dasan, sentado pegado a ella.

—La morena con el pelo a lo chico —dijo Shia presa de una rabia incontrolable—. Esa tiene la corpulencia, la altura y la pose de la mujer que me atacó. Es ella. Tiene los mismos ojos y el mismo eye-liner.

—Cógeles bien las caras, Koda —ordenó Dasan.

—Eso hago. Esta cámara es un pepino —dijo orgulloso. Tenía la cámara encima de la mesa, oculta con una sudadera—. Míralas, las tres juntitas, maquinando.

—No están maquinando —aseguró Shia—. Están asustadas. Saben que han dejado un cabo suelto.

—En realidad, no están asustadas. Esas mujeres no tienen miedo de nada. Harán lo que haga falta por agradar a Goliat —la contravino Dasan—. Ahora están planeando lo que tienen que hacer contigo. Y... Joder, mira —señaló el móvil con el GPS. Habían tres flechas en un mismo punto. Las tres mujeres. Pero se acercaba una cuarta flecha azul al mismo cónclave.

Ambos torcieron la cabeza para mirar disimuladamente hacia la mesa lejana en la que se encontraban las chicas. Y entonces, vieron acercarse a una cuarta persona. Un tipo con sudadera negra con capucha, gorra, gafas de sol, vestido como una estrella del Trap. Su piel era pálida y sus deportivas estaban repletas de brillantes. Muy discreto, sí señor.

—Lo tengo —dijo Koda haciendo fotos.

—Es él —Shia lo podía reconocer perfectamente. En el juicio se había hartado a repasar sus movimientos, sus posturas, su lenguaje corporal, su actitud... podía detectarle sin problemas—. Es Goliat.

Sus andares soberbios, su espalda muy recta. Las manos en los bolsillos de la sudadera y una sonrisa sardónica en los labios. Apareció ante ellas y las tres mujeres se lanzaron a sus brazos. Le hacían la ola. Solo les faltaba besar el suelo que pisaba.

—Mira las tres perras cómo se ponen con su amo —murmuró Koda fotografiando sin cesar—. Pero no se le ve la cara, entre la capucha, la gorra y las gafas... Va de incógnito. Necesitamos algo más evidente, joder. Así siempre podrían decir que no es él.

Shia también lo sabía. Aquello solo confirmaba sus sospechas, no obstante no sería suficiente. Quería un documento visual. Uno real que no dejara lugar a dudas.

—Este tío tiene un concierto en unas horas, aquí, en el Teatro del Planet Hollywood.

—Sí —asumió Shia.

—Y lo ha vendido todo, el cabrón.

—Sí. Y la mayoría son mujeres —aseguró Shia—. Hay pocos hombres entre sus seguidores. Pero eso se va a acabar —se juró.

Dasan la miró con preocupación y también con mucho orgullo. Shia era valiente, osada y sabia. No era una mujer fanática de nada, tal vez porque tenía mucho sentido común, y era muy coherente y realista. Pero si debía admirar a alguien, jamás sería a tipos como Goliat. No sería a ese tipo de artistas y personas populares.

Porque Shia admiraba a las personas que conseguían grandes cambios. No a los que cambiaban a peor. A ella el dinero, la popularidad, el poder y la belleza no le importaban nada. No le llamaba la atención. Ella era fan de las personas auténticas y de las supervivientes.

Porque Shia era una mujer de principios. Íntegra y con un sentido de la justicia moral que hacía mucha falta en una sociedad como esa.

La conversación que tuvieron Goliat y esas tres mujeres, no duró más de veinte minutos. Se sentaron en la mesa, se tomaron un café rápido y después de despedirse con más abrazos y besos de estrella a fans, él se fue por donde vino.

Sin embargo, las tres sospechosas habituales, continuaron hablando entre ellas, decididas a seguir haciéndolo muy feliz, aunque para ello tuvieran que joder las vidas de otros.

—Voy a hacerlo, Dasan —le dijo Shia sin necesidad de que él preguntara nada—. No me mires así. Estoy convencida. Tengo que entrar y hablarles de cerca sin coacciones.

—Lo sé —él no se iba a pelear con ella por eso. Solo tenía que protegerla—. Pero sabes que tienes que manipularlas para que puedas grabar las confesiones que necesitas ¿verdad? Puede que te levanten la mano.

—Perfecto, porque quiero que lo hagan. Que suelten todo el veneno que tienen.

—No quiero que te hagan daño.

—Vais a estar oyéndolo todo. Sabréis cuando tenéis que entrar. Si va a peor, tú estarás ahí —dijo ella tranquilizándole—. Yo sé cómo tengo que hablarle a esas mujeres. Y sé cómo sacarles lo que quiero —miró al frente de nuevo, ocultándose con la carta alargada de los postres—. Soy abogada ¿recuerdas?

Él sonrió y parpadeó como si le diera la razón.

—No se me olvidaría jamás.

—Ya sé que vosotros no haríais las cosas así.

Dasan le acarició la parte baja de la espalda y negó con la cabeza.

—No. No haríamos las cosas así. Probablemente, Koda habría ido a por Goliat y le habría dado una paliza de muerte. Le habría dicho: «como vuelvas a acercarte a Blanch o a Shia, te mato». Y yo, habría enviado a las tres mujeres muy lejos. Seguramente las habría metido en un contenedor de algún puerto con destino a Tailandia o a Hong Kong, sin papeles y con un kilo de heroína por cabeza.

Shia elevó sus cejas rubias y silbó, fingiendo sorpresa.

—No está nada mal.

—No.

—Pero te olvidas de algo. Hago todo esto para limpiar de una vez por todas la imagen de mi amiga y para desenmascarar a este capullo y a sus seguidoras taradas.

—Y me parece bien. Pero lo que yo haría es, ni más ni menos, lo que se merecen. Puede que no sea lo correcto, pero sería justicia divina.

—O justicia calavera —le corrigió Shia.

—¿Y sería menos justicia?

Ella se lo quedó mirando, pensando en ello y al final admitió la verdad.

—No. Es lo que haríamos las personas que sentimos como propio el dolor que sufren los demás. Es bonito. Salvaje —apuntó dejando caer la cabeza a un lado—. Pero bonito. Como tú —espetó sin apenas pensárselo.

Dasan quiso comerle la boca ahí mismo y montar un espectáculo, pero como no podían llamar la atención, hizo un esfuerzo y al final acabó mirando a su hermano y con un gesto de la cabeza le dijo:

—Vámonos. Hay que preparar la encerrona.

Koda asintió. Se levantó sin despertar muchas suspicacias y Dasan y él cubrieron a Shia para que ellas no la pudieran advertir al salir del restaurante.

Si querían que todo saliese bien, debían estudiar el lugar de la reunión, los posibles escondites en los que ocultarse para que no los descubriesen y, sobre todo, que Shia se sintiera cómoda y arropada.

Ella era lo más importante de todo.

## CAPÍTULO 15

Erótica ,

Shia se recolocó las nuevas gafas por enésima vez. Era imposible que detectaran la cámara. Porque parecía un tornillito.

No oiría a Dasan ni a Koda, pero ellos verían todo lo que ella veía. Estaba tranquila por eso. Porque no permitirían que le hicieran nada. Sin embargo, Shia tenía que provocar a sus agresoras lo suficiente como para que ellas mismas se delataran.

En la conversación falsa que había tenido con Blanch, le había dicho que había quedado con el testigo en el Fashion Show Mall, uno de los centros comerciales más grandes del mundo ubicado en la Avenida Strip. Los domingos, a esa hora, se celebraban desfiles de moda en el centro y solía estar abarrotado. Nadie quería perderselo.

Shia y Dasan habían estado investigando el mapa del centro comercial y habían descubierto un par de zonas aisladas. Eran descansillos de elevadores de uso privado del personal, y se podía acceder a ellos a través del parquin. Necesitaban espacios privados para que nadie les viese ni les molestase, porque no podían interrumpir sus declaraciones. Ellas debían sentirse cómodas para que emergiera su lado pandillero y actuaran como Shia esperaba. Además, la hora que había adjudicado para el falso encuentro con el testigo, les coincidía de lleno con el concierto de Goliat en el Planet Hollywood y eso, seguramente, las pondría de peor humor, porque eran de las que estaban en primera fila, cogiéndole la mano al artista, cantando sus letras y no se perdían ni un show. Shia les había hecho perderse el último que tenía en Las Vegas ese fin de semana. La odiarían más por ello.

Miró el reloj. Eran las siete en punto. La hora exacta del supuesto *Meet & Great*.

En el lugar en el que se encontraba, frente al ascensor del personal, no había ni un alma. Podía escuchar el sonido ambiente del exterior, dado que el

centro comercial era espectacularmente grande y la poderosa música de Lady Gaga con su *Born This Way* animando el desfile.

Pero las puertas eran gruesas y aquel espacio privado estaba bien aislado como en una burbuja.

Shia volvió a mirar el reloj, y en ese momento, la puerta que conectaba una de las plantas del centro comercial con el descansillo de aquel elevador de uso personal, se abrió de par en par, y aparecieron las tres mujeres que Shia esperaba.

Aunque debía mostrar sorpresa y recelo. Como si no supiera de qué iba la cosa.

—¿Quiénes sois? —preguntó fingiendo desconocimiento.

—Tú no sabes quiénes somos —dijo la morena con el pelo corto y muy pintarrajeada. Las tres llevaban las mismas ropas que en el restaurante—. Pero nosotras a ti te conocemos a la perfección. Y eres muy escurridiza.

Sus expresiones eran muy parecidas las unas de las otras. Estaban convencidas de que lo que hacían era una orden divina, una misión personal. Que limpiaban el nombre de su ídolo que era un dechado de bondad y perseguían a las mujeres malas que querían acusarlo de cosas que nunca había hecho.



Estaban perturbadas.

—¿De qué me conocéis?

—Eres la abogada de la puta. Eres igual de puta que ella, de hecho —contestó la más gordita y bajita de las tres. Tenía una papada con el tamaño de media cara y el rostro lleno de pecas. Sus ojos eran marrones rojizos.

La que tenía el pelo con media melena y flequillo rubio y recto se acercó a Shia y la miró con los ojos medio cerrados.

—¿Con quién tenias que reunirte tú hoy aquí?

—Con nadie que os interese.

La del pelo corto y negro dio un paso hacia ella y le dio un puñetazo tan fuerte en el estómago que la dejó sin respiración. Después la agarró del pelo y le soltó:

—A ver si así haces memoria —sacó una navaja del cinturón del pantalón y le mostró la hoja.

Bien. Perfecto. Eran de gatillo muy fácil. No poseían experiencia ni inteligencia y solo se dejaban llevar por la pasión ciega hacia su estrella. Sería muy fácil para Shia llevarlas adonde quería.

—Tú eres la que me agrediste en Carson. Me querías clavar un punzón —gruñó intentando recuperar el aire.

—Sí, muy bien. Soy yo. Ibas muy guapa esa noche. Lástima que un coche hiciera luces... —lamentó mostrándole una ristra de dientes perfecto—. De lo contrario hubieses acabado como tu amiga Blanch. Ahora dime cuál es el nombre de tu contacto y dónde vive.

—No lo sé... —mintió—. Se puso en contacto conmigo de manera anónima.

—¿Te dijo lo que te quería contar? —volvió a tirarle del pelo—. ¿Te dio algún tipo de información?

—Me dio mucha. Muchísima. De ese tipo de información que os pondría en un aprieto —espetó entre dientes.

—No te creo —adujo la morena, que parecía ser la más dura de todas.

—Dijo que la testigo del baño, la señorita Beatrice es una Goliater. Y que entró con dos mujeres más. Una parecida a ti —le insinuó— y la otra rubia que se quedó afuera del baño vigilando. Como tú —se dirigió a la tercera en discordia—. Me dijo que podía identificarlas si fuese necesario y que tenía un vídeo del aeropuerto en el que se las veía juntas. Que tú, Beatrice —miró a la gorda— disparaste a la asistenta de mi bungalow creyendo que era yo. Y que lo hiciste con una escopeta de caza con silenciador. Porque... tú cazas, ¿verdad? —acababa de lanzarles el anzuelo.

Iban a picar inmediatamente. Y fue la “testigo” la que explotó.

—Os dije que no funcionaría —su voz se hizo temblorosa. Estaba aterrorizada—. Si hubieses hecho bien tu trabajo —increpó a la morena— no

tendría que haber ido a arreglar tu estropicio. Pero no pudiste ni con Blanch ni con esta —soltó despectivamente.

—Yo no soy una asesina —negó repetidamente la rubia en bucle.

—No lo eres, porque no fuiste tú la que apuñalaste a Blanch ni la que me disparó —le recordó—. Fueron ellas —miró a las que acusaba directamente—. Hay dos que se pasarán una eternidad en la cárcel, y una que puede salvarse... ¿serás tú, rubia?

Las quería nerviosas y enfrentadas. Que esa falsa unidad se agrietara ante la aparición de dificultades que no podían subsanar.

—Goliat se va a decepcionar tanto —se lamentó la rubia retorciéndose los dedos de las manos.

Shia sonrió al oír eso y celebró grabarlo todo.

—Goliat no tiene por qué enterarse. Nosotras somos sus centinelas, recordadlo —murmuró la morena—. Todavía podemos solucionar todo esto. Danos el nombre de tu testigo o te corto a trocitos. Esta navaja hace auténticos destrozos —sonrió con maldad—. Que se lo digan a tu amiga Blanch.

—Vete a la mierda, psicópata enferma.

—¡He dicho que me lo digas! —exigió acercando peligrosamente la navaja al cuello de Shia. Le hizo un corte no muy profundo, y Shia gritó impresionada.

Y justo en ese momento, la puerta se volvió a abrir. Dasan entró como si él fuera la auténtica caballería al grito de «¡yo soy su puto contacto, zorra!».

Empujó a la gorda con tanta fuerza que su cabeza rebotó contra la pared y cayó inconsciente en el suelo. Y acto seguido, sujetó la muñeca de la morena pandillera y se la partió. Después le dio un puñetazo en toda la cara y la dejó tendida encima de la otra.

La rubia estaba hecha un ovillo, tapándose los oídos con cara descompuesta.

Él le dirigió una mirada de loco a Shia y la señaló con el dedo.

—¡Ni se te ocurra llamarme la atención porque haya pegado a una mujer! ¡Es el puto Satán, eso es lo que es!

Shia se sujetó la herida superficial del cuello con la mano y movió la cabeza negativamente.

—Pensaba decirte que a la rubia no le hagas nada porque la necesitamos —señaló humedeciéndose los labios—. Lo que le hayas hecho a estas, me da igual.

Dasan la cogió por los hombros y se agachó para verle la herida.

—No es nada. Por favor, Hulk. Cálmate —bromeó con una risa nerviosa.

Él tenía la mandíbula tan tensa que parecía que los dientes iban a salir disparados como las teclas de un piano roto.

En ese momento, Koda entró con el portátil en la mano.

—Tíos... esto es una película increíble. Tus gafas graban con muy buena definición, Shia. Ha sido muy emocionante.

—¿Qué vamos a hacer con estas dos? —señaló Dasan a las mujeres inconscientes.

—Habrá que encerrarlas en algún lugar —comentó Shia—. Tenemos que quitarles los móviles, eso lo primero.

Dasan se acercó a ella de nuevo para revisarle la herida, y le acarició la piel de la garganta con suavidad.

—La navaja —dijo ella nerviosa—. Esa es la navaja que utilizó con Blanch. Se ha grabado su confesión. No la toquéis porque tendrá sus huellas... Podemos incriminarla directamente.

Pero a Dasan le daba igual eso. La atrajo a su cuerpo y la fundió con uno de sus abrazos.

Ella se relajó por completo contra él y lo rodeó por la cintura.

—Vas a hacer que me acostumbre a estas cosas —musitó Shia feliz.

Dasan no contestó. Apoyó la barbilla en su cabeza y miró a la mujer rubia, que seguía en shock.

—¿Qué quieres que hagamos con eso de ahí, abogada?

—A ella... a ella no hay que hacerle nada, por ahora. Va a ayudarnos a hacer la puesta en escena final. Me ayudará a que David venza a Goliat. ¿Estás preparado?

¿Para que ella volviese a ponerse en peligro y exponerse demasiado y a él le entraran los mil infiernos al verla en riesgo? No. Para eso no estaría preparado jamás.

Pero habían decidido hacerlo a su manera. Y la respetaba.

### ***Tres horas después***

Era un ídolo de masas.

Era un objeto de deseo.

Era lo que los hombres querían ser y lo que las mujeres querían poseer.

Pero nadie sabía que su música y sus letras eran pura falacia. Él, que tenía canciones galardonadas que hablaban del respeto, de tratar bien a las mujeres, de amar con todo, no predicaba con el ejemplo.

Para Goliat era fácil ser así. Se había construido una fachada que vendía, asesorado por sus representantes y por todos los que trabajaban a su alrededor, entre los que también había mujeres que le recomendaban qué discursos debía emplear cuando saliese en los medios. Porque sí. Era una máquina de facturar de la que muchos chupaban.

Y a Goliat le gustaba pensar que los tenía a todos de rodillas chupándole la polla, sin importar si lo que hacía o dejaba de hacer era correcto o no.

En su mundo, el bien y el mal no existían como tal. Esas dos nociones se convertían en vendible o no vendible. Y él vendía.

Y vender te daba todo el poder.

Sin embargo, había cosas que no podía hacer en público. Cosas que deseaba por encima del éxito y la adoración: como por ejemplo, darles su merecido a Blanch Jonasson y a Shia Styles, por haber intentado joder su carrera y su vida. No se olvidaba de ellas. Pero como no podía mancharse las manos, tenía a sus propias perras para que hicieran el trabajo sucio.

Beatrice, Chris y Carol, sus tres Goliaters, posiblemente las más feas de toda la orda de zorras que tenía a sus pies. Sabía que con esas tres mujeres tenía el cielo ganado por aguantarlas y soportar su actitud infantiloides y sus

baboseos continuos. Pero era un peaje que tenía que pagar a cambio de poder manipularlas para conseguir que hicieran lo que él quería.

De vuelta a la suite del Planet Hollywood, en el ascensor que le llevaría a la última planta toda reservada para él después de haberlo reventado en el concierto, solo pensaba en lo que sus tres esclavas le habían dicho.

Que no habían disparado a Shia. Que de Blanch se desconocía el paradero, pero sí sabían que se hablaba con Shia. Y que la última conversación que habían tenido había sido muy inquietante.

Sin embargo, Beatrice le había asegurado que la reunión de Shia con aquel supuesto testigo no iba a tener lugar, porque ellas se lo iban a impedir. Y no solo eso: Chris, la más violenta de todas, le había prometido que le traería un regalito para celebrar el éxito internacional de su single y el triunfo de sus conciertos en Las Vegas.

Cuando las puertas se abrieron, Goliat divisó a Carol, con el pelo y la ropa húmeda por la lluvia que caía en Las Vegas, esperando ansiosa en su puerta. No estaba acompañada ni por Chris ni por Beatrice. Estaba sola.

—Hola, bonita —le dijo Goliat con aquella voz ensayada y dulce. Abrió lo brazos con una sonrisa hipócrita, para que Carol, como siempre hacía, se sumergiera en ellos buscando los cariños que nadie le había dado por ser fea. Así pensaba él, era muy evidente. Porque él no la tocaría ni con un palo, pero le servía para sus propósitos.

Carol se abrazó como de costumbre y sonrió como la enamorada que era.

—Infórmame —exigió.

—Problema solucionado.

—¿Había testigo?

—No. No se presentó. Alguien la engañó —concluyó sin más—. Ya te lo dijimos. Lo hicimos muy bien en el aeropuerto. No habían testigos reales. No sabe nada de nada.

Goliat respiró más tranquilo y celebró que otros también quisieran joder a la abogada tomándole el pelo.

—Perfecto. Sois las mejores —le acarició la mejilla con una adoración que no sentía—. ¿Queréis pasar la noche en mi suite? —se lo ofrecía como pago por sus servicios.

—Te hemos traído la sorpresa que te dijimos —dijo Carol—. Y creo que es mejor que estés a solas con ella.

Goliat elevó sus cejas negras y miró a la puerta.

—¿Tengo una sorpresa de verdad? Espero que sea lo que creo que es. Os haría un templo a cada una si es lo que imagino.

Carol sonrió y guardó silencio como una pillina.

—Nosotras siempre velaremos por ti. Siempre te daremos lo mejor, porque te queremos. Somos fieles.

—Lo sé —Goliat unió su frente a la de ella—. Yo también os quiero a las tres. Por cierto, ¿dónde están las demás?

—En la habitación que cogiste para nosotras. Han tenido que ir a cambiarse, porque se ha puesto a llover de camino al hotel. Y nos hemos empapado.

Goliat la miró de arriba abajo. Era verdad. Estaba mojada.

—Pues ve a hacer lo mismo, rosa mía —le espetó dándole una cachetada en la nalga—. Y descansad. Os haré un concierto exclusivo solo para vosotras en cuanto el calendario me lo permita.

Carol asintió satisfecha y después de eso, esperó a que Goliat cruzara la puerta de su suite para poder abandonar la planta.

Él no veía la desolación en los ojos de su Goliat por saber que, en el fondo, lo llevaba de cabeza a la boca de la loba.

Cuando el cantante cerró las puertas y se dio la vuelta. No podía creer lo que veían sus ojos negros. Se alejó de la puerta y caminó hasta ella. Su pelo negro ondeaba a cada paso.

Era ella. Su obsesión. Su verdadero objeto de deseo. Ni siquiera quiso pensar en cómo la habían traído hasta ahí.

—No me puedo creer que esas tres estúpidas hayan conseguido que Shia Styles Tenacious esté en mi habitación.

La abogada estaba sentada en una silla, en el centro de la ostentosa suite. Las vistas de Las Vegas eran sobrecogedoras, como si estuvieran en una

película de fantasía llena de luces, ambientes de todo tipo y *glamour*.

Le habían cubierto la boca con un esparadrapo, y tenía las muñecas atadas a la espalda. Lo ponía duro con esas miradas reprobatorias a través del cristal de sus gafas, y con aquella actitud de «eres un mierda». Nadie le había complicado la existencia tanto como esa mujer.

La odiaba. La odiaba a morir. Pero también lo obsesionaba y no podía negar que se había masturbado durante todas esas noches pensando en lo que le haría si se la pudiese follar.

Porque era lo que quería. Someter a la abogada tenaz y darle lo que se merecía.

Shia alzó el rostro y mostró su garganta herida.

Goliat silbó y se echó a reír.

—Vaya... te han cortado. Qué pena.

Ella entrecerró los ojos y se removió en la silla como una leona.

—Calma, calma... —Goliat la rodeó y se colocó frente a ella. Posó una mano sobre su hombro y la otra sobre uno de sus pechos, estrujándolo sabiendo que le provocaría dolor—. A ver, déjame pensar qué es lo que va a pasar esta noche aquí —arguyó en voz alta—. Shia Styles vino a mí para reconocer que se había equivocado al juzgarme, admitir que Blanch era una desequilibrada y aceptar que siempre le gusté. Vino a entregarse a mí, como la guarra que es.

Shia negó efusivamente.

—¿No? Sí... te haré exactamente lo mismo que le hice a Blanch. Te follaré como sé que os gusta. ¿Qué? No te oigo —acercó su rostro a su nariz—. Está bien, te voy a quitar el esparadrapo porque quiero oírte gritar cuando te dé tu merecido —se lo quitó sin ninguna delicadeza.

Shia se quejó y movió los labios para hacer que su sangre volviese a circular bien. Los tenía rojos e hinchados.

—Violaste a Blanch. Le pegaste. Le diste una paliza. Nada va a borrar lo que hiciste.

—No hay pruebas de eso —contestó él—. El vídeo en el que supuestamente se reflejaba la violencia se extravió. Pero le di a tu amiga lo

que pedía a gritos.

—¿Que abusaran de ella?

—No. Un correctivo. Blanch vivía para provocarme. Para ponerme celoso. Quería volverme loco.

—¿Te estás oyendo? Eres un sociópata. Un desequilibrado.

—No dicen eso en los medios.

—Me da igual lo que digan o dejen de decir. Eres un violador. Un maltratador. Un misógino violento.

—No soy nada de eso —le quitó importancia—. Soy un adiestrador de perras. Eso es todo.

—A mí no me vas a engañar. Has engañado a todos, pero a mí no.

—¿Y tu testigo, Shia? ¿Ese con el que te reunías hoy? —jugueteó con su pelo y tironeó de él con fuerza hasta girarle la cabeza de manera poco natural—. ¿Por qué no dejas de joderme?

—No ha venido. Pero sí han venido tus hienas.

Goliat sonrió abiertamente. Muchas mujeres decían que era un hombre muy guapo. Pero ella solo veía oscuridad en él. Veía al demonio en sus gestos y en sus acciones.

Todo estudiado.

Todo frío.

Todo malo.

—Mis Goliaters son las mejores ¿verdad? ¿Crees que les tengo que pagar para que hagan lo que hacen? —murmuró orgulloso magreándole el otro pecho—. No. Lo hacen gustosas. Pegan por mí. Acosan por mí —se acercó a la herida de su garganta y la lamió—. Matan por mí. ¿Y sabes por qué? Porque sueñan con el día en que yo me pueda correr en su boca. Así de sencillo. Porque para eso están. Para eso estáis todas vosotras...

—Eres tan malnacido... —dijo incrédula—. Ojalá y todos vieran al verdadero Goliat que yo veo.

Él se rio de ella en su cara.

—Eres una ilusa. Eso no va a pasar nunca. Ríndete, Shia. No podrás vencerme nunca. Asume que mando yo y que una abogada como tú nunca podrá conmigo.

—Te metí dos años entre rejas.

—La gente no lo ve como una victoria tuya. Lo ve como un acto de honorabilidad mía. No te equivoques.

—Cambiarán de opinión con el tiempo. Les caerá la venda de los ojos, y todos esos que te apoyan se avergonzarán y quedarán retratados por promocionarte y por intentar lavar tu imagen. La lacra de la sociedad es su ignorancia y su ceguera. Pero tengo fe en que también pueden rectificar.

—Sigue soñando.

—Tienes esta planta solo para ti. ¿Por qué, Goliat? Déjame adivinar... Blanch me habló de ello —hablaba como si hiciese memoria—. Traes aquí a las jovencitas que quieres desvirgar y que están locas por ti. Porque adoras ver la sangre. Porque esa es tu manera de calmar tu filia. Te encanta el dolor. Adoras provocar dolor a las mujeres, pero como no puedes ir por ahí dando palizas prefieres follártelas y desgarrarlas. Porque estás podrido. Porque eres una mala persona. Así nunca podrán decir que les hiciste daño, porque se presupone en una primera vez ¿verdad? Me das tanto asco...

¡Pum! Goliat no le dio un bofetón. Le dio con el puño cerrado, tan fuerte que le giró la cara. Y con eso, se empalmó.

—Esta noche no hay jovencitas, Shia —Goliat habló entre dientes y dio una patada a la silla para que Shia cayera al suelo por su propio peso.

La joven no dejaba de mirarlo, envalentonada, como si no le diese ningún miedo.

—Esta noche estás tú, y te voy a destrozar. Como hice con Blanch. Tú eres más guerrera —espetó poniéndose de rodillas en el suelo y desabrochándose el cinturón— y será más divertido contigo. Tenéis que aprender que aquí mandamos nosotros. Aquí mando yo —Goliat se sacó el cinturón y lo alzó por encima de su cabeza, para azotarla—. Voy a domarte como a una yegua...

Shia recibió el primer azote con mucho dolor, pero también con gusto. Necesitaba grabarlo en estado puro, que se viera lo que era, con su cara que decían que era hermosa, desencajada por la putrefacción de sus ideas y de su alma.

Así que lo que pudo picar esa correa, no fue nada en comparación a la satisfacción de desenmascararlo.

Goliat estaba decidido a azotarla, a marcarla, a herirla... pero cuando alzó el brazo por segunda vez para volver a alcanzar su cuerpo, una figura corpulenta y mucho más grande y ancha que él, se erigió a su espalda como un héroe. Su vengador.

Shia también grabaría eso. Grabaría la diferencia entre un tipo de hombre y el otro.

Un hombre que iba de estrella, con su calzado de brillantes, su ropa cara perfectamente estudiada y su estilo cuidado y pulido; contra la imagen de la verdad hecha persona. De un Dasan protector, con los ojos inyectados en ira y vergüenza por todo lo que acababa de oír. Un hombre que protestaba contra ese tipo de comportamientos y que denostaba que existieran personas de su mismo sexo tan malas.

La madre de Dasan fue violada por Ben Bellamy. Él había sido una víctima colateral de ese tipo de suceso. Su madre no volvió a acercarse a un hombre nunca más. Pero educó a sus hijos en el amor y en el respeto, alejándolos del odio y de la inquina.

Los calavera amaban a las mujeres. Las cuidaban. Las respetaban.

Y Dasan era el vivo ejemplo de ello.

El Gunlock, cuya mirada se había vuelto acero, dio un salto en dirección a Goliat, y con los dos pies por delante impactó en el centro de su espalda.

Shia pudo ver el momento en el que su agresor salió disparado a propulsión, como un dibujo de cómic. El cinturón voló por los aires. Y el cuerpo de Goliat acabó impactando en una mesita de cristal del salón. El ruido fue estruendoso.

Cuando el artista intentó levantarse, ya tenía a Dasan encima. Quiso defenderse como un gato panza arriba, pero el calavera parecía una apisonadora. Alcanzó la cara de Goliat con sus puños hasta diez veces

seguidas, y no atendía a razones. Alguien tenía que detenerlo o acabaría matándolo. No oía los gritos de Shia, que se había liberado con ayuda de Koda, pidiéndole que parase. Era imposible que oyese a nadie. Estaba cegado por la ira.

Solo la veía a ella, a Shia y a la cara de sátiro enfermo que ponía Goliat ante la idea de lastimarla.

Koda fue en su ayuda. Lo agarró por debajo de los hombros y le hizo una extraña llave, reduciéndolo en el suelo para que cesase su ataque.

La cara de Goliat estaba repleta de sangre y en el suelo, alrededor de su cabeza, se empezaba a crear un charco rojizo por las heridas abiertas y emergentes.

—¡Eh! Tranquilo, hermano —le repetía una y otra vez—. Tranquilo. Ya está. Ya está. Ella está bien. Estábamos con ella en todo momento. Mírala, está bien —Dasan hizo el amago de ir de nuevo a por Goliat pero él lo retuvo—. ¡Deja de hacer fuerza o te vas a luxar los hombros, joder! ¡Yo no te voy a soltar, así que cálmate!

Shia estaba de pie, mirándolo a él y al maltrecho cuerpo de Goliat. Respiraba, eso estaba claro, pero no podía moverse y había perdido la consciencia.

—Suéltale —le pidió Shia a Koda.

—No estoy seguro... —Su hermano tenía mucha fuerza.

—Suéltale, Koda —le pidió de nuevo la abogada, cuyo rostro lucía el golpe de Goliat y, seguramente, la piel de su muslo también tendría una marca de la violenta correa. Pero no le dolía el cuerpo. Le dolía el corazón al ver a Dasan, llorando descompuesto por la rabia—. No va a hacerle nada.

Koda no estaba muy convencido, pero poco a poco fue aflojando la sujeción a su hermano, hasta que lo dejó libre.

—Dasan —Shia sentía tanta empatía hacia él, tantísimo agradecimiento por erguirse como un buen hombre que castigaba a otro que no lo era, que le daba igual si la paliza había sido violenta. No podía imaginarse por lo que tuvo que pasar Blanch con ese animal. Y dio gracias por estar con alguien como Dasan, que amaba a las mujeres. No las maltrataba—. Mírame.

Él giró la cabeza como un animal. Su hermoso pelo liso que era largo y hacia un lado, estaba alborotado. Sus ojos parecían más claros que nunca. Era un salvaje bellísimo y se había dejado los nudillos en carne viva por culpa de los golpes propinados.

Cuando Dasan por fin la vio, sana, salva y de pie ante él, retomó la respiración más pausada y calma. Con el aire en sus pulmones, bajaron sus pulsaciones y con la relajación que adquiriría gracias a la serena estampa de Shia, pudo ordenar a sus piernas para que se movieran hacia ella.

Y cuando llegó a un palmo de su cuerpo, sus rodillas le cedieron. Shia se quedó impresionada al verlo tan vulnerable. Él la atrajo con fuerza y hundió su rostro en su diafragma, para abrazarla con toda la necesidad del mundo.

Shia le acarició el pelo con las manos y lo apretó fuertemente contra ella, como si nunca quisiera soltarle. Y era verdad.

No quería soltarle jamás. Quería que se quedase con ella para siempre.

Emocionada, Shia miró a Koda y este, con una mirada serena y cómplice hizo un movimiento afirmativo con su cabeza y le dijo:

—Lo has logrado. Lo tienes, Shia. Los tienes a todos.

Sí, pensó ella agachando la cabeza para besar la coronilla de Dasan.

Habían conseguido toda la documentación y las pruebas que necesitaban con sus respectivas confesiones para encerrar para siempre a Goliat y a sus tres Goliaters, sus manos ejecutoras.

Pero no sabía si los tenía a todos de verdad.

Faltaba por ver si Dasan y ella podían ser una realidad. Si la quería.

Porque ella estaba locamente enamorada de él.

## CAPÍTULO 16

### *A la mañana siguiente*

No habían dormido nada.

Después de lo sucedido con Goliat, y de mostrarles los vídeos a la policía, Goliat había sido trasladado a un hospital bajo custodia policial y después ingresaría directamente en la cárcel, sin fianza. Hasta que pudiera tener su juicio, ya que todos los ciudadanos merecían un juicio justo. Sin embargo, con todas las pruebas incriminatorias, el abogado que se atreviera a defenderlo, se suicidaría profesionalmente.

Como fuera, eso era pensar excesivamente en el futuro.

Ahora debían saborear el triunfo presente.

Al llegar al Origin a primera hora de la mañana, Karen y Lonan los recibieron felices, entre aplausos, porque sabían la eficiencia y la contundencia de lo logrado. Todos los Amos, que habían sido advertidos sobre la hazaña que tenían entre manos, les hicieron el pasillo, jaleándolos.

Shia que no estaba acostumbrada a ese tipo de felicitaciones, avanzó con Koda y Dasan tras ella, mirándola orgullosos.

Se encontró a Blanch al final de ese pasillo. Era Jessica quien la sujetaba para que no perdiera el equilibrio. La Dómina parecía muy protectora con su amiga morena, y eso llamó mucho la atención de la abogada. Pero ya pensaría en ello más tarde.

Lo que de verdad quería era abrazarla , porque solo ellas sabían por lo que habían pasado con el tema de la violación y los abusos de Goliat. Ellas sabían la verdad. Ellas lo habían sufrido.

Y ellas debían vengarse y saber ganar esa batalla.

Blanch la abrazó y Shia no pudo evitar emocionarse.

—¿Qué te ha hecho? —le preguntó Blanch con manos temblorosas, mirando su rostro amoratado.

—Nada. Nada que no esperásemos —contestó ella—. Estoy bien. Tranquila. Mira —Shia agarró a Dasan por la mano y le enseñó sus nudillos ensangrentados a Blanch—. Yo solo tengo esta marca. Sabrás por las manos de Dasan, cómo ha quedado él. No ha quedado bien.

Blanch asintió agradecida y miró al Kumar como si fuese un héroe. El héroe que ella no tuvo para luchar en su nombre.

—He oído las noticias... Está ingresado en el hospital de Las Vegas.

—Sí.

—Todavía no se van a filtrar los vídeos de lo que hemos grabado, aunque la policía y el inspector de Las Vegas lo ha visto absolutamente todo.

—¿Y qué ha dicho?

—Que su música le daba asco. Y que ahora él le daba mucho más. Que iba a pasarse la vida en la cárcel. Y ya sabes cómo tratan a los violadores...

Blanch no sonrió, porque no se alegraba de las desgracias de los demás. Pero estaba satisfecha.

—Toma —Shia le entregó un *pendrive*—. Tenemos muchas copias por si acaso. Pero aquí está todo el material que hemos sacado audiovisual, y la información de las investigaciones de Karen y los Kumar.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Quiero que montes un vídeo. Tú sabes de postproducción y estás acostumbrada a montar tus cosas.

—Sí, pero...

—Monta un vídeo con todo lo que hay, y cuando lo tengas, publícalo en tus redes. Tú eres la dueña de esta exclusiva. Tendrás millones de visitas. Se sabrá todo sobre Goliat y sus Goliaters locas. Tú serás la encargada de darte la justicia que te mereces, Blanch. En tu nombre y en el de todas aquellas mujeres cuyas denuncias cayeron en saco roto. La Ley no te ha tratado bien —asumió—. Yo hice todo lo que pude pero el sistema judicial flaquea, y deja vendidas a chicas como tú, que necesitaban protección y no un juicio público. Quiero que seas tú quien dé la mayor lección de todas.

—¿Puedo hacerlo?

—Puedes y debes. Tú tendrás la exclusiva. Tú te harás justicia a ti misma y serás la heroína de miles de mujeres, Blanch. Eres la mía —admitió con evidencia—, y quiero que los demás vean todo lo que yo veo y sepan todo lo que yo sé. No hay nadie más fuerte. Y estaré eternamente agradecida a la vida por haberme traído a alguien como tú.

—Dios, Shia —Blanch la abrazó con fuerza y arrancó a llorar—. Pienso lo mismo de ti. Siempre pensé que contigo me habrían traído un ángel de la guarda en forma de abogado.

—No lo dudes —certificó Dasan mirando a Shia con una intensidad que la dejó fuera de juego.

Entonces, de una de las dos filas que conformaban ese pasillo humano, se desbancó Derek con cara atribulada y se acercó a Dasan.

—Eh, tengo algo para ti.

Dasan lo miró por encima del hombro.

—¿Para mí? ¿El qué?

—Bueno, en realidad es para Shia y para Blanch.

—Pues dáselo tú, Griego —lo animó Dasan. Derek seguía siendo un buen amigo y sabía a ciencia cierta que, en su ausencia, lo único que había hecho era apoyar a Shia y cuidarla. No tenía nada que recriminarle. Ambos se conocían demasiado. Y se apreciaban.

Derek caminó hasta Shia y Blanch con su mirada oscura y melancólica y sus manos tatuadas con leones, y se sacó otro *pen* de su pantalón.

—¿Qué es esto, Derek? —preguntó Shia extrañada.

Él le devolvió la mirada con complacencia.

—Tengo un amigo que conoce a Al Donan. Lo que hay aquí es el vídeo de la noche en la que Goliat... —Miró a Blanch con incomodidad.

La morena abrió los ojos sin poder parpadear. Jessica, tras ella, entrecerró los suyos para mirar a Derek con más interés de la cuenta. Y entonces se acercó a Blanch, como si marcara territorio.

Y Shia... Shia no se lo podía creer.

—Es imposible. Este archivo se extravió —murmuró la abogada.

—No hay nada imposible —señaló Derek—. Todo lo que sube a un servidor es perfectamente recuperable, siempre y cuando se tengan los contactos adecuados.

—Quien dice contactos, también puede decir extorsionadores, ¿no, Derek? —Jessica sonrió malévolamente, aunque estaba tan satisfecha como las demás mujeres.

—No culpes al mensajero, Princesa de las Maras —le recordó el Griego.

Blanch arqueó las cejas, miró a Jessica de reojo y repitió con interés: «¿Princesa de las Maras?».

—Como diría Blanch, tú debes de tener amigos en la red profunda —insinuó Shia provocando una sonrisa en el Dómine.

—Solo quería ayudaros. Espero que os sirva.

Shia frunció el ceño. Por supuesto que le daría las gracias, pero eso le hacía pensar en el tipo de persona que era su amigo Derek. ¿Con qué tipo de contactos se codeaba? ¿Quién era?

Sabía que ahí, al menos, Karen, Koda, Lonan y Dasan se preguntaban lo mismo que ella, aunque guardaban silencio adecuadamente dado que aquel no era el momento para indagar nada sobre nadie.

Era un momento para celebrar.

—Bueno... —Karen dio un par de palmadas para llamar la atención—. Es lunes, señores. Tenemos un Reino que poner en marcha. ¡Estáis todos invitados al Orleanini! —exclamó.

Los residentes hijos del Origin aplaudieron la invitación, y Shia y Blanch volvieron a abrazarse ante la mirada feliz y emocionada de Dasan.

Ahora comprendía qué eran las locuras de amor. Por Shia haría todo lo que estuviera en sus manos y más, por verla siempre tan feliz y plena.

Solo esperaba que la joven le diera una oportunidad. Solo una. No iba a desperdiciarla.

Así que mientras todos se ponían de acuerdo para ir al Orleanini, Dasan tomó a Shia de la mano y la apartó del resto del grupo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí. Solo quería preguntarte si puedes acompañarme a un lugar.

—¿Ahora?

—Sí. Llegaremos a tiempo para seguir celebrando, no te preocupes.

Ella sacudió la cabeza. No se preocupaba para nada. Estar a solas con Dasan y que él le pidiera de acompañarlo a algún sitio era justo lo que deseaba hacer.

—Vamos —le dijo con una sonrisa.

Dasan se la llevó de allí a toda prisa.

### ***Cementerio de Carson***

Nunca pensó que Dasan la llevase a ese lugar.

Nunca creyó que él quisiera que ella le viera así, emocionado, en un lugar tan íntimo como era estar ante la lápida funeraria en recuerdo de su madre Cihuatl.

Pero ahí estaba. Era real.

Él tenía su mano cogida, y miraba la losa de la que colgaba un atrapasueños con solo dos círculos. El tercero, ya liberado, permanecía apoyado sobre la piedra grisácea.

Estaban en silencio, y ella también. Hasta que Shia no lo pudo aguantar más y le preguntó:

—¿Qué estamos haciendo aquí, Dasan?

—Soy un Gunlock —comentó—, y nosotros sabemos que la gente que se va al otro lado, en realidad nunca se va del todo, se transforma. Ella sigue aquí —le explicó apretándole la mano con dulzura.

—¿Tu madre?

—Sí.

—¿La puedes ver? —dijo ella mirando a todos lados.

—No —sonrió y cerró los ojos—. Pero la puedo sentir. Shia Styles Tenacious, quiero presentarte a mi madre Cihuatl —contestó solemnemente—. Es la mujer encargada de no haber convertido a ninguno de los Calavera

en monstruos como Goliat, a pesar de que Koda fuese producto de una violación.

Shia encajó la información como mejor supo hacer. Lo sabía. Pero no esperaba esa sinceridad descarnada en Dasan. No así y no frente a la tumba de su madre.

—Encantada, Cihuatl —contestó Shia—. Me hubiera encantado hablar contigo alguna vez. Tienes unos hijos maravillosos.

—Mamá, esta es Shia. Te hablé de ella cientos de veces. Ella te habría defendido con uñas y dientes cuando Ben Bellamy abusó de ti. Porque Shia es una heroína, pero no lleva capa, lleva toga.

Shia lo miró estupefacta, porque no sabía que Dasan había hablado de ella con su madre. ¿Por qué iba a hacerlo? Si a él le daba igual todo...

—¿Qué? —dijo Dasan como si alguien le hubiese hablado.

—¿Qué? —repitió Shia un tanto descolocada.

Dasan sonrió y añadió.

—¿Quieres que se lo pregunte? —él miraba a la tumba.

—¿El qué?

—Vale, mamá. Dice mi madre —Dasan se giró para encarar a Shia con ojos tiernos y su gesto más dulce que nunca— que ¿por qué te has fijado en mí si soy un calavera?

Una ceja rubia y escéptica de Shia salió disparada hacia arriba, y el cristal de sus gafas, de las que no grababan, brilló por el reflejo de los primeros rayos del sol que caían sobre el cementerio.

—¿Eso te ha preguntado tu madre?

—Sí —dijo muy serio.

—Está bien —canturreó por lo bajini—. Cihuatl —carraspeó— tienes un hijo al que me encantaría despellejar de vez en cuando y que no se ha portado muy bien conmigo —miró a la lápida—, porque siempre me ha ignorado, a pesar de comerme con esos ojos de argento que tiene. Sé que es un Kumar, Gunlock y Calavera —aclaró— pero también es muchas otras cosas más. Es... —vaya por Dios. No podía emocionarse ahora—. Es bueno y noble. Es hermético, pero cuando se abre... te lo da todo. Cuida de los suyos, y es un

protector nato. Ha cuidado de mí todos estos días, aunque me ha costado entenderlo. Él me ha sacado de un agujerito oscuro y me ha lanzado a su abismo lleno de luz, para que me liberase, para que me descubriese... y sé que está muy asustado por cómo se siente a mi lado. Porque yo también lo estoy —reconoció con un dolor de garganta brutal por culpa de la congoja—. Yo solo espero que sea valiente y que me mire bien... que no me deje de lado. Que no le dé la espalda a lo que hay entre nosotros. Porque me he puesto en sus manos, Cihuatl, no porque sea un Dómine que sabe qué hacer con mi cuerpo y cómo besar mi piel. Lo elegí a él porque él me besa el alma. Y si no me corresponde, tendré que irme de aquí. Porque no toleraría verle y saber que no me quiere como yo le quiero a él.

Dasan estaba roto. La veía ahí abriéndose ante su madre, tan rubia, tan diosa y tan maravillosa que se la quería guardar para siempre.

Shia se limpió las lágrimas con una mano y de repente dijo:

—¿Qué?

—¿Qué? —repitió Dasan perdido.

—Es tu madre. Calla que me está hablando —acercó el oído a la losa.

Él escondió una sonrisa enamorada y la atrajo entre sus brazos de un tirón.

—¿Qué te dice? —dijo sujetándola bien.

Shia alzó la mirada y clavó sus ojos azules en él.

—Dice que ella no ha criado a hombres cobardes. Que va siendo hora de que me digas lo que sientes por mí de verdad —ella esperaba que se abriera. Lo necesitaba. Necesitaba que Dasan le dijera qué sentía, para dejar de hacerse ilusiones o empezar a montarse castillitos con un futuro feliz y lleno de amor. Que era lo que quería. Y solo lo quería con él.

Dasan dejó ir el aire entre los dientes y tomó su rostro entre las manos. Le besó el pómulo amoratado y después la punta de la nariz.

—Estoy loco por ti. Me destrozas los nervios y un gesto tuyo puede hacer de mi día un infierno o el puto paraíso. Sé más cosas de ti que de mí mismo, Shia, pero nunca te he dicho nada porque no creía en el amor y sí en las maldiciones. ¿Cómo me preguntas qué es lo que siento por ti si con solo ver cómo te miro te lo digo todo? Si estos días he estado a punto de morir de miedo varias veces viéndote en peligro. Si puedes romperme el corazón, que

te pongo en bandeja, aquí, ante mi madre, si me dices que no soy lo que tú esperabas y que no me quieres.

Shia le cubrió la boca con la mano y le ordenó:

—Dime lo que sientes por mí de una maldita vez. Dímelo —le rogó—. No me hagas esperar más.

Le destapó los labios con lentitud.

—Te quiero, Shia. Creo que te quise desde el primer momento que nos vimos en tu bufete de Chicago y vi tu mirada a través de las ventanas de tus cristales como si fueran la entrada a otro mundo. Un mundo apasionante, atrevido, desafiante. Tú sí eres mi abismo de luz. Me pongo en tus manos, abogada, para que me absuelvas, o me condenes a estar encadenado a ti, desde este amanecer, hasta que tú quieras. Porque yo no te pienso soltar, no quiero a nadie más. Soy un calavera. Sé que no amaré a nadie más. Porque el amor de un calavera es definitivo. Y yo te he elegido a ti. Quédate en Nevada conmigo. Vive conmigo.

—¿Quieres que me quede aquí? —dijo sin palabras.

—Aquí conmigo. Sí. Y si no te gusta, nos volvemos a Chicago juntos. Pero los Kumar tenemos muchas cosas que hacer aquí, y tú eres una pieza clave para todas ellas. ¿Qué dices?

Ella se mordió el labio inferior.

Dio un saltito y se subió encima de él, cruzando los tobillos detrás de su cintura.

—Entonces ¿me quieres?

Dasan le acarició las nalgas con sus manos, y la besó apasionadamente.

—Te quiero mucho, rubia. Estoy enamorado de ti.

Ella le agarró las orejas divertida y fingió que lo regañaba.

—Qué difícil has sido, Dasan Kumar —dejó ir una carcajada cuando él echó a andar con ella por el cementerio—. Hay que ponerte hielo en esos nudillos.

—No. Hay que hacerte mil cosas antes, Shia —le dejó él claro—. Todavía no te he enseñado la cabaña del árbol.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué tienes ahí?

Dasan le dijo algo a la oreja y Shia abrió la boca muerta de la risa.

—No te creo.

Él asintió feliz y la volvió a besar con paso firme, y el corazón blando.

La lápida de Cihuatl fue ligeramente azotada por un remolino de aire con olor a lilas, y uno de los dos círculos del atrapasueños que aún colgaba del adminículo se descolgó del otro. El hilo se rompió y salió rodando como una moneda en equilibrio.

Lo hizo durante unos metros, hasta que chocó en la punta de las botas de una mujer.

Una desconocida que ni Shia ni Dasan habían advertido.

Una mujer que sabía de hechizos y maldiciones, y que estaba ahí para pagar por pecados que nunca cometió.

Atada a la historia de los Gunlock.

Un Kumar la había atraído.

Un calavera acabaría con ella.

**FIN**

## SOUNDTRACK DE AMOS Y MAZMORRAS XII



MENSAJE DE LENA:



## DICCIONARIO Bedesemero

Dice la WIKIPEDIA:

24/7: la relación que se establece de forma permanente -y en ciertos casos con pretensión de irrevocabilidad-, 24 horas al día, siete días a la semana.

adult baby: (ingl.) juego de rol en el que una de las partes adopta el papel de un bebé, que debe ser mimado, vestido, limpiado, educado....

age play: (ingl.) termino genérico para todos los juegos de rol en los que se establece la fantasía de que una de las partes es de edad infantil o adolescente.

algología: (lat.) También se usa el término algolagnia. Es una de las definiciones paramédicas del erotismo relacionador con el dolor, y puede ser pasiva o activa, según dicho erotismo lo despierte la recepción del dolor o el ejércelo sobre otros-as.

Amo/a: Es una más de las acepciones con que se designa al dominante en una relación D/s -en las relaciones S/M no es tan usual, aunque también se utiliza. En los juegos de rol, especialmente en la escena angloamericana, se habla de top. Otras referencias son Maestro, Dueño, Señor o Master.

Animal Training : (ingl.) entrenamiento de mascotas humanas, en las que la parte pasiva juega el papel de mascota (perro-a, pony, etc.).

Anillo de O: Una referencia al clásico contemporáneo de la literatura de BDSM, “Historia de O” , de Pauline Réage (publicado en 1954 ). Se trata del anillo que mostraban en la película (realizada en 1974) las sumisas que eran llevadas al Club por sus Dueños para su adiestramiento y/o iniciación, como muestra de su estado de sumisión a los varones “socios” del Club. Es un anillo de plata, con un pequeño aro en su frontal. Recientemente ha comenzado a llevarse también por parte del Dueño de una sumisa, pero este lo llevará en la izquierda, mientras que aquella lo hace en la derecha. En realidad, el anillo referenciado en la película no era el que figura en la novela original de Pauline Réage, basado en los símbolos celtas y que carecía de aro frontal.

animal play: (ingl.) ver mascota, juegos de

arnés de poni: complementos de cuero, metal o combinados, que se colocan a la sumisa para escenificar su rol como pony. Pueden ser de cuerpo, de cabeza, de cintura, etc.

arnés, bondage de: un tipo de bondage , que se acopla a todo el cuerpo de la sumisa, incluyendo senos, vientre, brazos y piernas. En el bondage japonés tipo (shibari), recibe el nombre de Karada.

arnés, de cuerpo o corporal: un tipo de prenda , muy usada y apreciada en escenarios S/M y D/s, consistente en tiras de cuero y/o metal que enlazan el torso, con ciertas reminiscencias de la imagen que se tiene de los gladiadores romanos y de un atuendo

“esclavista”. Se basa en enlazados de cuero y cadenas finas de metal, que dejan libre los senos. Los varones sumisos también los suelen usar, con algunas variantes. En su versión “gladiador romano”, es muy celebrado en la escena S/M homosexual masculina.

Auto-bondage: Atamientos con cuerda (bondage) o con plásticos anchos (momificación) o cintas de caucho (cinching) por parte de una persona sobre su propio cuerpo. Puede tener variadas motivaciones: como practica sensorialmente placentera en sí misma, similar a quien se da un masaje en los pies, por ejemplo. En esta forma, está sumamente difundida en Estados Unidos. También como recurso en casos de relaciones a distancia, siguiendo las instrucciones del dominante -por teléfono, por irc, por mensajería electrónica, por notas, etc. Igualmente, como recurso en periodos de ausencia de relaciones estables, o como autoaprendizaje del propio cuerpo y sus reacciones, por parte de una sumisa que desea progresar en la entrega y la comprensión de dicha entrega. Finalmente, como actividad erótica, enlazada o no, previa o no a otras actividades autoeróticas. Debido a sus especiales características, debe practicarse con suma prevención, siendo siempre una práctica de riesgo.

auto-axfisia: práctica erótica de alto riesgo, consistente en dificultarse a sí mismo-a por propia voluntad la respiración hasta alcanzar el éxtasis sexual. Registra un elevadísimo número de muertes accidentales y es desaconsejada por casi todas las organizaciones y personalidades del BDSM.

azotes: golpear con la mano y por extensión con algún instrumento específico -fusta, gato de colas, látigo, paleta, etc.-o bien de uso cotidiano, - zapatillas, paleta de tenis de mesa, regla, vara, etc.- una parte del cuerpo de la persona sumisa, como castigo por una acción impropia, como parte de la relación de ambos, o como juego de preparación sexual. Los puristas interpretan que el spanking, solo es aquél que se propina con la mano sobre las nalgas desnudas de la persona sumisa, recibiendo las demás variantes otros nombres (canning, a los azotes con canne, o vara vegetal, flogging, para los azotes con flogger o gato de colas suaves, etc.). El azote se usa indistintamente en la D/s y en la S/M, aunque con diferentes motivaciones y rituales. Puede llegar a alcanzar una carga erótica singularmente alta, y no es infrecuente que el dominante deba regular el ritmo y la intensidad de los mismos, para evitar un orgasmo inesperado por parte de la persona sumisa.

bastinado:(lat.) Castigo con un bastón rígido, preferentemente en las plantas de los pies.

bastoneado, bastonear: acción de administrar un castigo de bastinado.

BB: (ingl.) abreviatura inglesa para los bondages o atamientos de pechos.

B&D: (abrv.) abreviatura para Bondage y Disciplina, una fórmula que se usó para diferenciarse del S/M, y que paradójicamente formó luego la base del concepto genérico BDSM.

BDSM: (abrv.) acrónimo para la comunidad que practica una sexualidad no convencional y para los estilos de vida con intercambio de poder (EPE), entre otros. Su

significado viene a ser Bondage y Disciplina, Dominación y Sumisión, Sadismo y Masoquismo.

bizarro: (ingl.) bizarro, relativo al sexo extremo o actividades extremas de BDSM, por extensión y en ciertas partes del mundo anglosajón, todo lo relativo a la sexualidad no convencional, incluyendo el BDSM.

bondage: (ingl.) juegos de ataduras o inmovilizaciones, que pueden hacerse con cuerdas, cintas de cuero, seda, pañuelos, cadenas, etc., con un propósito estético, o para inmovilizar a la sumisa durante una sesión o durante su uso sexual.

bottom: (ingl.) Pasivo, sumiso, sumisa.

branding: (ingl.) marcas y señales practicadas por medio del fuego, utensilios calentados al rojo, etc.

breath control: (ingl.) control de respiración.

caída post-sesión: un estado similar a la depresión, que puede sobrevenir a la persona sumisa tras una sesión, especialmente si en esta se han alcanzado niveles notables de sensaciones. Es recomendable reposo temporal, tranquilidad y quietud. Suele desaparecer en poco tiempo y por si solo.

cane: (ingl.) término usado para designar varas de bambú o fresno, con las que antiguamente se practicaban los castigos en las escuelas victorianas.

caning: (ingl.) Azotes practicados con una caña de alma de bambú, fresno flexible o similar.

castigo: En la escena D/s, esta palabra tiene múltiples significados, no siempre coincidentes. En general, es una de esas palabras que en cada relación tiene un significado distinto y muchas veces opuesto. Puede referirse a la acción de un dominante sobre la persona sometida, para penar una falta de aquella o simplemente por placer de este, o incluso provocada por la sumisa, en la busca de su propio placer. También es simplemente una clave verbal mutua, para denominar el punto de arranque de una actividad sexual, integrada en la relación de dominación-sumisión que ambos mantienen.

cepo: elemento de madera o hierro, imitando los antiguos instrumentos punitivos de la Edad Media, usado en juegos de restricción de movimientos en el BDSM.

cinching:(ingl.) rodear el cuerpo sometido con cinta de látex, rubber, cinta americana, etc. Ver momificación.

cinta americana: un tipo de cinta ancha adhesiva de seguridad, muy valorada en escenarios BDSM por su textura y su practicidad para fijar muñecas o tobillos, o para realizar envolvimientos parciales o totales.

codeword:(ingl.) ver palabra de seguridad

código: Conjunto de reglas impuestas en una escena de BDSM respecto al vestuario y el comportamiento.

código de vestuario: el que suele anunciarse como necesario o recomendable a la hora de asistir a una fiesta BDSM privada o pública. Suele contener el negro como color esencial, y elementos fetichistas femeninos (corsé, zapatos de tacón), así como una estética identificadora en los materiales (cuero, látex, vinilo, rubber, etc.) y en los accesorios (collares de sumisión, elementos simbólicos, etc.).

collar: de cuero o metal, simbolizan la entrega. Puede ser tremendamente sofisticado, estilizado o basto y de "castigo", destinado a su uso en sesiones íntimas o para llevar en público. Suele incluir uno o más ganchos para completarlos con un tirante-guía, que el dominante maneja o usa para inmovilizar a la sumisa o sumiso.

Collar de perlas es un término coloquial, de la jerga sexual, se refiere a un acto sexual en el cual el hombre eyacula en o cerca del cuello, el tórax o pecho de otra persona.

CNC:(abrv.) del inglés "consensual non-consent". Ver metaconsenso

consenso, consensuado-a: toda actividad enmarcada en el BDSM, deber ser, por definición, previamente pactada ente los participantes, es decir, debe estar consensuada.

consensual non-consent:(ingl.) ver metaconsenso

control de respiración: práctica considerada como extrema y de alto riesgo, consistente en controlar la respiración de la persona sometida mediante diferentes sistemas. Sin entrar a valorar la intensidad del placer sexual que pueda causar, es altamente desaconsejable. Es la práctica que fue la materia base para la película El Imperio de Los Sentidos, sobre un caso real que causó el fallecimiento del amante.

contrato de sumisión: una práctica conocida en algunos sectores minoritarios del BDSM, en los que el contenido, alcance, límites, pactos e incluso duración de la relación, se fija por escrito en un Contrato. Este tiene un carácter meramente simbólico, pues carece de efectividad legal alguna.

Cruz de San Andrés: Una cruz de madera, en forma de aspa, a cuyos brazos se atan tobillos, muñecas y otras partes del cuerpo de la persona sometida. El objetivo es dejarla expuesta e indefensa, para subrayar la entrega. Se combina con otras actividades: bondage, pinzas, azotes, etc.

Cruz (Rueda) de Warttemberg: Antiguamente usada en las mazmorras de la Edad Media, en forma de rueda de madera sobre un eje móvil, se usa en el BDSM en los juegos de dominación y/o sadomasoquismo, generalmente colocada en posición vertical. A la parte pasiva en el juego se la sujeta a la rueda por los tobillos, muñecas, antebrazos, piernas y cintura, y se gira la rueda hasta invertir la postura, a fin de magnificar la sensación de "indefensión".

clinical, clínico: (ingl.) ver escenarios médicos.

devot: (lat.) sumisa, sumiso, denominación habitual en las áreas de lengua alemana.

disciplina: Imposición de normas de comportamiento. Son elementos muy comunes en los juegos de EPE(intercambio erótico de poder) o de dominación-sumisión. Al ser infringidas imponen la necesidad de castigar a la persona sumisa.

disciplina inglesa: se suele dar esa denominación a la flagelación erótica, asumiendo de una parte el uso que durante la época victoriana se hacía de los azotes en las escuelas inglesas, y de otro su empleo actual como medio “disciplinario” en los juegos de “educación”.

doma: educación en el arte de la sumisión, ejercida sobre un sumiso/a por parte de su Ama/o.

dom: (abrv.) de Dominante

domina: se refiere a la mujer que ejerce un rol activo o dominante en una relación BDSM.

dominatrix: vocablo que suele designar a la profesional de la denominada dominación femenina, variante de la prostitución especializada. No se suele usar como sinónimo de ama no-profesional. Ver domina.

dominante: persona que ejerce de manera natural o por juego una relación de poder sobre otra u otras, que incluye –pero no necesariamente– el área sexual .

dominación: relación de tipo especial, por la que una persona “toma las decisiones” por otra, en todo, o en aquello que ambos han “pactado” (EPE). Puede ser etc.de muchos tipos: reservada exclusivamente al campo sexual, global, con o sin exclusiones, temporal (solo durante los encuentros de ambas personas), permanente (denominada 24x7), exclusiva y excluyente o de carácter polígamo, heterosexual u homosexual, ejercida en directo o a través de la distancia.

dominación a distancia: la que se ejerce en ausencia de la presencia física del dominante, usando algún sistema de comunicación a distancia, como teléfono, Internet, correo,, etc.

dominación femenina: juegos en donde la parte femenina toma el rol dominante, y la masculina el sumiso.

D&S (DS, D/s): (abrv.) siglas representativas de las relaciones de Dominación-sumisión.

Edgeplay: (ingl.) juego al borde de lo permisible, prácticas extremas donde, sin abandonar la norma esencial del consentimiento previo, se asumen situaciones de riesgo.

entrega: la cesión de poder (de decisión) que hace la parte sumisa ante su dominante, así como la sensación que experimenta y transmite aquélla.

EPE: (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange

EPEIC (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange Information Center

entrenamiento: la acción por la cual un dominante (Mentor, Master, Tutor, etc.) condiciona de forma activa la respuesta de la sumisa ante determinados estímulos. El objeto del “entrenamiento” es doble, por una parte se justifica en sí mismo como juego pactado por ambos, por otra parte se desea “modelar”, igualmente de forma consensuada, el comportamiento sumiso.

**Erotic Power Exchange:** (ingl.) Intercambio Erótico de Poder, relaciones en las que la persona sumisa cede parte o la totalidad de su capacidad de decisión, de forma pactada, al dominante. En castellano se emplea mucho más la denominación “relaciones de dominación-sumisión” o abreviadamente, D/s.

**escena:** se puede referir tanto a la realidad de la comunidad BDSM en un país o ciudad concreta, como a la parte formal, escénica, de una sesión con prácticas BDSM.

**escenarios médicos:** juegos en un escenario “clínico”, donde el dominante suele ejercer de “doctor/a” o “enfermero/a”, y la/el sumisa/o de “paciente”. Se complementa con objetos y muebles especiales, como sillas ginecológicas, camillas, instrumental de observación, y utensilios médicos o paramédicos, destinados a recrear una fantasía de escenografía clínica. Puede incluir enemas, agujas, masajes, inspección vaginal o anal, etc.

**esclava, esclavo:** en la comunidad BDSM es una de las denominaciones consensuadas para quien toma el rol pasivo o sumiso.

**esclava goreana:** se entiende por ese nombre la parte pasiva en un juego de rol de carácter sexual, inspirado en las novelas de la saga de Gor, escritas por John Norman

**espacio sumiso:** se refiere a una situación de éxtasis, una especie de transposición corporal que a veces sobreviene a una sumisa durante una sesión de BDSM, cuando esta alcanza una notable intensidad sensorial.

**estudio:** denominación usual para las salas privadas, decoradas apropiadamente, donde se ejerce la prostitución especializada en escenarios BDSM. En el ambiente no profesional se suele emplear en su lugar “mazmorra” o “sala de juego”.

**femdom:** (ingl.) Término inglés por el cual es conocida la dominación femenina.

**feminización:** acto consistente en la transformación de un varón sumiso en “mujer”, bien con ropajes, ademanes o actuaciones apropiadas. Suele ser realizada por “mandato” de una mujer, que toma en este caso el rol dominante.

**flagelación:** consiste en azotar, como parte de un rol sexual, por medio de látigos o similar.

**flog, flogging:** (ingl.) en inglés, azotar con un gato de colas como juego sexual.

**flogger:** (ingl.) en inglés, gato para azotes.

**fusta:** Vara flexible o látigo largo y delgado que por el extremo superior tiene una trencilla de correa que se usa en equitación. La fusta de montar normal es una vara forrada en cuero con una pequeña lonja de cuero doblada al medio como azotera. Se hacen también forradas en nylon con un cordel de unos 3 cm. como azotera y suele medir alrededor de 70 centímetros. Las de salto y adiestramiento algo más de un metro. Su empleo está muy difundido tanto en el SM como en la DS, tanto como instrumento de azote erótico como usado (por el Dominante) por su valor simbólico.

**gato:** por extensión, cualquier tipo de látigo formado por varias tiras

**gato de nueve colas:** gato de tiras, látigo de entre 40 centímetros y metro y medio, con varias colas o tiras (el típico en los antiguos castigos de la marina británica, tenía nueve),al

contrario que el látigo clásico, de una sola tira. Su uso es muy frecuente en la llamada flagelación erótica dentro del BDSM.

hogtied: (ingl.) una figura de atamieto o inmovilización muy practicada en juegos de BDSM , consistente en unir, enlazados entre sí por cuerdas o similar, muñecas y tobillos de la persona pasiva, como paso previo a otros juegos sexuales o como actividad propia.

Historia de 0: novela de la escritora francesa Pauline Réage (seudónimo de [[Dominique Aury) publicada en 1954. Es considerada una de las obras cumbres de la literatura BDSM contemporánea.

infantilismo: Fetichismo consistente en vestirse de bebé y usar ropas, objetos y ademanes de niños muy pequeños.

iniciación: Se trata de un espacio muy ritualizado, por el que se “consagra” la entrega de la persona sometida y la aceptación de esta por parte del dominante. Los rituales dependen de cada dominante, pero suelen comprender una especie de introducción formal en cada uno de los aspectos de la sumisión -siempre a juicio de aquél. La sumisa, bañada en aceites y rodeada de una liturgia muy especial, se desliza por una serie de cuadros oníricos y de fuerte contenido sexual.

Intercambio de Poder: ver EPE

juego: denominación usual para las actividades consensuadas dentro del BDSM.

kajira: es el nombre empleado en la saga de ficción de Gor para designar a una esclava. Se usa para identificar a la sumisa que sigue, en su relación, los rituales y prácticas descritas en dichos libros. Ver Gor .

kinky: (ingl.) palabra usada para designar cualquier tipo de actividad sexual no convencional, o para calificar una mentalidad abierta a la exploración y la experimentación de nuevas actividades.

lady: se usa, entre otras, en el BDSM para designar a una mujer dominante.

látigo: instrumento de juego sexual usado en el sadomasoquismo, pero también en otras subculturas del BDSM, como la disciplina inglesa y las relaciones D/s.

Leather Pride: (ingl.) La bandera del Orgullo del Cuero fue diseñada por el activista americano Tony DeBlase en mayo de 1988 y se ha extendido como símbolo de identidad para toda la cultura BDSM.

lord: (ingl.) Una de las denominaciones empleadas para designar a un varón dominante, poco usual en la escena española.

límites: Pacto establecido previo a la sesión, si es puntual, o a la relación, si es global, respecto a lo que las personas que lo establecen NO quieren hacer. Los límites varían entre unas y otras personas y en cada situación.

maestro: Aquel que controla un juego sexual de dominación y sumisión, que dirige un bondage o que es un afamado experto en alguna técnica BDSM. También se emplea como sinónimo de tutor, o empleado como muestra de respeto hacia un reconocido y afamado dominante.

## Manifiesto Sadomasquista:

marca: la inscripción de figuras o letras en el cuerpo, que si es permanente suele realizarse mediante hierros al rojo. Las zonas preferidas son: nalgas, vientre y sexo. Si es temporal, se hace con otros instrumentos, como útiles de azote o paletas con protuberancias agudas.

mascota: término empleado en los juegos de rol donde la parte pasiva adopta los usos y comportamientos de un “animal” de compañía. El “entrenador” es representado en ese caso por la parte activa.

masoquismo: define el placer sexual relacionado con el dolor recibido. El término fue descrito por el médico alemán Kraft Ebbing, tomándolo del austríaco Leopold von Sacher-Masoch, que escribió varias obras ( “La venus de las pieles” entre otras) describiendo los goces sexuales del dolor.

maso: forma coloquial para masoquista o masoquismo

master: (ingl.) maestro, usual en el escenario BDSM para denominar al dominante varón.

mazmorra: lugar habilitado para actividades dentro del BDSM o específicamente sadomasoquistas, dotados de muebles y accesorios que imitan a los que se encontraban en las antiguas mazmorras, pero diseñados para realizar juegos de rol sexual.

metaconsenso: forma específica del consenso usual en el BDSM, en la cual la parte sometida pide que se ael dominante quien juzgue la conveniencia o no de interrumpir la sesión, cuando esto sea solicitado por la parte sometida. Es un concepto contravertido en ciertas esferas del colectivo BDSM, aunque era de uso frecuente en la época pionera de la Old Guard.

momificación: Envolvimiento completo del cuerpo sometido, usando cinta americana, plástico de envolver o vestidos-monos de látex, cuero o rubber, especialmente diseñados para ello. Suele considerarse como un subgénero del bondage.

mordaza: Cualquier objeto que amortigüe el sonido procedente de la boca. Se usan como función ornativa o como complemento del juego, acentuando la privación sensorial.

mordaza de bola: accesorio consistente en una bola de silicona o similar, insertada en una banda elástica o de cuero. Se usa, introducida en la boca de persona pasiva y atada la banda a su nuca, para simular un proceso de privación sensorial.

Movimiento del Cuero: movimiento comenzado en los 50 con algunos de los soldados que volvían de la II Guerra Mundial, relacionado con la estética homosexual del cuero y las motos, y que dio paso a la época de la Old Guard, mediados de los 70, como precursora del BDSM pansexual.

negociación: proceso de consenso previo a un juego, sesión o relación de tipo BDSM, en el que se establecen los pactos que rigen extremos tales como la intensidad, los riesgos, la palabra de seguridad, los límites, etc.

New Gard: (ingl.) A principios de los 90, comienza lo que hoy conocemos como el

periodo de la New Guard (Guardia joven o nueva), que se caracteriza por la decidida apertura hacia el mundo heterosexual y de la homosexualidad femenina, la aceptación del fenómeno switch, la inclusión de elementos de sensibilidad interior (dominación psicológica, relaciones D/S sin inclusión de rasgos sadomasoquistas, etc. ), la aceptación de quienes practicaban el “solo juego”, y la participación activa de la mujer heterosexual en el asociacionismo BDSM. [3]

Old Gard: (ingl.)Es la época pionera del BDSM, mediados de los 70, y su libro de cabecera es *Leatherman's Handbook*. Durante este periodo, el movimiento conserva su vinculación con el mundo homosexual masculino, sin abrirse a los espacios hetero y rechazando la aceptación del fenómeno switch (es decir, quienes se confesaban cómodos en ambos roles). También rechazaban frontalmente la admisión de quienes considerasen las relaciones B/D y S/M como “solo juego”. Los activistas de esa época era favorables a las relaciones de metaconsenso y muy excépticos respecto al establecimiento de límites.

Other World Kingdom: En 1997 aparece en la localidad de Cerna, a 150 kilómetros de Praga, Checoslovaquia, y es un centro de la denominada dominación femenina por pago, constituido alrededor de antiguas mansiones ducales, en las que “reina” la mujer dominante (profesional) bajo la mirada de la Reina Patricia I, y en la que todos los hombres son “esclavos” que pagan puntualmente sus “impuestos”.

palabra de seguridad: La palabra-código (también así llamada) es usada por la parte sumisa para indicar de forma rápida que el grado, las circunstancias o la actividad que se está desarrollando, no es de su gusto y que desea parar. La ética del BDSM prefija que en todo momento la parte dominante respetará dicha manifestación e interrumpirá la sesión.

parafilia: término clínico empleado para designar el gusto intenso por una detgerminada práctica, generalmente relacionado con el placer sexual por algunas actividad concreta: fetichismo, bondage, sadomasoquismo, voyeurismo, etc.

pasivo -a: designa la parte sometida o sumisa; se usa especialmente en las relaciones sadomasoquistas y con mucha menor frecuencia en las de tipo D/s.

pet play: (ingl.) juego con mascotas, juego de rol en el que la parte sumisa adopta el papel de una mascota.

poder, intercambio de: vr EPE

pony-play: la persona sometida (ponygirl, ponyboy) adopta un rol de montura equina, que puede contar con elementos enriquecedores de la estética D/s, tales como mascarabocado, arneses de cabeza, sillas de montar especiales, látigos de doma de caballos, etc. Pero también puede adoptar una forma lúdica, combinada con azotes, e incluso con el juego sexual.

pinzas: muy usadas en relacione D/s y S/M, se utilizan para presionar diferentes partes del cuerpo. Se usan pinzas corrientes del hogar, de madera o plástico, pinzas metálicas especiales, etc. Suelen utilizarse en pezones, áreas próximas, labios vaginales, incluido el clítoris, escroto, testículos y pene en los varones, brazos, etc.

potro: similar al potro usado en competiciones gimnásticas, con ligeras modificaciones en tamaño y altura, y con el aditamento de elementos de fijación. Se usa para inmovilizar, azotar, y muy frecuentemente para interactuar sexualmente con la persona sumisa. Proviene de la iconografía medieval de las salas de tortura.

potro de Berkley: diseñado en la mitad del siglo XIX por una dama inglesa de ese nombre, dedicada a la flagelación profesional, y destinado a inmovilizar a las personas que deseaban ser flageladas. Cobró rápidamente una gran popularidad entre los partidarios de la llamada disciplina inglesa.

privación sensorial: todo juego o actividad en la que se priva, consensuada y temporalmente, a la parte pasiva de uno o varios sentidos: el habla, la capacidad de movimiento, la vista, etc., por medio de mordazas, cuerdas, pañuelos de seda, etc. Su objetivo en el juego es promover o acentuar la sensación de indefensión, como instrumento de excitación mutua, o como parte de una relación D/s.

Quagmyr: promotor y diseñador del triskel símbolo del BDSM mundial, entre otros.

Racsa: (abrv.) equivalencia hispana del rack, que para una parte de la comunidad BDSM ha venido a sustituir con más precisión el del SCC, como elemento definitorio del BDSM. Viene a significar riesgo asumido y consensuado para sexo alternativo (o no convencional).

rebenque: antiguo instrumento de castigo en las marinas mercantes y de guerra, usado en el BDSM hispano en juegos sadomasoquistas.

Roissy: mansión donde se desarrolla en gran parte la novela considerada como la obra cumbre del BDSM, la Historia de O.

rol, juegos de: todos aquellos en los que la persona dominante y la persona pasiva adoptan un papel consensuado y complementario, que puede tener connotaciones sexuales, pero no necesariamente. Ejemplos de ello son los juegos Amo-sumisa, Señora-esclavo, Maestro-alumna, Enfermera-paciente, etc.

rubber: (ingl.) polímero sintético que comercialmente se presenta con la apariencia de goma negra y basta, usado entre otros en la confección de artículos y ropa de tendencia fetichista. Especialmente presente en la subcultura homosexual del S/M.

[editar]de la S a la W

Sadismo, sádico-a:

Sadomaso: coloquialmente, sadomasoquista o sadomasoquismo

Sadomasoquismo, Sadomasoquista:

safeword:(ingl.) ver palabra de seguridad

sane, safe and consensual: (ingl.) sensato, seguro y consensuado : lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

S/M : abreviatura de Sadismo/masoquismo o más habitualmente, sadomasoquismo.

sensato, seguro y consensuado: lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

servir de criada: actuar de una forma exagerada y escénica, en una dramatización de la figura de criada, enfatizando las actividades que realizaría: limpiar, servir comida o bebida, etc.

servir de mueble: la persona sumisa se coloca en el rol de mueble, generalmente una mesa, donde se colocan platos, vasos, ceniceros, etc.

servir de WC: la persona sometida se ofrece para que el dominante utilice su cuerpo y/o sus cavidades como receptáculo de su orina y/o heces.

sesión: el espacio de tiempo dedicado a actividades BDSM específicas, que pueden incluir prácticas sexuales. Puede durar algunos minutos, horas o incluso días.

shibari: (jap.) Variedad tradicional del bondage japonés. Ver artículo principal shibari.

sir: (ingl.) un término usado para designar al dominante varón en las relaciones BDSM.

sissificación: palabra que expresa la conversión de un sumiso (excepcionalmente también una sumisa) en una forma extremadamente bucólica de doncella.

someter, sometimiento, sometido-a: todo el complejo entramado de actividades mediante las cuales un dominante establece su dominio sobre la persona sometida: pueden ser de carácter exclusivamente sexual, o abarcar todas y cada una de las facetas de la vida (24/7).

spanking: (ingl.) azotes eróticos propinados generalmente con la mano, o con un objeto. Ver azotes.

SSC: (abrv.) abreviatura de sane, safe and consensual Ver sensato, seguro y consensuado

sub: (ingl.) sumisa, sumiso

subcultura BDSM: la identificación del BDSM como subcultura, al entender que tiene una identidad social propia y unitaria, un lenguaje interno o argot propio, y un desarrollo cultural autónomo.

subspace: (ingl.) se aplica a la situación, que para algunos tiene elementos del trance místico, a la que puede llegar una persona sumisa durante una sesión, al traspasar la barrera de las sensaciones físicas y entrar en el llamado “espacio sumiso”.

suspensión: elevación y permanencia, por medio de ataduras y sin tocar el suelo, en alguna de las formas existentes (pendiendo de las muñecas, invertida, de los tobillos, de muñecas y tobillos, de la cintura, en arneses de suspensión, etc.)

sumisa, sumiso: definición adoptada para la parte pasiva en todas las relaciones en las que una de las partes desarrolla la responsabilidad sobre la acción, mientras que la otra -la pasiva- cede el control de la situación a su compañero/a. Es típica de las relaciones de dominación/sumisión, D/s, aunque no tanto en las relaciones sadomasoquistas (S/M).

sumisión: es el contrapunto a la dominación: la persona que se somete a otra, le entrega determinadas parcelas de su libre decisión, las que ambas partes acuerden.

switch: (ingl.) es quién gusta de ejercer ambos roles (sumiso y dominante), dependiendo de la circunstancia y de la otra persona.

top: (ingl.) término equivalente a activo, dominante.

tortura de pene: manipulación del pene, el glande, el escroto y los testículos, para conseguir sensaciones de dolor más o menos marcado. Se usa la mano, golpes con paletas, fustas o cañas, cera, corrientes, hielo, pinzas, agujas, fijaciones, etc.

Total Power Exchange: (ingl.) Traspaso o Intercambio Total de Control, relaciones tipo D/s, donde no se establecen tiempos pactados de sesión, ni límites fuera de los que la razón impone. La parte dominante asume el control total de la relación, durante todo el tiempo. Otras versión del mismo concepto el de “relaciones 24/7”. Sin embargo, puede haber relaciones TPE pactadas para una única sesión, aunque no es lo habitual. Enlaza a su vez con el concepto del metaconsenso, indispensable en relaciones 24/7, TPE o similares.

TPE: (abrv.) ver Total Power Exchange

trampling: consiste en pisar a la persona sometida o aposentarse sobre él-ella, ya sea con el pie desnudo como con calzado.

triskel: en el BDSM se usa el triskel de origen céltico como símbolo de la comunidad. Su diseñador, Quagmyr, se inspiró en la lectura de la novela de Pauline Réage, Historia de O.

tutor: un tipo específico de master o dominante, que se hace cargo del “entrenamiento” o preparación de una persona sumisa, pero con vistas a que está en algún momento posterior “recupere” su libertad y busque una relación autónoma con una persona dominante. También se puede dar el caso de que la persona sumisa ya tenga establecida tal relación, y con consentimiento y conocimiento de todas las partes, se inicie un proceso de “tutelaje” con un tercero, en este caso el Tutor.

vicio inglés, el: se refiere a la flagelación. En el siglo XVIII los franceses denominaban de esa forma a los que gustaban del azote erótico en cualesquiera de sus modalidades, por creer que provenía directamente del uso de los azotes disciplinarios sobre las desnudas nalgas de alumnas y alumnos de las escuelas victorianas. También es el título de un conocido libro científico sobre la historia de la flagelación, escrito por el hispanista inglés Ian Gibson. ( Gibson, Ian, El vicio inglés. Barcelona: Planeta, 1980 / The English Vice. London: Duckworth, 1978.)

[editar]Apéndice de acrónimos en inglés

Estos son algunos acrónimos ingleses usados en la escena BDSM y en en los debates de foros de Internet dedicados a esa temática.

BBW Big Beautiful Woman, la mujer gruesa como fetiche

BDSM Bondage, Disciplina, D/s, Sadismo y Masoquismo. El cajón de sastre.  
BDSMLMNOP BDSM “y cualquier cosa que deseemos hacer” (prácticas extremas)  
CB o C+B Tortura de pene y testículos  
CBT igual que anterior  
CIS Sumisión Completa e Irrevocable  
CNC Consensuado “No-consenso”  
CP Corporal Punishment, castigo corporal  
D/s Dominación y Sumisión  
EPE Erotic Power Exchange, la base ideológica de la D/s  
GS Golden Shower, lluvia dorada  
IMAO In My Arrogant Opinion, en Mi opinión dominante (arrogante)  
IMHO In My Humble Opinion, en mi humilde opinión  
LDR Long Distance Relationship, relación a distancia  
MPD Multiple Personality Disorder, múltiples desórdenes de personalidad  
MUDs Multi User Dungeon, calabozos para juego de rol múltiple on-line  
Munch Social gathering of local BDSM-people, reuniones sociales de grupos BDSM  
NC No-Consensual  
NL New Leather, los integrantes de la “modernidad” en el BDSM  
NLA National Leather Association, grupo de ayuda americano a la comunidad S/M  
ObBDSM Obligatory BDSM: Obligadamente BDSM, referido a la necesidad de poner algo sobre la temática, en un mail a un grupo de noticias BDSM  
OG Old Guard Leather , la “vieja guardia” en el BDSM  
PEP People Exchanging Power , grupo de ayuda a la comunidad BDSM  
PITA castigar, golpear las nalgas (punishment in the ass)  
S slave (sub), esclava/o, sumisa/o  
SAM Smart-Ass Masochist, que le gusta ser azotada/o en las nalgas  
Sex Magick una palabra inventada, compuesta de Sex (sexo), Magic (magia) y kik, golpe, patada, empujón.  
S/M or S&M Sadismo y masoquismo, sadomasoquismo  
SO Significant Other, el importante Otro, generalmente referido a la otra parte de una relación D/s  
SSC Safe, Sane, Consensual: seguro, razonable (o sensato) y consensuado  
S.S.S. Soc.Sexuality. Spanking, sociedad para la difusión de la sexualidad de los azotes

SUB /SUBMISSIVE sumiso/a, sometido/a

TPE Total Power Exchange, Intercambio o Cesión Total de Poder.

WS Water Sports ,juegos acuáticos, lluvia dorada

YKINMK Your Kink Is Not My Kink : tu afición (gusto sexual) no es el mío

YKINOK Your Kink Is Not Okay, tu afición (gusto sexual) no está bien

YKIOK, IJNMK Your Kink is OK, It's Just Not My Kink, tu afición (gusto sexual) está bien, pero no es la mia.

YMMV Your Mileage May Vary, nuestras experiencias pueden ser distintas. Una manera ritualizada de expresar tolerancia con otras prácticas que no se comparten.

## BIBLIOGRAFÍA:

\* Bartomeu Domènech y Sibila Martí, "Diccionario multilingüe de BDSM", Ed. Bellaterra, 2004. ISBN 84-7290-248-X.

\* Wetzstein, Thomas A. / Steinmetz, Linda / Reis, Christa / Eckert, Roland: "Sadomasochismus - Szenen und Rituale", alemán, 1993. ISBN 3-499-19632-8

\* Hoffmann, Arne: ,'SM-Lexikon'', editorial Schwarzkopf & Schwarzkopf, alemán, 2003. ISBN 3-89602-533-3

\* Sanchidrián, Isacio (''IKARA''): "Glosario básico del BDSM", Cuadernos Extremos, 2001

NOTA: Este diccionario está íntegramente extraído de la WIKIPEDIA, un texto disponible bajo la Licencia Creative Commons Atribución Compartir Igual 3.0. La autora de esta obra no se proclama dueña de ninguno de los derechos de este diccionario.